LOTERÍA SOLAR

Philip K. Dick



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

«...La buena estrategia requiere el uso del Principio del Mínima, esto es, una línea de conducta en la que se acepta una serie de posibles ganancias altas y bajas sobre la suposición de que uno puede ser descubierto. Mas para evitar ser descubierto, uno oscurece el empeño específico del juego, sometiendo la estrategia a todos los riesgos de un juego de azar...».

La estrategia en el póquer, en los negocios y en la guerra.
John McDonald
(W. W. Norton & Cía. 1953)

I

Había habido presagios. A primeros de mayo de 2203, las máquinas noticiarías mostráronse excitadas por un vuelo de cuervos blancos sobre Suecia. Una serie de inexplicables incendios demolió la mitad de la Colina del Pájaro Lira, un puntal industrial básico del sistema. Pequeñas piedras redondas casi arrasaron instalaciones fabriles en Marte. En Batavia, donde se hallaba enclavado el Directorio de la Federación de los Nueve Planetas, nació una ternera de dos cabezas: signo cierto de que algo de increíble magnitud se estaba fraguando.

Cada cual interpretaba aquellos signos según su propia fórmula; la especulación acerca de lo que pretendían las fuerzas azarosas de la Naturaleza era el pasatiempo favorito. Todo el mundo conjeturaba y argüía acerca de la botella, el instrumento socializado del azar. Las predicciones del Directorio se agotaban con semanas de anticipación.

Mas lo que para un hombre es presagio, para otro es suceso. La primera reacción de la Colina del Pájaro Lira ante su catástrofe limitada fue la de crear una catástrofe total para el cincuenta por ciento de sus empleados clasificados. Los juramentos de fidelidad quedaron disueltos, y una diversidad de técnicos especializados en investigaciones se vio despedida. Hombres a la deriva, se convirtieron en un síntoma más del inminente momento trascendental para el sistema. La mayor parte de los técnicos despedidos flotó al garete, se hundió, y se perdió luego entre las masas inclasificadas. Pero no todos.

Ted Benteley sacó de un tirón la circular en que le comunicaban su despedida, en el mismo momento en que la vio en el tablero. Mientras atravesaba el vestíbulo para dirigirse a su despacho, hizo pedacitos la comunicación y arrojó los papeles por una ranura dispuesta al efecto. Su reacción ante el despido fue intensa, potente e inmediata. Difería de la reacción de quienes le rodeaban en un aspecto significativo: se alegraba de ver cortado su juramento. Durante trece años había estado probando todas las estratagemas legales con objeto de conseguir romper su juramento de fidelidad con Pájaro Lira.

De vuelta en su despacho, cerró la puerta, corrió la pantalla de sus Industrias Visuales Interplanetarias, e hizo algunas rápidas reflexiones. Sólo le costó una hora imaginar su plan de acción, y aquel plan resultaba animadoramente sencillo.

A mediodía, el Departamento de Despedidos de Pájaro Lira le devolvió su tarjeta de disponibilidad, de devolución obligatoria cuando un juramento era

cortado por la superioridad. Resultaba raro ver de nuevo la tarjeta al cabo de tantos años. Con torpeza, la mantuvo en alto unos momentos, antes de meterla cuidadosamente en su cartera. La verdad era que aquel cartoncito representaba su única oportunidad de tomar parte en la gran lotería de seis mil millones de números, su frágil probabilidad de ser alzado por el azaroso movimiento de la botella hasta la posición clasista del número Uno. Políticamente hablando, había retrocedido treinta y tres años; la tarjeta de disponibilidad estaba cifrada en el momento mismo de su nacimiento.

A las 2.30 disolvió sus restantes conexiones de fidelidad en el Pájaro Lira; eran de poca importancia y, en su mayoría, relacionadas con el papel suyo como protector y el de cualquier otra persona como vasallo. A las 4.00 había recogido sus cosas, las había malbaratado sobre una base de emergencia (soportando un alto porcentaje de pérdida por el rápido trueque), y comprando un billete de primera clase en un transporte público. Antes de la caída de la noche se hallaba ya en camino, fuera de Europa, rumbo directo al Imperio Indonésico y a su capital.

En Batavia alquiló una habitación barata en una pensión y deshizo su maleta. El resto de sus pertenencias seguía en Francia; si tenía suerte, podría recobrarlas más tarde y si no, no importaba. Caso curioso, su habitación tenía vistas directas sobre el edificio principal del Directorio. Enjambres de personas, como ávidas moscas tropicales, salían y entraban por sus múltiples puertas. Todos los caminos y rutas espaciales llevaban a Batavia.

Sus fondos no representaban una gran cantidad; sólo podría vacar un tiempo mínimo y luego la acción sería obligatoria. En la biblioteca de información pública eligió brazados de cintas magnetofónicas y un prontuario básico. A medida que los días pasaban iba construyéndose un arsenal de información relacionada con todas las fases de la bioquímica, el tema sobre el que ganó su clasificación original. Conforme repasaba y engullía conocimientos, una idea ceñuda alentaba en su mente: las solicitudes para empleos juramentados con el Examinador Jefe se realizaban sólo una vez; si fracasaba a la primera estaba perdido.

Aquella primera prueba iba a significarlo todo.

Ahora estaba por fin libre del sistema Colina, y no era cosa de volver atrás.

Durante los siguientes cinco días fumó innumerables cigarrillos, recorrió su habitación veces infinitas, y finalmente salió de la sección amarilla del Subdirectorio para buscar las agencias de chicas de cama. Su agencia favorita tenía una oficina próxima; hizo una grata llamada, y al cabo de una hora, la mayor parte de sus problemas psicológicos quedó en el pasado. Entre la esbelta rubia mandada por la agencia y el ostentoso bar al cabo de la calle, pudo resistir otras veinticuatro horas. Pero eso fue todo lo que pudo alargar. El momento de entrar en acción había llegado: ahora o nunca.

Una fría tiritera se apoderó de él cuando salió de la cama aquella mañana. El sistema de colocación del Examinador Jefe, Verrick, estaba organizado sobre el principio básico del Minimax: los juramentos de empleos se concedían aparentemente sobre una base azarosa. En seis días, Benteley no había podido elaborar una línea de acción. Era imposible inferir qué factor —si es que había alguno— decidía el éxito de una solicitud. Se puso a sudar, tomó una ducha rápida, y sudó de nuevo. A pesar de todos los días de empollamiento no había aprendido nada. Iba a ciegas. Se afeitó, se vistió, le

pagó a Lori su jornal, y la despachó de vuelta a la agencia.

La soledad y el miedo le cercaban con dureza. Desocupó su habitación, hizo la maleta, y, para obtener mayor margen de seguridad, se compró un segundo amuleto. En un urinario público se abrochó el amuleto por dentro de la camisa e introdujo una moneda en el interior de fenolbarbiturato. El sedante le calmó un poco; salió e hizo seña a un taxi robot.

—Al edificio del Directorio Principal —le dijo al conductor—. Y no tenga prisa.

—Muy bien, señor o señora —contestó el robot McMillan, añadiendo—: Lo que usted quiera.

Los McMillans todavía eran incapaces de sutiles discriminaciones.

Un cálido aire primaveral entraba dentro del vehículo mientras iba zigzagueando por encima de los tejados. A Benteley aquello no le interesaba lo más mínimo, tenía los ojos en el síndrome creciente de los edificios que iba confrontando. La noche antes su instancia había sido admitida. Él había aguardado el tiempo justo; sus papeles aparecerían en la mesa del primer inspector de todos los que formaban la interminable cadena de los funcionarios del Directorio.

—Hemos llegado, señor o señora.

El taxi robot descendió y se detuvo. Benteley pagó y bajó por la abierta portezuela.

La gente se precipitaba por doquier. El aire zumbaba con un murmullo constante de excitación. La inquietud de las pocas semanas últimas se había alzado hasta un nivel febril. Rapaces buhoneros ofrecían «métodos»; baratas teorías garantizadas se comprometían a predecir las oscilaciones de la botella y a adelantar todo el juego del Minimax. Los buhoneros veíanse ignorados por los presuntuosos raudales del gentío. Cualquiera con un *genuino* sistema de predicción era lo natural que lo usase, no que lo vendiese.

En una arteria clave de peatones, Benteley se detuvo para encender un cigarrillo. En verdad, sus manos no estaban temblando. Apretó bajo el brazo su cartera de documentos y se metió las manos en los bolsillos mientras continuaba caminando lentamente hacia el inmenso vestíbulo. El pesado arco de control le permitió cruzar y se vio dentro. Tal vez a esta misma hora del mes próximo se encontraría con vasallaje prestado al Directorio... Alzó la vista esperanzadamente hacia el arco y tocó uno de los amuletos abrochados en su camisa.

—Ted —dijo una voz breve y urgente—. Espera.

Se detuvo. Temblándole los pechos, Lori se abrió camino entre la apretujada multitud y llegó a su lado rápidamente.

—Tengo que darte algo —dijo jadeando—. Sabía que te encontraría aquí.

—¿De qué se trata? —preguntó Benteley con tirantez.

Se daba cuenta de que el equipo telepático del Directorio estaba cerca; no le hacía ninguna gracia entregar sus pensamientos íntimos en manos de ochenta telépatas penetrantes.

—Mira.

Lori le pasó las manos sobre el cuello y colocó algo en el sitio adecuado. La gente que pasaba junto a ellos sonrió con aire comprensivo; tratábase de otro talismán.

Benteley examinó el amuleto. Parecía caro.

—¿Crees que me dará buena suerte? —preguntó a la muchacha.

El ver de nuevo a Lori no formaba parte de sus planes.

—Eso es lo que espero —dijo ella tocándole el brazo brevemente—. Gracias por haber sido tan bueno conmigo. Me despachaste antes de que pudiera decírtelo —remoloneaba lastimera—. ¿Crees que tendrás suerte? Huy, si te admitieran, probablemente te quedarías aquí en Batavia.

Irritado, Benteley contestó:

—Te están telepatiando mientras permaneces aquí. Verrick los tiene apostados por todas partes.

—No me importa —dijo Lori voluntariosa—. Una chica de cama no tiene muchas cosas que ocultar.

A Benteley aquello no le hacía gracia.

—No me gusta. No me han telepatiado en toda la vida —se encogió de hombros—. Pero pienso que, si voy a encerrarme aquí, tendré que acostumbrarme.

Se dirigió hacia la mesa central, dispuesta su tarjeta de identidad y de disponibilidad. El mecanismo actuó rápidamente. Momentos más tarde, el funcionario McMillan aceptó los documentos, los devoró, y luego se dirigió a él remilgadamente.

—Está bien, Ted Benteley. Ahora ya puedes pasar.

—Bueno —dijo Lori desmayadamente—. Espero volverte a ver. Si te encierras aquí...

Benteley sacudió su cigarrillo y se dirigió hacia la entrada de las oficinas interiores.

—Ya te veré —murmuró, sin darse apenas cuenta de la existencia de la chica.

Se abrió camino entre las filas de gente que aguardaba, apretó su cartera contra el costado, y atravesó rápidamente la puerta. Ésta se cerró enseguida tras él con un chasquido.

Estaba ya dentro: todo había empezado.

Un hombre bajito y de mediana edad, con gafas de montura de acero y delgado bigotillo engomado, estaba erguido junto a la puerta mirándole intensamente.

—Usted es Benteley, ¿verdad?

—Exactamente —contestó Benteley—. Estoy aquí para ver al Examinador Verrick.

—¿Con qué objeto?

—Deseo un empleo clase 8-8.

Una muchacha penetró rápidamente en el despacho. Sin fijarse en Benteley, dijo con precisión:

—Bueno, ya se acabó —se pasó la mano por las sienes—. ¿Lo ve usted? ¿Está ahora contento?

—A mí no me eche las culpas —replicó el hombrecillo—. Es la Ley.

—¡La Ley!

La muchacha se recostó sobre la mesa y se apartó de la frente un mechón de cabellos rojizos. Recogió del tablero un paquete de cigarrillos y encendió uno con dedos nerviosos e inhábiles.

—Que se vaya todo esto al diablo, Peter. Aquí no hay nada que hacer.

—Usted sabe que seguiré —dijo el hombrecillo.

—Es usted un idiota.

La muchacha casi dio media vuelta cuando por primera vez se dio cuenta

Librodot

de la presencia de Benteley. Sus ojos verdes flamearon de interés y sorpresa.

—¿Quién es usted?

—Quizá fuera preferible que volviese usted en otro momento —le insinuó el hombrecillo a Benteley—. Este no es exactamente el…

—No he venido a hacer aquí el tonto —replicó Benteley roncamente—. ¿Dónde está Verrick?

La muchacha le miró con curiosidad.

—¿Quiere usted ver a Reese? ¿Qué le va a vender?

—Soy bioquímico —contestó Benteley con rudeza—. Deseo conseguir un empleo de la clase 8-8.

Una débil sombra de diversión torció los rojos labios de la muchacha.

—¡Ah!, ¿sí? Es interesante… —encogió los desnudos hombros—. Tómele el juramento, Peter.

El hombrecillo vaciló. De mala gana, alargó la mano.

—Soy Peter Wakeman —anunció—. Esta muchacha es Eleanor Stevens. Es la secretaria particular de Verrick.

No era exactamente lo que Benteley esperaba. Hubo un silencio momentáneo mientras cada uno de los tres calibraba a los otros.

—El McMillan le ha dejado entrar —dijo Wakeman por fin—. Hay abierta una convocatoria para la gente 8-8. Pero no creo que Verrick tenga necesidad de más bioquímicos; ya tiene suficientes.

—¿Qué sabe usted de eso? —preguntó Eleanor Stevens—. Eso no es asunto suyo; no es usted el encargado del personal.

—No hago más que utilizar mi sentido común. —Wakeman se interpuso muy deliberadamente entre la muchacha y Benteley—. Lo siento —le dijo a Benteley—. Aquí está usted perdiendo el tiempo. Vaya a la Oficina de Colocación de la Colina; constantemente están comprando y vendiendo bioquímicos.

—Ya lo sé —replicó Benteley—. He trabajado para el sistema Colina desde que cumplí los dieciséis años.

—Entonces, ¿qué busca usted aquí? —preguntó Eleanor.

—Pájaro Lira me despidió.

—Vaya ahora a Soong.

—¡No trabajaré más para Colina alguna! —La voz de Benteley se había alzado ásperamente—. Estoy ya harto de Colina.

—¿Por qué? —preguntó Wakeman.

Benteley gruñó con enfado:

—Las Colinas están corrompidas. Todo el sistema está en decadencia. Se ofrecen en venta al mejor postor… y la oferta continúa.

Wakeman reflexionó.

—No sé qué pueda importarle a usted eso. Usted tiene su trabajo; se supone que en eso es en lo que debe pensar.

—Por mi tiempo, por mi pericia y mi lealtad, obtengo dinero —admitió Benteley—. Dispongo de un limpio laboratorio blanco y del uso de unas instalaciones cuya construcción ha costado más de lo que puedo ganar en toda mi vida. Disfruto de seguros sociales y de una protección total. Pero me pregunto cuál es el resultado final de mi trabajo. Me pregunto en qué termina por fin. Me pregunto a dónde va a parar.

—¿Adónde va a parar? —preguntó Eleanor.

—¡Al agujero de las ratas! No le sirve a nadie.

—¿A quién tendría que servirle?

Benteley se esforzó en contestar:

—No lo sé. A alguien, a algo. ¿No le gusta a usted que su trabajo sirva para hacer algún bien? He estado husmeando en Pájaro Lira todo el tiempo posible. Se supone que las Colinas deben ser unidades económicas separadas e independientes; en realidad, no son más que impuestos disimulados. La cosa es todavía más profunda. Ustedes conocen la muletilla de la Colina: EL SERVICIO ES BUENO Y EL SERVICIO MEJOR ES MEJOR. ¡Da grima! ¿Creen ustedes que las Colinas se preocupan lo más mínimo por servir a alguien? En lugar de existir para el bien público, son parásitos del público.

—Nunca me imaginé que las Colinas fueran organizaciones filantrópicas —dijo Wakeman secamente.

Benteley se alejó de ellos nerviosamente; estaban mirándole como si fuera un animador público. ¿Por qué había de indignarse así hablando de las Colinas? Adoptando la pose de siervo quejoso de una Colina, siendo así que nadie se quejaba. *Pero él se estaba quejando*. Quizá era una falta de realismo por su parte, una supervivencia anacrónica que la clínica de adaptación infantil no había podido quitarle. Lo que quiera que fuese, era lo cierto que había resistido todo lo que le fue posible.

—¿Cómo sabe usted que el Directorio es una cosa mejor? —le preguntó Wakeman—. Creo que se forma usted demasiadas ilusiones.

—Dejémosle que preste juramento —dijo Eleanor con indiferencia—. Si es eso lo que quiere, ¿por qué no dárselo?

Wakeman sacudió la cabeza.

—Yo no se lo tomaré.

—Se lo tomaré yo entonces —replicó la muchacha.

—Usted me dispensará —dijo Wakeman.

Del cajón de la mesa extrajo una botella de whisky y se preparó un trago.

—¿Alguien quiere acompañarme?

—No, gracias —dijo Eleanor.

Benteley dio media vuelta, irritado.

—¿Qué demonios significa esto? ¿De esta forma se lleva el Directorio?

Wakeman sonrió.

—¿Lo ve usted? Sus ilusiones están siendo hechas trizas. Siga donde está, Benteley. No sabe de lo que se libra.

Eleanor se apartó de la mesa y salió presurosamente de la habitación. Volvió a los pocos momentos con la usual representación simbólica del Examinador Jefe.

—Venga aquí, Benteley. Le tomaré juramento. —Colocó un pequeño busto de plástico, color carne, de Reese Verrick en el centro de la mesa y se volvió, bruscamente hacia Benteley—. Acérquese. —Cuando Benteley llegó por fin adonde ella estaba, la muchacha se incorporó y le tocó con la bolsita de paño que colgaba de una cinta alrededor del cuello, el amuleto que Lori le había puesto—. ¿Qué clase de talismán es éste? —le preguntó.

Hizo que él se colocara a su lado.

—Cuénteme.

Benteley le mostró el trocito de acero magnetizado y polvos blancos.

—Leche de virgen —explicó concisamente.

—¿Y eso es todo lo que usted lleva? —Eleanor señaló el aderezo de amuletos que temblaba entre sus pechos desnudos—. No comprendo cómo la gente puede arreglárselas con un único talismán. —Sus ojos verdes

chispeaban—. Quizás usted no coordina bien. Quizá por eso tiene mala suerte.

—Tengo una calificación positivamente alta —empezó a decir Benteley enojado—. Y llevo dos amuletos más. Este me lo regaló alguien.

—¡Ah!, ¿sí? —se acercó más y examinó el objeto con curiosidad—. Parece el tipo de amuleto que compraría una mujer. Caro, pero demasiado superficial.

—¿Es cierto —le preguntó Benteley— que Verrick no lleva amuleto alguno?

—Es cierto —intervino Wakeman—. No los necesita. Cuando la botella le eligió número Uno él estaba ya en la clase 6-3. Hablando de suerte, no puede negarse que ese hombre la tiene. Ha subido todo el camino hasta la cumbre lo mismo que se ve trepar a los chicos por las cucañas. Rezuma buena suerte por todos sus poros.

—He visto a gente que procura tocarle con la esperanza de conseguir así un poco de su suerte —dijo Eleanor, con tímido orgullo—. No me parece mal. Yo misma le he tocado muchas veces.

—¿Y qué bien le ha traído eso? —preguntó Wakeman con calma, señalando las descoloridas sienes de la muchacha.

—No nací ni en el mismo momento, ni en el mismo lugar de Reese — contestó Eleanor concisamente.

—No puedo tragar la astrocosmología —confesó Wakeman muy tranquilo—. Creo que la suerte es cosa que se puede perder o ganar. Viene por rachas. —Hablándole a Benteley lentamente y con intensidad, continuó—: Verrick puede tenerla ahora, pero eso no significa que vaya a tenerla siempre. Ellos... —Hizo un gesto vago señalando al piso de arriba—. La verdad es que les gustaría ver un poco de balanceo. —Añadió rápidamente—: No es que yo sea un cristiano ni nada por el estilo, ya usted me comprende. Sé muy bien que todo es un azar. —Exhaló un complicado aliento de *pipermint* y cebollas en el rostro de Benteley—. Pero todo el mundo tiene su oportunidad, algún día. Y los altos y los poderosos caen siempre.

Eleanor le lanzó a Wakeman una mirada de advertencia.

—Tenga cuidado.

Sin apartar la vista de Benteley, Wakeman dijo lentamente:

—Recuerde lo que le estoy diciendo. Está usted libre de toda fidelidad; aprovéchese de eso. No jure para Verrick. Se quedará ligado a él como uno de sus vasallos permanentes. Y usted mismo verá después como eso no tiene nada de agradable.

Benteley sintió un escalofrío.

—¿Quiere usted decir que se supone que yo voy a prestar juramento directamente para Verrick? ¿No un juramento ritual para el Examinador Jefe?

—Así es —dijo Eleanor.

—¿Por qué?

—La situación está ahora un poco incierta. No puedo darle más detalles. Más tarde se le asignará un empleo en las condiciones adecuadas a su categoría; eso queda garantizado.

Benteley agarró su cartera y la movió distraídamente. Su estrategia y sus planes habían fracasado. Ninguna de las precauciones que tomara correspondía aquí con sus esperanzas.

—Entonces, ¿estoy admitido? —preguntó medio irritado—. ¿Se me puede aceptar?

—Desde luego —respondió Wakeman con indiferencia—. Verrick necesita todos los 8-8 que pueda conseguir. No tiene usted por qué fracasar.

Benteley se apartó desalentado de la pareja. Había algo que no encajaba.

—Espere —dijo, confuso e incierto—. Tengo que pensar esto. Denme tiempo para decidir.

—Tómese el tiempo que quiera —dijo Eleanor sin hacerle mucho caso.

—Gracias.

Benteley se retiró para volver a estudiar la situación. Eleanor caminaba por la estancia con las manos metidas en los bolsillos.

—¿Hay más noticias sobre ese individuo? —le preguntó a Wakeman—. Estoy aguardándole.

—Hasta ahora sólo dispongo de los datos iniciales del primer circuito —contestó Wakeman—. Sabemos que se llama Leon Cartwright. Es miembro de no sé qué clase de culto, una Organización Sectaria de gente chiflada. Tengo curiosidad por ver qué clase de persona es.

—Pues yo no —Eleanor se detuvo junto a la ventana y se quedó mirando con malhumor las calles y rampas de allá abajo—. Dentro de nada estarán chillando. Ya no puede tardar mucho. —Se enderezó crispadamente y se pasó los dedos delgados por las sienes—. Dios, es posible que cometiera un error. Pero ya se acabó; no puede hacer nada.

—Fue un error —admitió Wakeman—. Cuando sea usted un poco mayor, se dará cuenta de hasta qué punto fue un error todo.

Una llamarada de miedo flameó por un instante en el rostro de la muchacha.

—Nunca dejaré a Verrick. ¡Me quedaré con él!

—¿Para qué?

—Estaré a salvo. Él se preocupará de mí; siempre lo ha hecho.

—El Cuerpo la protegerá.

—No quiero tener nada que ver con el Cuerpo —sus rojos labios se apretaron contra los blancos dientes—. *Mi familia*, mi bondadoso tío Peter, siempre en venta, lo mismo que sus Colinas. —Indicó a Benteley—. Y ese cree que no va a encontrar lo mismo aquí.

—No es una cuestión de venta —dijo Wakeman—. Es un principio. El Cuerpo está por encima del hombre.

—El Cuerpo es un artefacto, como esta mesa —Eleanor pasó sus largas uñas sobre la superficie del tablero—. Uno compra todo el mobiliario, la mesa, las luces, los siervos, el Cuerpo. —El disgusto llameó en sus ojos—. Un Prestonita, ¿no es eso?

—Eso es.

—No es raro que tenga usted ganas de verle. De una manera morbosa, creo que también yo siento curiosidad. Como la sentiría por cualquier tipo de animal raro de uno de los planetas colonias.

Junto a la mesa, Benteley salió de sus meditaciones.

—Está bien —dijo en voz alta—. Estoy dispuesto.

—Estupendo —Eleanor se deslizó detrás de la mesa, levantó una mano y se colocó la otra sobre el pecho.

—¿Sabe usted el juramento? ¿Necesita ayuda?

Benteley se sabía de memoria el juramento de fidelidad, pero una duda corrosiva le obligaba casi a detenerse. Wakeman se dedicaba a examinar sus

uñas con aspecto desaprobador y aburrido, un pequeño campo negativo de radiación. Eleanor Stevens miraba ávidamente, encendido su rostro con una serie compleja de emociones que iban cambiando por momentos. Con la convicción creciente de que las cosas no marchaban bien, Benteley empezó a recitar su juramento de fidelidad ante el pequeño busto de plástico.

Cuando iban por la mitad, las puertas del despacho se abrieron y un grupo de hombres entró ruidosamente. Uno de ellos descollaba sobre el resto; era un hombre corpulento, pesado y de anchos hombros, con la cara gris y curtida y espesos cabellos enmarañados de color de acero. Reese Verrick, rodeado por la gente de su equipo que le estaba ligada por vasallaje personal, se detuvo cuando vio la ceremonia que estaba desarrollándose en la mesa.

Wakeman alzó la vista y se encontró con la mirada de Verrick. Sonrió débilmente y no dijo nada, pero su actitud resultó bastante expresiva. Eleanor Stevens se había quedado rígida como una piedra. Con las mejillas arreboladas, el cuerpo tirante de emoción, escuchaba las palabras torpes de Benteley. Tan pronto como éste hubo acabado, la muchacha pareció recobrar su vivacidad. Cuidadosamente, se apresuró a sacar el busto de plástico del despacho y luego volvió con la mano extendida.

—Necesito su tarjeta de disponibilidad, señor Benteley. Hemos de guardarla.

Benteley, entumecido, le entregó la tarjeta. Otra vez volvía a perderla de vista.

—¿Quién es este individuo? —retumbó Verrick, con un ademán hacia Benteley.

—Acaba de prestar juramento ahora mismo. Un 8-8 —Eleanor recogió nerviosamente las cosas que tenía sobre la mesa; entre sus pechos, los amuletos de la buena suerte bailaban y vibraban excitados—. Voy a coger mi libro.

—¿8-8? ¿Bioquímico? —Verrick miró a Benteley con interés—. ¿Sirve para algo?

—No se le puede objetar nada —dijo Wakeman—. Por lo que he telepatiado es de primera calidad.

Eleanor cerró presurosa la puerta del armario, se echó el abrigo por encima de los hombros desnudos y se alisó los bolsillos llenos de cosas.

—Acaba de llegar ahora mismo, de Pájaro Lira. —Avanzó jadeante hasta unirse al grupo apiñado en torno a Verrick—. Todavía no sabe nada.

El pesado rostro de Verrick estaba arrugado por el cansancio y la preocupación, pero una débil chispa de guasa se encendió en sus ojos profundos, las duras órbitas grises hundidas en el lomo de unos pómulos fuertes.

—Las últimas migajas, por ahora. El resto irá para Cartwright, el Prestonita —se dirigió a Benteley—. ¿Cómo se llama usted?

Se estrecharon las manos mientras Benteley murmuraba su nombre. La mano maciza de Verrick le apretó los huesos en un zarpazo mortal mientras Benteley preguntaba débilmente:

—¿Adónde vamos? Yo creía que...

—A la Colina Farben.

Verrick y su grupo se dirigieron hacia la rampa de salida, todos menos Wakeman, que se quedó atrás para aguardar al nuevo Examinador Jefe. A Eleanor Stevens, Verrick le explicó brevemente:

—Operaremos desde allí. El retén que puso en Farben el año pasado era personal mío. Todavía puedo exigirles lealtad, a pesar de esto.

—¿A pesar de qué? —preguntó Benteley, súbitamente horrorizado.

Las puertas exteriores se habían abierto; la brillante luz del sol se derramaba sobre ellos, mezclada con el estrépito de los ruidos callejeros. Por primera vez, los gritos de las máquinas noticiarías estallaron escandalosos en sus oídos. A medida que el grupo descendía por la rampa al aeródromo y los transportes intercontinentales que aguardaban, Benteley iba preguntando roncamente:

—¿Qué ha pasado, qué ha pasado?

—Siga andando —gruñó Verrick—. Ya se enterará de todo bien pronto. Nos espera demasiado trabajo para perder el tiempo aquí charlando.

Benteley seguía lentamente al grupo, en su boca el gusto metálico y espeso del horror. Ahora ya lo sabía todo. Se lo gritaban por todas partes, pregonado por las excitadas voces mecánicas de las máquinas noticiarías públicas.

—¡Verrick desmontado! —gritaban las máquinas mientras ellos se iban moviendo entre los grupos de gente—. ¡Prestonita designado número Uno por la botella! ¡Una oscilación de la botella esta mañana a las nueve treinta, hora de Batavia! ¡Verrrrrick totalmente desmontaaaaado!

La oscilación que daba y quitaba el poder había ocurrido, el acontecimiento que los presagios habían anticipado sucedió al fin. Verrick se veía ahora despojado de la posición del número Uno; ya no era Examinador Jefe. Se había hundido en lo más hondo; estaba completamente fuera del Directorio.

Y Benteley le había rendido juramento de fidelidad.

Era demasiado tarde para volverse atrás. Estaba en camino hacia la Colina Farben. Todos ellos se hallaban cogidos en el alud de acontecimientos que se iba propagando por el Sistema de los Nueve Planetas como una jadeante tormenta invernal.

II

A primeras horas de la mañana Leon Cartwright iba conduciendo cuidadosamente a lo largo de las estrechas y serpenteantes calles en su anticuado *Chevrolet* 82, y sus manos competentes empuñaban con firmeza el volante, los ojos fijos en el tráfico que le precedía. Como de costumbre, llevaba un terno pasado de moda, pero inmaculado, de chaqueta cruzada. Un sombrero informe se aplastaba sobre su cabeza, y, en el bolsillo del chaleco, un viejo reloj latía para sí mismo. Todo en torno a él respiraba desuso y edad; podía tener unos sesenta años, un hombre esbelto, de construcción nervuda, muy alto y derecho, pero de huesos pequeños, con suaves ojos azules y muñecas manchadas por dolencias hepáticas. Tenía brazos delgados, pero acerados y fuertes. En su rostro sombrío había una expresión tranquila, casi gentil. Conducía como si no confiase enteramente ni en sí mismo ni en el viejo coche.

En el asiento trasero había montones y ringleros de cintas magnetofónicas de correspondencia dispuestas para ser enviadas. El suelo gemía bajo pesadas cargas de hojas metálicas listas para ser impresas y franqueadas. Un viejo impermeable estaba arrugado en el rincón, juntamente con una

anticuada fiambrera y varios pares de chanclos de desecho. Encajado bajo el asiento estaba un rifle *Hopper* cargado, colocado allí desde hacía años.

A ambos lados de Cartwright, los edificios eran viejos y ajados, construcciones endebles y desnudas, de ventanas polvorientas y tímidos anuncios de neón. Eran reliquias del siglo pasado, como él mismo y su coche. Hombres desaliñados, de pantalones descoloridos y chaquetas de faena, con las manos en los bolsillos, los ojos apagados y hostiles, se recostaban en quicios y paredes. Regordetas mujeres de mediana edad, embutidas en negras chaquetas informes, entraban en oscuras tiendas empujando carritos de mano, para regatear por los géneros estropeados, los comestibles rancios que habrían de llevar a sus casas angostas con olor a orines y a sus familias inquietas.

La suerte de la Humanidad, pensó Cartwright, no había cambiado mucho últimamente. El Sistema de Clasificación, los complicados Examinadores, no habían traído mucho bien al pueblo. Los *incs*, los inclasificados, seguían existiendo.

En los primeros años del siglo XX el problema de la producción había quedado resuelto; luego fue el problema del consumo el que empezó a azotar a la sociedad. En los años 1950 y 1960, artículos de consumo y productos agrícolas empezaron a apilarse en vastas montañas por todo el mundo occidental. Se dio todo lo que se pudo, pero aquello amenazaba con subvertir el mercado abierto. En 1980 se pensó que la mejor solución era reunir los productos y quemarlos: miles de millones de dólares destruidos semana tras semana.

Cada sábado, la gente de la ciudad se reunía en multitudes sombrías y resentidas para ver cómo las tropas rociaban con gasolina los coches, las parrillas, las telas, las naranjas, café y cigarrillos que nadie podía comprar, quemándolos en cegadora conflagración. En cada ciudad había un sitio de quema, cercado, una especie de montón de basura y ceniza donde las hermosas cosas que no podían ser compradas eran destruidas sistemáticamente.

Los sorteos habían aliviado el problema de una manera mínima. Si la gente no podía permitirse comprar los caros artículos manufacturados, al menos podían alimentar la esperanza de ganarlos en un golpe de suerte. Durante decenios la economía se basó en complicados artilugios dispensadores de donativos con los que se daba salida a toneladas de mercancías sobrantes. Pero por cada hombre que ganaba un coche y una nevera y un TV, había millones que no ganaban nada. Gradualmente, en el curso de los años, los premios en los sorteos fueron consistiendo no ya en artículos materiales, sino en unidades más realistas: poder y prestigio. Y en la cumbre, en la cumbre final y suprema, el dispensador del poder, el Examinador Jefe, y aquello significaba gobernar el sorteo mismo.

La desintegración del sistema social y económico había sido lenta, gradual y profunda. Llegó a tanta hondura, que la gente perdió la fe en las mismas leyes de la Naturaleza. Nada parecía estable o fijo; el Universo era un flujo que se deslizaba. Nadie sabía lo que venía a continuación. Nadie podía contar con nada. La predicción estadística se hizo popular... los conceptos mismos de causa y efecto se extinguieron. La gente perdió la fe en la creencia de que pudiesen controlar lo que les rodeaba; todo lo que quedaba era una secuencia de probabilidades: buenas apuestas en un Universo montado al azar.

La teoría del Minimax —el juego Minimax— era una especie de retirada estoica, una no participación en el remolino sin objeto donde luchaba la gente. El jugador del Minimax nunca llegaba a declararse realmente; no arriesgaba nada, no ganaba nada... y no se veía arrollado. Trataba de acaparar su puesta y se esforzaba por desplazar a los demás jugadores. El jugador del Minimax se quedaba aguardando a que el juego terminara; eso era lo mejor que podía esperar.

El Minimax, el método de sobrevivir al gran juego de la vida, fue inventado por dos matemáticos del siglo XX: von Neumann y Morgenstern. Había sido usado en la Segunda Guerra Mundial, en la guerra de Corea y en la Guerra Final. Estrategas militares y luego financieros habían jugado con la teoría. A mediados del siglo, von Neumann fue designado para formar parte de la Comisión de Energía Atómica de los Estados Unidos: reconocimiento que se hacía a la importancia creciente de su teoría. Y al cabo de dos siglos y medio, aquello se convirtió en la base del gobierno.

Por eso precisamente era por lo que Leon Cartwright reparador de aparatos electrónicos, y ser humano con conciencia, se había hecho Prestonita.

Después de hacer la señal obligada, Cartwright detuvo su viejo coche junto a la acera. Frente a él, el edificio de la Sociedad resplandecía con un blanco sucio al sol de mayo, una estrecha estructura de madera de tres pisos con su único letrero corrido sobre la puerta contigua a la lavandería: *SOCIEDAD PRESTON, Oficina Principal* en la parte trasera.

Esta era la entrada de atrás, la plataforma de carga. Cartwright abrió el departamento trasero del coche y empezó a sacar paquetes de literatura postal que fue colocando en la acera. La gente que pasaba no se fijaba en él; a unos cuantos metros de distancia un pescadero estaba descargando su camión en forma similar. Al otro lado de la calle, un turbio hotel amparaba a una abigarrada familia de tiendas parásitas y ajados establecimientos mercantiles: casas de empeño, estancos, casas de muchachas y bares.

Cogiendo uno de los paquetes, Cartwright lo arrastró por la estrecha acera y lo metió en el oscuro cuarto-almacén del edificio. Una sola bombilla cansada brillaba débilmente en las tinieblas húmedas; había pertrechos por todas partes, columnas impresionantes de cestos y cajas atadas con alambres. Encontró un lugar vacío, depositó allí su pesada carga y luego atravesó el vestíbulo y entró en la escuchimizada oficina principal.

La oficina y su desnuda antesala estaban, como de costumbre, vacía. La puerta de la fachada del edificio abierta de par en par. Cartwright cogió un montón de correo; se sentó en el ajado diván, extendió las cartas sobre una mesita y comenzó a mirarlas. No había nada de importancia: facturas de imprentas, de transportes, de alquileres, multas por retrasos en pagos de impuestos y recibos de agua y electricidad.

Abrió una carta y se encontró un billete de cinco dólares y una larga nota escrita con la caligrafía temblorosa de una anciana. Había también otras contribuciones más microscópicas. Sumándolas todas halló que a la Sociedad había ingresado cerca de treinta dólares.

—Están impacientándose —dijo Rita O'Neill, apareciendo en la puerta situada tras él—. Sería mejor que empezáramos.

Cartwright suspiró. Había llegado la hora. Poniéndose en pie con un esfuerzo, vació un cenicero, enderezó una pila de deteriorados ejemplares del *«Disco Llameante»* de Preston, y, de mala gana, siguió a la muchacha hasta

el angosto vestíbulo. Bajo la fotografía, manchada por las Moscas de John Preston, justamente a la izquierda de la fila de perchas, se adelantó y pasó por la falsa escotilla al vago pasillo interior que corría paralelamente al corredor ordinario.

Cuando le vieron, las personas que componían la concurrencia dejaron de hablar repentinamente. Todos los ojos se volvieron hacia él; una ansiosa esperanza mezclada con pánico aleteó en la habitación. Aliviados, unos cuantos fueron acercándosele: el murmullo hirvió de nuevo y se convirtió en un barboteo. Ahora todos estaban tratando de conquistar su atención. Un corro de hombres y mujeres gesticulantes fue formándose en torno a él, a medida que avanzaba hacia el centro.

—Ya estamos —dijo Bill Konklin, aliviado.

Al lado de éste, Mary Uzich exclamó ansiosamente:

—¡Hemos esperado mucho tiempo, ya no podemos esperar más!

Cartwright se buscó en los bolsillos hasta que encontró la lista del personal. Una desconcertante diversidad de personas se apiñaba con angustia a su alrededor: campesinos mejicanos, mudos y asustados, aferrando las cosillas de su propiedad, una pareja urbana de rostro endurecido, un fogonero de retropropulsor, artesanos japoneses de talleres de óptica, una muchacha de cama de labios rojos, el propietario de mediana edad de un almacén de cereales que había quebrado, un estudiante de agronomía, un vendedor de específicos, una cocinera, una enfermera, un carpintero. Todos ellos estaban sudando, empujándose, escuchando, mirando intensamente.

Era gente con habilidad en las manos y no en la cabeza. Sus aptitudes provenían de años de práctica y de trabajo, del contacto directo con los objetos. Sabían cultivar plantas, hacer cimientos, reparar tubos rotos, cuidar de una máquina, tejer telas, cocinar comidas. De acuerdo con el Sistema de Clasificación, eran unos fracasados.

—Creo que está todo el mundo aquí —dijo Jereti tensamente.

Cartwright hizo una inspiración profunda, musitó una plegaria y elevó la voz de forma que todos pudieran oírles:

—Quiero deciros algo antes de que os vayáis. La nave está lista, ha sido revisada por nuestros amigos en el aeródromo.

—Eso es exacto —corroboró el Capitán Groves; era un negro impresionante, de rostro severo, chaqueta de cuero, guantes y botas altas.

Cartwright agitó su brazado de hojas metálicas.

—Bueno, esto es lo que hay. ¿Tiene alguien alguna duda? ¿Alguien quiere volverse atrás?

Había excitación y tensión, pero nadie se movió. Mary Uzich le sonrió a Cartwright y luego al joven que estaba a su lado; Konklin le pasó el brazo por la cintura y la estrechó con fuerza.

—Para esto es para lo que hemos trabajado —continuó Cartwright—. Este es el momento que hemos preparado con nuestro dinero y con nuestro tiempo. Me gustaría que John Preston estuviese aquí. Él se alegraría al ver esto. Él sabía que sucedería, por fin, algún día. Sabría que habría una nave que marcharía más allá de los planetas colonias, más allá de las regiones controladas por el Directorio. En lo profundo de su corazón estaba convencido de que los hombres buscarían nuevas fronteras... y libertad. —Examinó su reloj—. Adiós y buena suerte; ya estáis en camino. Apretad con fuerza vuestros amuletos y dejad que Groves se encargue de la dirección.

Uno a uno fueron recogiendo sus exiguas pertenencias y saltaron de la habitación. Cartwright no dejaba de estrechar manos, murmurando palabras de esperanza y consuelo. Cuando el último hubo desaparecido, se quedó inmóvil unos momentos, silencioso y pensativo, en la habitación ahora desierta.

—Me alegro de que todo esto haya acabado ya —declaró Rita, relajándose—. Tenía miedo de que alguno de ellos quisiera volverse atrás.

—Lo desconocido es un sitio terrible. Hay monstruos por allí. Y en uno de sus libros, Preston habla de lúgubres voces que hacen conjuros. —Cartwright se sirvió una taza de café negro del termo de sílice—. Bueno, también aquí tenemos lo nuestro. No sé qué es peor.

—La verdad es que no llego a creérmelo —dijo Rita, alisando su cabello negro con un golpecito inconsciente de sus dedos largos y ágiles—. Puede usted cambiar el Universo... no hay nada que no pueda hacer.

—Hay muchas cosas que no puedo hacer —corrigió Cartwright secamente—. Trataré de hacer unas cuantas cosas, desplegar alguna actividad aquí y allí, poner fin a ciertos abusos. Pero terminarán por liquidarme en muy poco tiempo.

Rita se mostró aterrada.

—¿Cómo... puede usted decir eso?

—Tengo que ser realista. —Su voz era áspera, casi salvaje—. Los asesinos han matado a todo *inc* designado alguna que otra vez por la botella. ¿Cuánto tiempo cree usted que se tardará en movilizarlos por la Convención de la Recusa? Los controles y equilibrios de este sistema funcionan para controlarnos a nosotros y equilibrarlos a ellos. Por lo que a ellos les concierne, he violado las reglas simplemente por mi voluntad de querer seguir el juego. Lo que quiera que ahora me pase, será exclusivamente culpa mía.

—¿Saben ellos algo acerca de la nave?

—Lo dudo. —Morbosamente, añadió—: Espero que no.

—Puede usted resistir hasta que la nave esté a salvo. No se trata de que...

Rita se interrumpió y se volvió, temerosa.

Del exterior del edificio llegaba el sonido de un aparato de retropropulsión. Una nave estaba posándose en el tejado, un súbito bordoneo metálico como el de un insecto de acero. Hubo una sacudida final, luego voces y rápidos movimientos procedentes de los pisos superiores, a medida que la trampilla del tejado iba abriéndose. Rita vio la expresión del rostro de su tío, el momentáneo terror que se reflejaba en sus facciones, la breve llamarada de quien sabía lo que estaba pasando. Luego el cansancio benigno y la calma imperturbable volvieron a flotar sobre los rasgos, y él le sonrió altivamente.

—Ya están aquí —observó con voz débil, casi inaudible.

Pesadas botas militares se mostraron en el corredor. Los guardias del Directorio, con sus uniformes verdes, se desplegaron por la sala de reuniones; tras ellos apareció un oficial del Directorio, de rostro sereno y apretando en su mano una cartera cerrada.

—¿Es usted Leon Cartwright? —preguntó el oficial.

Hojeó un librillo de notas y dijo:

—Déme usted sus papeles. ¿Los lleva consigo?

Cartwright sacó su tubo de plástico del bolsillo interior de la chaqueta, despegó el sello y extendió las delgadas hojas metálicas. Una a una las fue

colocando sobre la mesa.

—Certificado de nacimiento. Expedientes escolar y de artesanía. Psicoanálisis. Certificado médico. Antecedentes penales. Permiso de residencia. Declaración de historia de fidelidad. Liberación de la fidelidad última. Todo lo demás de costumbre.

Empujó el montoncito hacia el oficial y luego se quitó la chaqueta y se arremangó la camisa.

El oficial miró brevemente los papeles y luego comparó las tablas de identificación con las marcas selladas profundamente en la carne del antebrazo de Cartwright.

—Más tarde tendremos que examinar las huellas dactilares y la conformación cerebral. En realidad todo esto es superfluo; sé que es usted Leon Cartwright. Soy el Comandante Shaeffer, del Cuerpo Telépata del Directorio. Hay otros telépatas por aquí cerca. Hubo una oscilación del poder esta mañana, poco después de las nueve.

—Ya veo —dijo Cartwright, bajándose la manga y volviendo a ponerse luego la chaqueta.

El Comandante Shaeffer tocó el filo liso del documento que acreditaba el estado legal de Cartwright.

—¿Usted no está clasificado, verdad?

—No.

—Supongo que su tarjeta de disponibilidad sería recogida por su Colina protectora. Es el sistema usual, ¿no?

—Es el sistema usual —dijo Cartwright—. Pero ya no estoy bajo el feudo de ninguna Colina. Como verá usted por mis papeles, me liberaron a principios de este año.

Shaeffer se encogió de hombros.

—Entonces, naturalmente, pondría usted a la venta su tarjeta de disponibilidad en el mercado negro —cerró su librito de notas con un chasquido—. Muchos tumbos de la botella sacan a relucir a inclasificados, puesto que superan en número por un margen tan crecido a los clasificados. Pero, de una manera o de otra, los clasificados se las arreglan para apoderase de las tarjetas de disponibilidad.

Cartwright colocó su propia tarjeta sobre la mesa.

—Aquí está la mía.

Shaeffer se quedó atónito.

—Increíble —con toda rapidez palpó la mente de Cartwright, una expresión suspicaz y desconcertada en su rostro—. Usted lo sabía ya. Sabía que esto iba a suceder.

—Sí.

—Imposible. Acaba de ocurrir; hemos venido instantáneamente. La noticia ni siquiera ha llegado aún a oídos de Verrick; es usted la primera persona que lo sabe fuera del Cuerpo —se acercó a Cartwright—. Hay aquí algo raro. ¿Cómo sabía usted que iba a pasar esto?

—Aquella ternera de dos cabezas —dijo Cartwright vagamente.

El oficial telépata estaba perdido en sus reflexiones, sin dejar de explorar la mente de Cartwright. Se apartó en forma abrupta.

—No importa. Supongo que tiene usted una fuente de informes particular. Podría descubrirlo; es algo que está en la mente de usted, en un sitio profundo, cuidadosamente cubierto —alargó la mano—. Mi enhorabuena. Si todo está en regla, por lo que a usted se refiere, tomaremos posiciones

alrededor del lugar. Dentro de pocos minutos, Verrick será informado. Hemos de estar dispuestos. —Colocó en manos de Cartwright la tarjeta—. Conserve bien eso. Es lo único que le da derecho a su nuevo puesto.

—Supongo —dijo Cartwright, empezando a respirar de nuevo—, que puedo contar con usted.

Se guardó cuidadosamente la tarjeta de disponibilidad.

—Creo que sí —contestó Shaeffer humedeciéndose los labios pensativamente—. Resulta extraño... Usted es ahora nuestro superior y Verrick no es nada. Puede que tenga que transcurrir algún tiempo antes de que logremos realizar el cambio psicológico. Algunos de los miembros más jóvenes del Cuerpo que no recuerdan a otro Examinador Jefe... —Se encogió de hombros—. Sugiero que se coloque usted en manos del Cuerpo durante una temporada. No podemos seguir aquí, y mucha gente de Batavia tiene deberes de personal fidelidad con Verrick, no con su cargo. Tenemos que ir palpando a todo el mundo y desvelándolos sistemáticamente. Verrick ha estado haciendo uso de ellos para lograr el dominio sobre las Colinas.

—No me sorprende.

—Verrick es astuto —Shaeffer midió a Cartwright con mirada crítica—. Durante su Examinantazgo fue desafiado repetidas veces. Siempre había alguien que se filtraba. Tuvimos bastante trabajo, pero supongo que para eso es para lo que estamos.

—Me alegro de que haya venido —admitió Cartwright—. Cuando oí el ruido, pensé que era Verrick.

—Lo habría sido si nosotros le hubiésemos dado la noticia —había una burla áspera en los ojos de Shaeffer—. Si no hubiese sido por los telépatas más viejos, probablemente le habríamos hecho la notificación a él primero y habríamos tardado luego un poco en llegar aquí. Peter Wakeman hizo de esto una cuestión de honor. Responsabilidad y deber, y toda esa serie de cosas.

Cartwright tomó nota mentalmente. Tendría que ascender a ese Peter Wakeman.

—Cuando nos acercábamos aquí —continuó Shaeffer lentamente—, nuestro primer grupo captó los pensamientos de un gran gentío que al parecer salía de esta casa. El nombre de usted estaba en sus mentes, y esta sala.

Cartwright adoptó inmediatamente una actitud cautelosa.

—¡Ah!, ¿sí?

—Se estaban alejando de nosotros, así es que no pudimos captar mucho. Algo acerca de una nave. Algo que estaba relacionado con un largo vuelo.

—Habla usted como un adivino del Gobierno.

—Había en torno a ellos un campo intenso de excitación y miedo.

—No puedo decirle nada —insistió Cartwright con énfasis—. No estoy enterado de nada. —Irónicamente añadió—: Algunos acreedores, quizá.

En el patio situado fuera del edificio de la Sociedad, Rita O'Neill daba vueltas, en un círculo pequeño y sin objeto, sintiéndose repentinamente perdida. El gran momento había llegado y había pasado; ahora, formaba parte de la Historia.

Frente al edificio de la Sociedad se alzaba la pequeña y desnuda cripta en la que yacían los restos de John Preston. Ella podía ver el cuerpo oscuro y mal formado de aquel hombre suspendido dentro del amarilloso cubo de

plástico manchado de moscas, cruzadas las manos sobre su pecho de pájaro, cerrados los ojos, vidrios eternamente superfluos. Manos pequeñas, torcidas por la artritis, una criatura encorvada y miope. La Cripta estaba polvorienta; broza y basura se acumulaban en torno. Vieja porquería que el viento había traído hasta allí y allí la había dejado. Nadie venía para ver los restos de Preston. La cripta era un monumento olvidado y solitario, albergando a una podrida forma de arcilla, impotente, desplazada.

Pero a un kilómetro de distancia la flota de coches arcaicos estaba descargando a sus pasajeros en el aeródromo. El reformado navío se hallaba fuertemente atado a la rampa de lanzamiento; la gente iba trepando con torpeza por la angosta escalerilla de metal hasta introducirse en la envoltura insólita.

Los fanáticos estaban en marcha. Iban a zarpar a las profundidades del espacio para localizar y hacerse dueños del mítico décimo planeta del Sistema Solar, el legendario Disco Llameante, el fabuloso mundo de John Preston, más allá del Universo conocido.

III

Antes de que Cartwright llegase a los edificios del Directorio en Batavia la noticia era ya del dominio público. Estaba sentado mirando fijamente la pantalla de la televisión mientras el cohete intercontinental de alta velocidad se precipitaba por el cielo del Pacífico meridional. Bajo ellos se extendían el océano azul e innumerables puntitos negros, aglomeraciones de barcos vivienda de metal y de plástico sobre los que vivían familias asiáticas, frágiles plataformas extendidas desde Hawai a Ceilán.

La pantalla de la TV estaba loca de excitación. Aparecían y desaparecían rostros; las escenas cambiaban con rapidez alucinante. Se mostraba la historia de los diez años de Verrick: instantáneas del macizo y ancho ex Examinador Jefe y resúmenes de lo que había realizado. Había vagos informes sobre Cartwright.

Tuvo que echarse a reír, en un acceso nervioso que sobresaltó a los telépatas. No se sabía nada sobre él, sino que estaba relacionado en cierto modo con la Sociedad Prestoniana. Las máquinas noticiarías habían husmeado todo lo posible acerca de la Sociedad: no era mucho. Había fragmentos de la historia del mismo John Preston, el frágil hombrecillo arrastrándose desde las Bibliotecas de Información hasta los Observatorios, escribiendo sus libros, reuniendo hechos innumerables, arguyendo fútilmente con los eruditos, perdiendo su precaria clasificación, y finalmente hundiéndose y muriendo en la oscuridad. La escuálida cripta fue erigida. Se celebró la primera reunión de la Sociedad. Se empezó la impresión de los libros medio profetices, medio chiflados, de Preston.

Cartwright esperaba que aquello fuese todo lo que supieran. Mantenía cruzados sus dedos mentales y los ojos fijos en la pantalla de la TV.

Era hora el poder supremo del Sistema de los Nueve Planetas. Era el Examinador Jefe, rodeado por un Cuerpo de Telépatas, con un vasto Ejército y una Flota de Guerra y Fuerza de Policía a sus órdenes personales. Era el administrador sin antagonista de la estructura azarosa de la botella, del inmenso aparato de clasificación, sorteos, loterías y escuelas de adiestramiento.

Por la otra parte estaban las Cinco Colinas, el armazón industrial sobre el que se sostenían el sistema político.

—¿Hasta dónde llegó Verrick? —le preguntó al Comandante Shaeffer.

Shaeffer miró en la mente de su interlocutor para ver el sentido de la pregunta.

—¡Oh, llegó bastante lejos! En agosto habría eliminado la oscilación del azar y toda la estructura del Juego del Minimax.

—¿Dónde está Verrick ahora?

—Salió de Batavia para la Colina Farben, donde es él más fuerte. Operará desde allí; hemos captado algunos de sus planes.

—Veo que este Cuerpo de ustedes va a ser valioso.

—Hasta cierto punto. Nuestra tarea consiste en protegerle a usted: es todo lo que tenemos que hacer. No somos espías ni agentes secretos. Nos limitamos a defenderle la vida.

—¿Cuál fue la razón de esto en el pasado?

—El Cuerpo empezó a existir hace ciento sesenta años. Desde entonces hemos protegido a cincuenta y nueve Examinadores. De ese número hemos podido salvar a once del Desafío.

—¿Cuánto duraron?

—Algunos unos pocos minutos, algunos varios años. Verrick ha sido de los que más ha durado, aunque hubo el viejo McRee, allá por el 78, que gobernó sus buenos treinta años. Defendiéndole, el Cuerpo interceptó a más de trescientos Desafiadores; pero no lo podríamos haber logrado sin la ayuda de McRee. Era un tío muy astuto. Algunas veces pienso que él mismo era telépata.

—Un Cuerpo de telépatas —musitó Cartwright—, que me protege. Y asesinos públicos para matarme.

—Sólo un asesino por cada vez. Naturalmente, puede usted ser asesinado por un aficionado que actúe sin la autorización de la Convención. Alguien con animosidad personal. Pero eso es raro. Quienquiera que fuese no sacaría así nada, excepto la pérdida de su tarjeta de disponibilidad. Quedaría neutralizado políticamente; se vería excluido de la posibilidad de llegar a ser Examinador Jefe. Y la botella tendría que dar una vuelta completa. Un acontecimiento profundamente desagradable.

—Dígame mi promedio de duración.

—Unas dos semanas.

Dos semanas, y Verrick era astuto. Las Convenciones de Desafío no eran asuntos esporádicos convocados por individuos aislados, ansiosos de poder. Verrick lo tendría todo organizado. Una maquinaria eficiente y concertada estaría enviando su asesino tras otro, reptando y deslizándose hacia Batavia sin cesar, hasta que por fin se alcanzara la meta y Leon Cartwright fuera destruido.

—En la mente de usted —dijo Shaeffer— hay un remolino interesante del miedo usual y un síndrome muy raro que no consigo analizar. Algo acerca de una nave.

—¿A ustedes se les permite escudriñar siempre que quieren?

—No puedo remediarlo. Si estoy aquí sentado, rezongando y hablándole, usted no tiene más remedio que oírme. Cuando estoy con un grupo, los pensamientos de los componentes se confunden unos con otros, como en una reunión de gentes en la que todo el mundo hablase al mismo tiempo. Pero aquí no estamos más que usted y yo.

—La nave está ya en camino —dijo Cartwright.

—No irá lejos. En el primer planeta donde trate de posarse, en Marte o en Júpiter o en Ganimedes...

—La nave pasará de largo. No pensamos fundar otra colonia.

—Espera usted demasiado de ese anticuado carguero.

—Todo lo que tenemos está ahí.

—¿Cree que va a poder resistir tanto tiempo?

—Eso espero.

—También lo espero yo —dijo Shaeffer desapasionadamente—. A propósito. —Hizo un gesto hacia la isla florida que parecía levantarse a su encuentro por debajo de ellos—. Cuando aterricemos, habrá un agente de Verrick esperándole.

Cartwright se lamentó secamente.

—¿Ya?

—No un asesino. Todavía no se ha celebrado ninguna Convención de Desafío. Este hombre es un feudatario de Verrick, un miembro de su Estado Mayor personal. Se llama Herb Moore. Fue examinado en cuestión de armas y aprobó. Sólo quiere hablar con usted.

—¿Cómo sabe usted todo eso?

—En los últimos minutos he estado en contacto con el Cuartel General del Cuerpo. Es un proceso informativo que se traslada de un miembro a otro. En realidad formamos una cadena. No tiene usted por qué preocuparse: por lo menos dos de nosotros estaremos custodiándole cuando hable con él.

—¿Y si yo no quisiera hablarle?

—Usted puede hacer lo que quiera.

Cartwright desconectó el aparato de televisión cuando la nave empezó a descender hacia las garras magnéticas.

—¿Qué me conseja usted?

—Hable con él. Oiga lo que tenga que decirle. Eso le dará más idea de lo que se traigan entre manos.

Herbert Moore era un hombre guapo y rubio frisando en la treintena. Se puso de pie con gentileza cuando Cartwright, Shaeffer y otros dos hombres del Cuerpo entraron en el vestíbulo principal del edificio del Directorio.

—Se le saluda —le dijo Moore a Shaeffer con voz brillante.

Shaeffer abrió las puertas de las oficinas interiores y se apartó a un lado para dejar entrar a Cartwright. Esta era la primera vez que el nuevo Examinador veía la herencia que le había tocado en suerte. Se quedó de pie en la puerta, con el abrigo al brazo, completamente maravillado por aquella visión.

—Este es un gran salto desde el edificio de la Sociedad —dijo por fin.

Moviéndose lentamente, tocó la pulimentada superficie de caoba del tablero de la mesa.

—Es una cosa rara... Yo me había figurado bastante bien todo el significado abstracto contenido en expresiones tales como poder hacer esto, poder hacer aquello. Lo tenía en mi mente todo en forma simbólica, pero la vista de estas alfombras y de esta gran mesa...

—Esa no es su mesa —le dijo el Comandante Shaeffer—. Es la mesa de su secretaria. Eleanor Stevens, una ex telépata.

—¡Ah! —dijo Cartwright enrojeciendo—. Bueno, ¿y dónde está ella?

—Se marchó con Verrick. Una situación interesante. El Comandante

Shaeffer cerró, dando un portazo, dejando a Herb Moore en la aterciopelada antesala—. Ella era nueva en el Cuerpo; vino después que Verrick llegó al puesto de Examinador. Era una jovencita; acababa de cumplir diecisiete años y Verrick fue la única persona a quien sirviera. Transcurrido un par de años, cambió su juramento, transformando lo que nosotros llamamos juramento posicional en juramento personal. Cuando Verrick se marchó, ella empaquetó todas sus cosas y se fue con él.

—¿Entonces, Verrick dispone de una telépata?

—Le fue extirpado el supralóbulo, de acuerdo con la Ley. Es interesante que pueda establecerse una lealtad personal de esa índole. Por lo que sé, no existe nada de relaciones sexuales. En realidad ha sido amante de Moore, el joven que aguarda ahí fuera.

Cartwright dio una vuelta por el lujoso despacho, examinando los estantes de los archivos, los macizos aparatos de intercomunicación, las sillas, la mesa, las cambiantes pinturas azarosas en las paredes.

—¿Dónde está mi despacho? Shaeffer abrió de un puntapié una pesada puerta. Él y otros dos guardias siguieron a Cartwright y atravesaron una serie de puntos de control y anchas paredes protectoras hasta una cámara de material lívido y sólido.

—Grande, pero no jugosa —dijo Shaeffer—. Verrick era un realista. Cuando llegó, esto era una especie de harén árabe; muchachas de cama por todas partes, abundancia de licor, divanes, música y juegos de colores. Verrick mandó desalojar el batiburrillo, envió a las muchachas a los Campos de Trabajo de Marte, tiró los cuadros y los licores, y construyó *esto*. —Shaeffer dio una palmada en la pared; sonó un eco apagado—. Sus buenos seis metros de rexeroide. Es a prueba de bomba, a prueba de perforaciones, escudado contra la radiación, tiene su propio sistema de bombeo de aire, sus propios controles de temperatura y de humedad y su propio suministro de víveres. —Abrió un armario—. Mire.

El armario era un pequeño arsenal.

—Verrick sabía manejar toda clase de armas. En cierta ocasión fuimos a cazar con él una semana en la jungla, y derribó a todo bicho que se le puso por delante. Nadie puede entrar en esta habitación si no es por la puerta normal. O... —Pasó la mano sobre una de las paredes—. A Verrick nunca le faltaba un truco. Proyectó esto y supervisó cada centímetro. Cuando estuvo acabado, todos los obreros fueron enviados a Campos de Concentración, como los faraones y sus tumbas. Durante las horas finales, el Cuerpo quedó excluido.

—¿Por qué?

—Verrick había instalado unas partes que no pensaba utilizar mientras fuera Examinador Jefe. Pero nosotros telepatiamos a algunos de los trabajadores mientras se les cargaba en los transportes. Los telépatas siempre sienten curiosidad cuando alguien trata de excluirlos. —Hizo correr a un lado una sección de la pared—. Este es el paso especial de Verrick. Ostensiblemente, conduce afuera. En realidad, conduce adentro.

Cartwright trató de no fijarse en el sudor frío que sentía en las palmas de las manos y en las axilas. El pasillo se abría detrás de la gran mesa de acero: no resultaba difícil imaginarse la pared de rexeroide retirándose y el asesino emergiendo directamente tras el nuevo Examinador Jefe.

—¿Qué sugiere usted? ¿Debo mandar que sellen el paso?

—La estrategia que hemos elaborado no tiene en cuenta este aparato.

Sembraremos el suelo de cápsulas de gas a lo largo de todo el pasillo, y nos olvidaremos del asunto. El asesino morirá antes de llegar al panel. —Shaeffer se encogió de hombros—. Pero eso no tiene importancia.

—Seguiré su consejo —se esforzó Cartwright en decir—. ¿Hay alguna otra cosa que yo deba saber en este momento?

—Le convendrá oír a Moore. Es un bioquímico de primera categoría, un genio a su manera. Controla los laboratorios de investigación de la Colina Farben; esta es la primera vez que se le ve por aquí desde hace años. Hemos tratado de detectar algo sobre su trabajo, pero, francamente, la información resulta demasiado técnica para nosotros.

Unos de los otros telépatas, un hombre bajito y vivaracho, de cabello ralo y fino bigote, con unos anteojos de tiro en una mano, tomó la palabra:

—Sería interesante saber hasta qué punto Moore combina deliberadamente sus pensamientos en una jerga técnica con objeto de despistarnos.

—Este es Peter Wakeman —dijo Shaeffer.

Cartwright y Wakeman se dieron la mano. Los dedos del telépata eran delicados y frágiles; dedos huidizos sin nada de aquella fuerza que Cartwright estaba acostumbrado a hallar en sus inclasificados. Resultaba difícil creer que aquel Wakeman fuese el hombre que se había puesto a la cabeza del Cuerpo y lo había apartado de Verrick en el momento crítico.

—Gracias —dijo Cartwright.

—Bienvenido. Pero la cosa no tenía nada que ver con usted. —El telépata mostraba un interés tranquilo por el alto anciano—. ¿Cómo se hace uno Prestonita? No he leído ninguno de los libros; ¿son tres?

—Cuatro.

—Preston era aquel astrónomo chalado que consiguió que los observatorios se dedicaran a buscar su planeta, ¿no es así? Apuntaron los telescopios y no encontraron nada. Preston se puso en camino tras él y por fin murió en su nave. Sí, una vez estuve hojeando su *«Disco Llameante»*. El tipo que tenía el libro estaba tan loco como una chiva; traté de telepatiarlo. Todo lo que conseguí fue un revoltijo caótico de apasionamiento.

—¿Cómo telemito yo? —preguntó Cartwright apretadamente.

Se produjo una pausa de silencio absoluto. Los tres telépatas estaban trabajando sobre él. Él concentró su atención en el complicado aparato de TV que estaba en un rincón y trató de ignorarlos.

—Casi lo mismo —dijo por fin Wakeman—. Está usted extrañamente conformado para esta sociedad. El juego del Minimax recalca con gran énfasis el Justo Medio Aristotélico. Usted lo ha hecho depender todo de su nave. Barraca o Palacio, si su nave se hunde, es el fin para usted.

—No se hundirá —le dijo Cartwright ásperamente.

Los tres telépatas se mostraron regocijados.

—En un Universo de azar, nadie puede predecir nada —dijo Shaeffer secamente—. Probablemente será destruido. Sin embargo, podría salir bien.

—Después que haya usted hablado con Moore —dijo Wakeman—, será interesante ver si todavía sigue prediciendo el triunfo.

Herb Moore se puso en pie ágilmente cuando Cartwright y Wakeman entraron en la antesala.

—Siéntese —dijo Cartwright—. Hablaré con usted aquí.

Moore permaneció de pie.

—No le ocuparé mucho tiempo, señor Cartwright. Sé que tiene muchas cosas que hacer.

Wakeman gruñó agriamente.

—¿Qué desea usted? —preguntó Cartwright.

—Hablemos con franqueza. Usted está adentro. Verrick está afuera. Usted ocupa la posición suprema en el sistema. ¿Verdad?

—Su estrategia —dijo Wakeman pensativamente— es convencerle de que usted no es más que un aficionado. Eso es lo que podemos detectar. Quiere que usted se crea una especie de bedel sentado en la cátedra del profesor mientras éste se halla afuera resolviendo algún asunto grave.

Moore empezó a dar vueltas con las mejillas sonrojadas por la excitación, gesticulando vivamente, muy animado con el flujo de palabras que empezaba a salir de su boca.

—Reese Verrick fue Examinador Jefe durante diez años. Fue Desafiado todos los días y afrontó todos los Desafíos. Esencialmente, Verrick es un jefe hábil. Ha estado llevando este cargo con más conocimiento y capacidad que todos los Examinadores juntos que le han precedido.

—Excepto McRee —indicó Shaeffer, que en aquel momento penetraba en la antesala—. No le olvide —añadió con tono campechano—: El buen viejo McRee.

Cartwright sintió debilidad en el estómago. Se dejó caer en uno de los blandos butacones y se retrepó cansadamente, como si estuviera ajustando su peso y su postura. La discusión continuó sin él, las rápidas palabras que fluían entre los dos telépatas y el brillante joven de Verrick sonaban remotas y como en un sueño. Trató de concentrarse en las razones de los arguyentes, pero parecía como si no estuvieran hablando de él.

En muchos aspectos Herb Moore tenía razón.

Había irrumpido en el cargo, la posición y los problemas de otro. Se preguntaba vagamente dónde estaría la nave. A menos que algo hubiese funcionado mal, estaría ya llegando a Marte y al cinturón de asteroides. ¿Habrían dejado atrás la barrera aduanera? Examinó su reloj. La nave estaba ganando velocidad en aquel mismo momento.

La voz aguda de Moore le hizo volver en sí. Se enderezó y abrió los ojos.

—¡Muy bien! —estaba diciendo Moore excitadamente—. La noticia ya es del dominio público. La Convención se celebrará probablemente en la Colina Westinghouse; allí hay más espacio para alojamiento.

—Sí —estaba diciendo Wakeman ceñudamente—. Es el sitio usual para reunirse los asesinos. Hay abundancia de habitaciones a precios baratos.

Wakeman y Moore estaban discutiendo sobre la Convención del Desafío.

Cartwright se puso en pie sin mucha firmeza.

—Quiero hablar con Moore. Ustedes dos hagan el favor de salir. Vayan a cualquier otro sitio.

Los telépatas conferenciaron silenciosamente, luego se dirigieron hacia la puerta.

—Tenga cuidado —le advirtió Wakeman—. Hoy ha sufrido usted un montón de shocks emotivos. Su índice talámico está muy bajo.

Cartwright cerró la puerta tras ellos y se volvió para enfrentarse con Moore.

—Ahora vamos a arreglar esto de una vez para siempre.

Moore sonrió con confianza.

—Como usted diga, señor Cartwright. Usted es el patrón.

—Yo no soy su patrón.

—No, eso desde luego. Unos cuantos seguimos fieles a Reese. Unos cuantos no le hemos dejado hundirse.

—Deben de tenerle ustedes en muy buen concepto.

La expresión de Moore mostró que así era.

—Reese Verrick es un gran hombre, señor Cartwright. Ha hecho un montón de cosas grandiosas. Trabaja en una escala amplísima. —Resplandeció feliz—. Es totalmente racional.

—¿Qué quieren ustedes que yo haga? ¿Que le devuelva su puesto? —Cartwright oía cómo su propia voz tremolaba de emoción—. No voy a renunciar a esto. No me importa lo irracional que ello parezca. Estoy aquí y seguiré estando. ¡No pueden ustedes intimidarme! ¡No pueden echarme y reírse de mí!

Su voz despertaba ecos; estaba gritando. Hizo un esfuerzo por calmarse. Herb Moore sonrió con brillantez y se bañó en su propia seguridad.

Es lo bastante joven para ser mi hijo, se sorprendió Cartwright pensando. No puede tener más de treinta años, y yo tengo sesenta y tres. No es más que un muchacho, un niño prodigio. Cartwright procuraba detener el temblor de sus manos, pero no lo conseguía. Estaba excitado, demasiado excitado. Apenas podía hablar. Se hallaba derrengado. Y tenía miedo.

—Usted no puede llevar esto —dijo Moore tranquilamente—. Esto no es cosa suya. ¿Quién es usted? He examinado los informes. Nació usted el cinco de octubre de 2140, en las afueras de la Colina Imperial. Ha vivido usted allí toda su vida; esta es la primera vez que ha pisado esta parte de la Tierra, no digamos de otro planeta. Tenía usted diez años de escolaridad nominal en el departamento de beneficencia de la Colina Imperial. Nunca descolló usted en nada. En la escuela superior siguió cursos relacionados con la simbolización y asistió a algunos cursillos de artesanía. Eligió la soldadura autógena y reparaciones electrónicas, ese tipo de cosas. Probó usted en la imprenta durante algún tiempo. Después de salir de la escuela trabajó como mecánico en una fábrica de tórrelas. Proyectó usted unas cuantas mejoras de circuitos en tableros de mando, pero el Directorio rechazó sus patentes por triviales.

—Las mejoras —dijo Cartwright con dificultad— se incorporaron a la botella misma un año más tarde.

—A partir de entonces se sintió usted amargado. Sirvió a la botella en Ginebra y vio sus propios bosquejos en marchas. Trató más de cinco mil veces de conseguir una clasificación, pero nunca tuvo suficientes conocimientos teóricos. Cuando cumplió los cuarenta y nueve años se dio por vencido. A los cincuenta se afilió a esa cosa de locos de la Sociedad Prestoniana.

—Llevaba ya seis años asistiendo a sus reuniones.

—No había muchos miembros por aquella época, y por fin usted fue elegido Presidente de la Sociedad. Dedicó todo su dinero y su tiempo a la chifladura. Se convirtió esa estupidez en su convicción máxima, en su manía. —Resplandeciendo más dichosamente, como si estuviera aplastando una ecuación intrincada—. Y ahora ocupa usted este cargo, el de Examinador Jefe, por encima de toda una raza, por encima de miles de millones de personas, cantidades interminables de hombres y material, quizá la única civilización de todo el Universo. Y usted ve todo esto sólo como un medio para propagar su Sociedad.

Cartwright se atragantó fútilmente.

—¿Qué va usted a hacer? —Insistía Moore—. ¿Imprimir unos cuantos billones de ejemplares de los opúsculos de Preston? ¿Distribuir inmensos retratos suyos y repartirlos por todo el sistema? ¿Ordenar la construcción de estatuas, llenar vastos museos con sus ropas, sus dentaduras postizas, sus zapatos, los recortes de sus uñas, sus botones, reliquias todas que vayan a visitar los fieles? Ya tiene usted un monumento a donde ir: sus restos mortales, en un derruido edificio de madera en los arrabales de Imperial. Puede exhibir sus huesos, las reliquias del santo, para que sean tocadas y se rece sobre ellas.

»¿Es eso lo que usted está planeando: una nueva religión, un nuevo dios al que adorar? ¿Va usted a organizar vastas flotas de naves y a enviar interminables armadas en busca de su planeta místico? —Moore vio cómo Cartwright se ponía blanco; siguió andando—. ¿Vamos todos a perder nuestro tiempo rebuscando el espacio en pos de su *Disco Llameante*, o como quiera que lo llamase? Recuerde a Robin Pitt, Examinador Jefe número treinta y cuatro. Tenía diecinueve años de edad, era homosexual y psicopático. Vivió con su madre y con su hermana toda su vida. Leía libros antiguos, pintaba cuadritos, escribía arroyos de material psiquiátrico consciente.

—Poesía.

—Fue Examinador Jefe una semana; luego el Desafío le llegó, gracias a Dios. Estaba vagando por la jungla situada a la espalda de estos edificios, recogiendo flores silvestres y escribiendo sonetos. Habrá leído usted cosas sobre eso. Tal vez incluso viviera ya; es usted lo bastante viejo para eso.

—Tenía trece años cuando le asesinaron.

—¿Recuerda lo que él tenía planeado para el género humano? Haga memoria. ¿Para qué existe el procedimiento del Desafío? Todo el sistema de la botella está destinado a protegernos; eleva y despoja al azar, escoge individuos al azar en intervalos que sólo el azar marca. Nadie puede alcanzar el poder y mantenerlo; nadie sabe cuál será su situación el año próximo, la próxima semana. Nadie puede hacer planes para convertirse en un dictador: todo viene y se va conforme a las partículas subatómicas del azar. El Desafío nos protege además contra otra cosa. Nos protege contra los incompetentes, los necios y los locos. Estamos completamente a salvo: ni déspotas ni chiflados.

—No soy ningún chiflado —murmuró Cartwright roncamente.

El sonido de su propia voz lo espantó. Era una voz débil y desolada, sin convicción. La ancha sonrisa de Moore se incrementó; no había duda alguna en su mente.

—Tardaré un poco en habituarme —terminó diciendo el otro torpemente—. Necesito tiempo.

—¿Cree usted que podrá habituarse? —preguntó Moore.

—¡Sí!

—No lo sé. Dispone usted aproximadamente de veinticuatro horas. Eso es lo que se tarda en convocar a una Convención de Desafío y en elegir al primer candidato. Habrá montones para elegir.

El delgado cuerpo de Cartwright se estremeció.

—¿Por qué?

—Verrick ha ofrecido un millón de dólares oro al que le liquide. La oferta vale hasta que se gane, hasta que usted esté muerto.

Cartwright oyó las palabras, pero no recogió su sentido. Vagamente se dio cuenta de que Wakeman había entrado en la antesala y se dirigía hacia Moore. Los dos se apartaron luego hablando en voz baja. Apenas los oía.

Como en una frígida pesadilla, la frase de un millón de dólares oro goteaba y rezumaba dentro de su cerebro. Habría infinidad de candidatos. Con aquel dinero, un *inc* podría comprar multitud de clasificaciones en el mercado negro. Las mejores mentes del sistema arriesgarían su vida por aquello, en una sociedad que era un juego constante, una inacabable lotería.

Wakeman se le acercó meneando la cabeza.

—¡Qué mente tan revuelta —dijo—. Había allí un remolino de cosas salvajes que no llegábamos a captar. Algo acerca de cuerpos y bombas y asesinos y casualidad. Ahora ya se ha ido. Le hemos despachado.

—Lo que ha dicho es verdad —jadeó Cartwright—. Tiene razón; mi lugar no es éste. No es este el sitio que me corresponde.

—Su estrategia consiste en hacerle pensar a usted eso.

—¡Pero es verdad!

Wakeman asintió a regañadientes.

—Ya lo sé. Por eso es una estrategia tan buena. Pero también nosotros tenemos una buena estrategia, me parece. Cuando llegue el momento, ya haremos que usted se ponga al corriente. —De pronto agarró a Cartwright por el hombro—. Es mejor que se siente. Le serviré un trago; Verrick dejó por aquí whisky escocés legítimo, un par de cajas llenas.

Cartwright meneó la cabeza en silencio.

—Póngase cómodo —insistió el otro.

Wakeman se acercó el pañuelo del bolsillo y se enjugó la frente. Le temblaban las manos.

—Creo que yo me tomaré uno, si a usted no le importa. Después de telepatiar a esa tremenda confusión de signo patológico, no tengo más remedio que beber lo que sea.

IV

Ted Benteley estaba en pie junto a la mesa de la cocina, ignorando tufillos calientes de comida guisada. La casa de los Davis era agradable y brillante. Al Davis, sin zapatos, estaba sentado con aire satisfecho ante el aparato de televisión en la salita de estar, mirando con toda seriedad los anuncios. Su bonita esposa, de cabellos castaños, Laura, estaba preparando la comida.

—Si eso es *protona* —le dijo Benteley—, es el mejor pisto que he olido en mi vida.

—Nunca tomamos *protona* —replicó Laura con aspereza—. Tratamos de hacerlo el primer año de casados, pero no se podía tomar, se prepara como se preparase. Naturalmente es un gasto terrible comprar comidas naturales, pero vale la pena. La *protona* es para los *incs*.

—Si no fuera por la *protona* —dijo Al al oírla—, los *incs* habrían muerto de hambre en el siglo XX. Siempre estás transmitiendo informaciones equivocadas del tipo de los profanos. Permíteme que te corrija los errores.

—Te agradezco que lo hagas— dijo Laura.

—La *protona* no es un alga natural. En un mutante que empezó a producirse en tanques de cultivo en el Oriente Medio y gradualmente fue diversificándose en superficies de aguas corrientes.

—Ya lo sé. Cuando entro en el cuarto de baño por las mañanas, ¿no encuentro la maldita cosa creciendo en el lavabo y en los tubos y en todas partes de donde pasa el agua?

—También crece sobre los grandes lagos —dijo Al científicamente.

—Bueno, pues esto no es *protona* —le dijo Laura a Ted—. Esto en un verdadero bistec de ternera, patatas auténticas tempranas, judías verdes y pan blanco.

—Ahora estáis viviendo los dos mucho mejor que cuando os vi por última vez —dijo Benteley—. ¿Qué ha pasado?

Una expresión compleja cruzó por la bonita cara de Laura.

—¿No te enteraste? Al se saltó toda una clase. Derrotó al interrogador del Gobierno; él y yo nos llevábamos estudiando todas las noches, después de que venía a casa de vuelta del trabajo.

—Nunca he oído decir que alguien derrotara a los interrogadores. ¿Se habló de eso en la televisión?

—A decir verdad, más de la cuenta —contestó Laura frunciendo el ceño con aire de resentimiento—. El antipático de Sam Oster estuvo hablando de eso durante todo un programa. Es ese animador de las masas que tiene tantos seguidores entre los *incs*.

—Me temo no conocerlo —admitió Benteley.

En la TV, gloriosos anuncios retrocedían y se adelantaban como fuego líquido. Uno tras otro, surgían, permanecían colgados un instante y se desvanecían luego. Los anuncios constituían la suprema forma artística; el más fino talento creador trabajaba tras ellos. Los anuncios combinaban el color, el equilibrio, el ritmo, y una inquieta vivacidad que se exhalaba de la pantalla y alejaba en la coquetona salita de los Davis. De ocultos altavoces montados dentro de las paredes, salían combinaciones al azar de sonidos de acompañamiento.

—La Convención —dijo Davis, señalando a la pantalla—. Están poniendo anuncios para solicitantes y dando premios magníficos.

Un remolino de luz espumeante y rejas coloreadas deslizándose por la pantalla simbolizaban la Convención. La masa ascendente se rompía, se mantenía unos segundos y volvía a formarse en nuevas combinaciones. Un conjunto de esferas insólitamente excitadas iba abriéndose camino, y la música de acompañamiento se alzaba hasta una cúspide febril.

—¿Qué están diciendo? —preguntó Benteley.

—Puedo conectar el canal 1, si quieres. Entonces tendrás la versión directa.

Laura entró presurosa con la plata y la china para la mesa.

—No pongas el canal número 1; todos los *incs* miran eso. Por eso existen las dos cosas: esto para nosotros y la cosa literal para ellos.

—Estás equivocada, cariño —dijo Al, seriamente—. El canal 1 es para noticias e información de hechos. El canal 5 es para esparcimiento. A mí me gusta verlo de esta manera, pero... —Movió la mano y el circuito cambió de pronto, desapareciendo los vividos torbellinos de sonido y color y surgiendo en su lugar los plácidos rasgos del locutor de noticias de la Westinghouse—. Es todo la misma cosa.

Laura puso la mesa y volvió a la cocina en un derroche de actividad. La salita resultaba acogedora y confortable. Una pared era transparente; bajo la casa se desplegaba la ciudad de Berlín apiñada en torno a la Colina Farben, un inmenso cono central descollando sombríamente contra el cielo nocturno.

Jirones de luces frías cambiaban y se precipitaban en las tinieblas: coches de superficie bailando como chispas amarillas en las frías sombras de la noche, desapareciendo en el vasto cono como falenas incandescentes dentro de la chimenea de una lámpara cósmica.

—¿Cuánto tiempo hace que le juraste fidelidad a Verrick? —preguntó Benteley a Al Davis.

Al se apartó de la pantalla de la TV; ahora estaban describiendo nuevos experimentos en plusrreactores C.

—¿Cómo decías, Ted? Creo que unos tres o cuatro años.

—¿Estás satisfecho?

—Sí, ¿por qué no? —Al hizo un gesto abarcando la agradable y bien amueblada salita—. ¿Quién no estaría satisfecho?

—No me refiero a eso. También yo tenía las mismas cosas en Pájaro Lira. Mucha gente clasificada tiene alojamientos como éste. Me refiero a Verrick.

Al Davis hizo un esfuerzo para comprender la intención de Benteley.

—No veo nunca a Verrick. Él ha estado en Batavia hasta hoy.

—¿Tú sabías que he prestado juramento de fidelidad a Verrick?

—Ya me lo dijiste esta tarde. —El rostro de Davis resplandecía mirando amablemente a Benteley, con expresión satisfecha y tranquila—. Espero que eso signifique tu traslado aquí.

—¿Para qué?

Davis parpadeó.

—Hombre, así os veremos más a ti y a Julie.

—Hace ya seis meses que no vivo con Julie —dijo Benteley con impaciencia—. Se acabó todo. Ella está ahora en algún satélite de Júpiter, como oficial de no sé qué Campo de Trabajo.

—Chico, no sabía nada. Hace ya dos años que no te veo. Me quedé muy sorprendido al ver tu cara en la pantalla.

—Vine con Verrick y su Estado Mayor —comentó Benteley con voz endurecida por la ironía—. Cuando Pájaro Lira me soltó, me encaminé derechamente a Batavia. Quería salir del sistema de las Colinas de una vez para siempre. Vine a topar directamente con Reese Verrick.

—Hiciste lo más acertado.

—¡Verrick me engañó como a un tonto! Él estaba desmontado, completamente fuera del Directorio. Yo sabía que alguien estaba comprando las Colinas, alguien con abundancia de medios. Yo no quería tener nada que ver con eso... Y ahora ya ves. —El resentimiento de Benteley aumentaba—. En lugar de salir de esto, me veo metido en el sitio más sucio de todos. El último rincón de la Tierra donde me gustaría estar.

La indignación subió al rostro tolerante de Davis.

—Algunas de las personas más agradables que conozco son vasallos de Verrick.

—Son gentes a las que no les importa la forma en que hacen dinero.

—¿Vas a criticar a Verrick porque él sea un éxito? Es él quien ha hecho funcionar esta Colina. ¿Es culpa suya que ningún otro sepa operar como él lo hace? Hay una selección y una evolución natural. Los que no pueden sobrevivir caen a mitad de camino.

—Verrick incendió nuestro laboratorio de investigación.

—¿Nuestros? Pero, oye, tú estás ahora con Verrick. —La indignación de Davis hervía—. ¡Bonita manera de hablar! Verrick es tu protector y tú estás aquí...

—Muy bien, muchachos —exclamó Laura con las mejillas arreboladas por las hazañas domésticas—. La comida está en la mesa, y necesito que os traigáis sillas para sentarnos. Al, lávate las manos antes de ponerte a comer. Y ponte los zapatos.

—Desde luego, cariño —dijo Davis obedientemente, poniéndose en pie.

—¿Puedo ayudar en algo? —preguntó Benteley.

—Búscate una silla y siéntate. Tenemos café de verdad. ¿Lo tomas con crema? No consigo acordarme.

—Sí —contestó Benteley—. Gracias.

Cogió una silla y se sentó con aire malhumorado.

—No pongas esa cara, hombre —le dijo Laura—. Mira lo que vas a comer. ¡No vives ya con Julie! Me apostaría algo a que comes siempre fuera, en restaurantes donde sirven esa espantosa protona.

Benteley jugueteaba con el cuchillo y el tenedor.

—Tenéis aquí un sitio bonito —dijo por fin—. Cuando os vi la última vez estaban viviendo en un Cuartel de Colina. Pero entonces no estaban casados.

—¿Te acuerdas de cuando tú y yo estuvimos viviendo juntos? —preguntó Laura mientras cortaba el bramante que mantenía unidas las rodajas del solomillo—. Creo que no estuvimos más de un mes, me parece recordar.

—Poco menos de un mes —asintió Benteley rememorando.

Se animó un poco, conquistado por el olor de la comida caliente, la brillante habitación llena de vida y la bonita mujer sentada frente a él.

—Eso era cuando tú estabas todavía en el feudo de Pájaro Lira, antes de perder tu clasificación.

Apareció Al, se sentó, desplegó su servilleta, y se frotó las manos con anticipación.

—Desde luego huele estupendamente —declaró—. Empecemos ya; estoy muerto de hambre.

Mientras, la TV murmuraba y derramaba un cambiante flujo de luz en la salita de estar. Benteley escuchaba entre la conversación, con la mente sólo puesta a medias en lo que Laura y Al estaban diciendo.

> *«...el Examinador Jefe, Cartwright, ha anunciado la despedida de doscientos empleados del Directorio* —estaba diciendo el locutor—. *La razón que se da es CdS».*

—Conveniencias del Servicio —murmuró Laura entre sorbo y sorbo de café—. Eso es lo que dicen siempre.

El locutor continuaba:

> *«...los planes de la Convención siguen en* crescendo*. Centenares de miles de solicitudes llenan el Consejo de la Convención y los despachos de la Colina Westinghouse. Reese Verrick, el ex Examinador, ha dado su consentimiento para hacerse cargo de los múltiples detalles técnicos encaminados a poner en movimiento lo que promete ser el espectáculo más trascendental y emocionante de todo el decenio...».*

—Me apuesto algo —dijo Al— a que Verrick tiene ya esa Colina en el

bolsillo. Seguramente lo tenía todo pensado.

—¿Forma todavía parte del Consejo el viejo Juez Waring? —le preguntó Laura—. Debe de tener ahora más de cien años.

—Todavía está en el Consejo. No quiere retirarse, no se retirará mientras viva. ¡Ese viejo fósil acartonado! Debería quitarse de en medio y permitirle el paso a alguna persona más joven.

—Pero él sabe todo lo que hay que saber acerca del Desafío —dijo Laura—. Lo ha mantenido todo en un plano muy moral. Recuerdo cuando yo era una chiquilla e iba todavía a la escuela; aquel Examinador Jefe que fue desmontado, aquel tan gracioso que tartamudeaba. Y aquel muchacho tan guapo que consiguió entrar, el asesino de cabellos negros que luego fue un Examinador Jefe tan maravilloso. Y el viejo Juez Waring reunió el Consejo y dirigió la Convención como Jehová en las viejas historias cristianas.

—Usa barba —comentó Benteley.

—Una larga barba blanca.

La TV había cambiado de locutores. Apareció en la pantalla una vista del inmenso salón en el que la Convención se estaba celebrando. Ya estaban siendo ocupados los asientos, y la inmensa plataforma en la que el Consejo se sentaba para juzgar. La gente pululaba arriba y abajo; la sala temblaba y repetía los ecos con sonidos de actividad furiosa y de instrucciones dadas a gritos.

—Hay que pensar —dijo Laura— lo que significa todo ese asunto tan importantísimo que está ocurriendo ahora mientras nosotros estamos aquí sentados tranquilamente tomándonos nuestra comida.

—Estamos a mucha distancia —dijo Al con indiferencia mientras la voz del locutor seguía informando:

> *«...la oferta de un millón de dólares oro, hecha por Reese Verrick, ha galvanizado los procedimientos de la Convención. Los estadísticos calculan un número récord de solicitudes, y todavía siguen recibiéndose. Todo el mundo se muestra ansioso por probar su suerte en el papel más arriesgado del sistema, en el que se corre el mayor peligro por la puesta más alta. Los ojos de seis mil millones de personas de nueve planetas están concentrados esta noche en la Colina Westinghouse. ¿Quién será el primer asesino? Entre los muchos y brillantes candidatos, que representan a todas las clases y Colinas, ¿quién será el primero que probará su suerte por el millón de dólares oro y por el aplauso y aclamación de toda una civilización?».*

—¿Qué me dices de esto? —le preguntó Laura de pronto a Benteley—. ¿Por qué no presentas tú también tu solicitud? Todavía no tienes un puesto fijo.

—No tengo esas aficiones.

Laura se echó a reír.

—Pues haz un esfuerzo. Al, ¿no tenemos ahí la cinta que pusieron el otro día contando todo lo que se sabe sobre los asesinos que tuvieron éxito en tiempos pasados, sus vidas y todo lo demás? Enséñasela a Ted.

—Ya la he visto —dijo Benteley secamente.

—Cuando eras muchacho, ¿no soñabas nunca en que cuando crecieras podrías ser un asesino triunfante? —Los ojos castaños de Laura estaban

empañados de nostalgia—. Recuerdo la rabia que me daba ser una muchacha, porque de esa forma nunca podría llegar a asesino cuando creciera. Compré una infinidad de amuletos, pero ninguno de ellos logró convertirme en muchacho.

Al Davis apartó su plato vacío con un eructo de satisfacción.

—¿Puedo aflojarme el cinturón?

—Desde luego —dijo Laura.

Al se aflojó el cinturón.

—Esta ha sido una buena comida, cariño. No me importaría comer así todos los días.

—Prácticamente es lo que haces. —Laura terminó de tomarse el café y remilgadamente se frotó los labios con la servilleta—. ¿Más café, Ted?

La voz del locutor continuaba:

> *«...Los expertos predicen que el primer asesino tendrá un setenta/treinta por ciento de probabilidades de destruir al Examinador Jefe Cartwright y de ganar el premio de un millón de dólares ofrecido por Reese Verrick, el anterior Examinador, desmontado hace menos de veinticuatro horas por un inesperado tumbo de la botella. Si el primer asesino fracasa los pronosticadores tendrán su dinero en una proporción de sesenta/cuarenta sobre el segundo asesino. Según sus hojas de cálculos, Cartwright tendrá un dominio más perfecto sobre su Ejército y su Cuerpo Telepático después de los dos días primeros. Para el asesino, la velocidad, más que la forma será de la mayor importancia, especialmente en la fase inicial. Durante la última etapa la situación será tensa porque...».*

—Hay ya infinidad de apuestas particulares —dijo Laura.

Se retrepó satisfecha, con un cigarrillo entre los dedos, y le sonrió a Benteley.

—Es bueno tenerte de nuevo por aquí. ¿Crees que te traerán las cosas aquí a Farben? Puedes quedarte con nosotros durante algún tiempo, mientras encuentras un sitio decente.

—Muchísimos sitios que antes eran buenos están siendo cogidos ahora por los *incs* —observó Al.

—Están metiéndose por todas partes —corroboró Laura—. Ted, ¿te acuerdas de aquella parte maravillosa junto a los laboratorios de investigación de sintéticos? ¿Todos aquellos bloques nuevos, los edificios verdes y rosados? Los *incs* están viviendo allí, y naturalmente todo está estropeado y sucio y con malos olores. Es una desgracia; ¿por qué no se apuntan para Campos de Trabajo? Allí es donde deberían estar, no rondando por aquí.

Al, bostezó.

—Tengo sueño. —Cogió un dátil de un frutero colocado en el centro de la mesa—. Demasiado dulce. ¿De qué planeta es? ¿De Venus? Tiene el mismo gusto que uno de esos jugosos frutos venusinos.

—Es del Asia Menor —dijo Laura.

—¿De aquí de la Tierra? ¿Quién lo inventó?

—Nadie. Es un fruto natural. De una palmera.

Al meneó la cabeza con aire de asombro respetuoso.

—La infinita variedad de las creaciones de Dios.

Laura se escandalizó.

—¡Supónte que alguien de los talleres te oyese hablar de esa manera!

—Déjalos que me oigan. —Al se desperezó y volvió a bostezar—. No me importa.

—Podrían creer que eres cristiano.

Benteley se levantó lentamente.

—Laura, tengo que irme.

Al se incorporó asombrado.

—¿Por qué?

—Tengo que recoger mis cosas y traerlas aquí desde Pájaro Lira.

Al le dio unos golpecitos en el hombro.

—Farben se encargará de traértelas. Eres ahora uno de los vasallos de Verrick, ¿no lo recuerdas? Da un telefonazo al encargado de la oficina de tráfico de la Colina y él lo arreglará todo. No te costará nada.

—Prefiero hacerlo yo mismo —dijo Benteley.

—¿Por qué? —preguntó Laura, sorprendida.

—Así se romperán menos cosas —contestó Benteley evasivamente—. Alquilaré un taxi y haré el traslado aprovechando el fin de semana. No creo que Verrick me necesite antes del lunes.

—No sé qué decirte —observó Al dubitativamente—. Lo mejor será que te traigas aquí tus cosas lo más pronto posible. Algunas veces Verrick necesita a una persona en el momento mismo, y, si lo necesita a uno...

—Al diablo Verrick —dijo Benteley—. Me tomaré el tiempo que necesite.

Los rostros asustados y escandalizados del matrimonio bailaban a su alrededor mientras se alejaban de la mesa. Tenía el estómago lleno de comida bien condimentada, pero la mente la tenía vacía y floja, una corteza dura y ácida sobre, ¿sobre qué? No lo sabía.

—Esa no es forma de hablar —dijo Al.

—Esa es mi forma de sentir.

—Mira —dijo Al—, no creo que estés comportándote en plan realista.

—Quizá no. —Benteley recogió su abrigo—. Gracias por la comida, Laura. Ha sido algo terrorífico.

—No pareces estar muy convencido.

—No lo estoy —contestó Benteley—. Tenéis aquí un sitio bonito. Todas las comodidades y todas las ventajas. Espero que sean muy felices. Espero que tus guisados continúen convenciéndolos a pesar mío.

—Continuarán —dijo Laura.

El locutor estaba diciendo:

«...ya más de diez mil, de todas partes de la Tierra. El anuncio del Juez Waring de que el asesino será elegido en esta sesión...».

—¡Esta noche! —exclamó Al.

Silbó apreciativamente.

—Verrick no pierde el tiempo. —Meneó la cabeza, impresionado—. Ese hombre sabe moverse, Ted. Tienes que agarrarte a él como una lapa.

Benteley se agachó y desconectó el aparato de televisión. La rápida sucesión de sonidos e imágenes dejó de existir, y él se incorporó.

—¿Os importa? —dijo.

—¿Qué ha pasado? —balbuceó Laura—. ¡Se ha apagado!

—La he apagado yo. Estoy ya cansado de oír a esa maldita pandilla. Estoy cansado de la Convención y de todas las cosas por el estilo.

Se produjo un silencio incómodo, nada natural.

Pasados unos momentos, Al sonrió con una mueca insegura.

—¿Qué te parece un trago antes de marcharte? Te tranquilizará.

—Estoy muy tranquilo —dijo Benteley.

Cruzó la habitación y se quedó junto a la pared transparente, vuelto de espaldas a Laura y a Al, mirando sombríamente la noche y el interminable guiño de la procesión de luces que se movía en torno a la Colina Farben. En su mente remolineaba una fantasmagoría de formas e imágenes; podía apagar la televisión y hacer opaca la pared, pero no podía detener la rápida actividad de su mente.

—Bueno —dijo Laura por fin, sin dirigirse a nadie en particular—. Sospecho que no vamos a ver la Convención del Desafío.

—Lo recogerán todo en cintas que podrás ver toda la vida —dijo Al, alegremente.

—¡Quiero verlo ahora!

—Todavía tardará un rato —dijo Al, procurando automáticamente suavizar las cosas—. Estarán perfilando los últimos detalles.

Laura lanzó una especie de gruñido estertoroso y arrastró la mesita de la cena al interior de la cocina. El rugido del agua se precipitó en el fregadero; los platos chocaban y retiñían furiosamente.

—Está loca —observó Al.

—Es culpa mía —dijo Benteley sin gran calor.

—Ya se le pasará. Probablemente estarás acostumbrado. Oye, si quieres contarme lo que te pasa, soy todo oídos.

«¿Qué convendría que yo dijera ahora?», pensó Benteley fútilmente.

—Fui a Batavia esperando verme en medio de una cosa grande —dijo—. Ver algo distinto que la gente intrigando por el poder, luchando por llegar a lo alto del montón sobre los cadáveres de los demás. En lugar de eso, me encuentro nuevamente aquí, con esa cosa chillona vociferando a voz en grito. —Hizo un gesto hacia la TV—. Esos anuncios son como brillantes cubos de basura.

Al Davis extendió solamente un dedo gordinflón.

—Reese Verrick estará de nuevo en el puesto del número Uno antes de una semana. Su dinero elige al asesino. El asesino está bajo su feudo. Al matar a Cartwright, el puesto vuelve a Verrick. Eres enormemente impaciente; eso es todo. Aguarda una semana, hombre. Todo volverá a ser como era; quizá todavía mejor.

Laura apareció en la puerta. Su furia había desaparecido; ahora tenía lleno el rostro de una remilgada ansiedad.

—Al, ¿no podríamos poner la Convención? Estoy oyendo el aparato del vecino y están eligiendo al asesino *¡en este mismo momento!*

—Lo pondré —dijo Benteley cansadamente—. De todas maneras, yo ya me voy.

Se agachó y pulsó el botón. El aparato se calentó rápidamente; cuando él iba ya por el zaguán, su grito agudo se alzaba en un frenesí a sus espaldas. Las metálicas aclamaciones de millares de personas rodaban tras él y venían a morir en la fría oscuridad de la noche.

«*¡El asesino!* —chillaba la TV, mientras él iba bajando por el oscuro

sendero con las manos metidas en los bolsillos—. *En este mismo momento están descifrando su nombre; se lo diré a ustedes dentro de un segundo.* —El clamor subió hasta un *crescendo* orgiástico; como el rugido de las olas del mar, apagó momentáneamente la voz del locutor—. *Pellig* —se filtró la voz del locutor, elevándose sobre el tumulto—. *¡Por aclamación popular, por los deseos de todo un planeta! ¡El asesino es... Keith Pellig!».*

V

La bruñida avispa de gris frío resbaló silenciosa frente a Ted Benteley. Sus portezuelas se recogieron y una figura esbelta saltó a la fría oscuridad nocturna.

—¿Quién es? —preguntó Benteley.

El viento soplaba entre el húmedo follaje empujándole hacia la casa de los Davis. El cielo estaba frígido; distantes sonidos, muestras de actividad, resonaban huecamente, las fábricas de la Colina Farben zumbando sombrías en medio de las tinieblas.

—En nombre de Dios, ¿dónde ha estado usted? —vibró la voz de contralto de una muchacha, llegando ansiosa hasta sus oídos—. Verrick hace más de una hora que le ha llamado.

—Estaba aquí —contestó Benteley.

Eleanor Stevens surgió rápidamente de entre las sombras.

—Debería usted haberse puesto en contacto en cuanto aterrizó la nave. Él se ha enfadado mucho. —Miró nerviosamente a su alrededor—. ¿Dónde está Davis? ¿Adentro?

—Naturalmente. —La cólera iba acumulándose en Benteley—. ¿Qué significa todo esto?

—No se excite. —La voz de la muchacha era tan fría como las heladas estrellas que brillaban sobre sus cabezas—. Vuelva adentro y tráigame a Davis y a su mujer. Les esperaré aquí en el coche.

Al Davis le miró estupefacto cuando Benteley empujó la puerta y entró en el saloncito cálido y bañado en luz amarilla.

—Verrick nos necesita —dijo Benteley—. Díselo a Laura; también ella tiene que venir.

Laura estaba sentada en el filo de la cama desabrochándose las sandalias. Alisó los pantalones sobre sus tobillos cuando Al entró en la alcoba.

—Haz el favor de venir, querida —le dijo Al a su esposa.

—¿Ha pasado algo? —preguntó Laura poniéndose en pie rápidamente—. ¿Qué es?

Salieron los tres a la desapacible oscuridad nocturna, con grandes abrigos y pesadas botas de trabajo. Eleanor puso en marcha el motor del coche, que empezó a jadear inquieto.

—Entra —murmuró Al, ayudando a Laura a encontrar un asiento en aquellas tinieblas de tinta—. ¿Y si se encendiera una luz?

—No necesitan ustedes luces para sentarse —contestó Eleanor.

Accionó el mecanismo de enrollamiento de las puertas; el coche se deslizó sobre la carretera e inmediatamente empezó a adquirir velocidad. Oscuros árboles y casas pasaban a bofetadas. Bruscamente, con un salto que mareaba, el coche se alzó sobre el pavimento. Osciló unos segundos, luego

trazó un alto arco sobre una hilera de cables de tensión. Pocos minutos más tarde, estaba ganando altura sobre la vasta masa desperdigada de edificios y calles que harían de parches parásitos en torno a la Colina Farben.

—¿Qué significa todo esto? —preguntó Benteley.

El coche se estremeció cuando las vigas magnéticas de agarre le atrajeron, bajándole hacia los esquinados edificios del fondo.

—Tenemos derecho a saber algo.

—Vamos a dar una pequeña reunión —dijo Eleanor, con una sonrisa que movió a duras penas sus delgados labios carmesíes.

Permitió que el coche se posara en una parada cóncava y llegase finalmente a detenerse contra un disco magnético. Con un ademán rápido cortó la fuerza y abrió las puertas.

—Salgan. Hemos llegado.

Sus tacones tableteaban en el corredor desierto mientras Eleanor les guiaba rápidamente de un piso a otro. Unos cuantos guardias uniformados se erguían a intervalos regulares, con rostros mofletudos, somnolientos e impasibles, enarbolando rifles que empuñaban cansadamente.

Eleanor abrió con un solo ademán una puerta de doble sello y les hizo un brusco gesto para que pasaran. Una ráfaga de aire fragante les recibió cuando, con pasos inciertos, penetraron tras ella en la cámara.

Reese Verrick estaba en pie, vuelto de espaldas. Irritadamente manipulaba alguna cosa, moviendo los macizos brazos en un lento molino de rabia.

—¿Cómo diablos maneja usted este chisme maldito? —rugió enfadado.

El chasquido de protesta del metal doblado chirrió débilmente.

—¡Cristo!, creo que lo he roto.

—Déme —dijo Herb Moore, emergiendo de una silla baja colocada en uno de los rincones—. No tiene usted ninguna destreza manual.

—Y usted que lo diga —gruñó Verrick.

Se volvió: un oso inmenso y encorvado, sus enmarañadas cejas avanzando sobre los huesos duros, macizos y beligerante. Sus llameantes ojos traspasaron a los tres recién llegados que se mantenían juntos e inquietos. Eleanor Stevens se quitó el abrigo y lo echó sobre el espaldar de un diván lujoso.

—Aquí están —le dijo a Verrick—. Estaban todos juntos, divirtiéndose.

Dio unos pasos, con sus largas piernas envueltas en los pantalones de terciopelo y sandalias de cuero y se quedó delante del fuego calentándose los pechos y los hombros. A la cambiante luz de las llamas, su carne desnuda cobraba un luminoso resplandor rojizo.

Verrick se volvió sin ceremonia hacia Benteley.

—Esté siempre donde pueda encontrarle. —Mordía las palabras con desprecio—. Ya no tengo telépatas para captar las ondas mentales de la gente. Tengo que localizarles de la manera ordinaria. —Enderezó su pulgar hacia Eleanor—. Ella se ha venido, pero sin su talento.

Eleanor sonrió desmayadamente y no dijo nada.

Verrick dio media vuelta y le gritó a Moore:

—¿Está ya arreglado ese maldito chisme o no?

—Está casi listo.

Verrick gruñó agriamente:

—Esto es una especie de fiesta —le dijo a Benteley—, aunque no sé lo que vamos a festejar.

Moore avanzó, lleno de confianza y de charla, con un pequeño modelo de

Librodot

esbelto cohete interplanetario en sus manos.

—Tenemos muchas cosas que celebrar. Esta es la primera vez que un Examinador Jefe elige a un asesino. Pellig no es un tipo escogido por una partida de pobres jueces seniles; Verrick lo aleccionó con la anticipación necesaria y fraguó todo esto como debía ser…

—Habla usted demasiado —le interrumpió Verrick—. Las palabras le salen con excesiva facilidad. Más de la mitad no significan nada.

Moore se echó a reír alegremente.

—Eso es lo que ha descubierto también el Cuerpo.

Benteley se apartó incómodo. Verrick estaba ligeramente borracho; gritaba tan amenazador y ominoso como un gran oso polar fuera de su jaula. Pero, tras sus movimientos torpones, había una mente afiladísima a la que nada se le escapaba.

La cámara tenía un techo alto, recubierto con antiguos paneles de madera, probablemente de algún viejo monasterio. La estructura en general se parecía mucho a la de una iglesia, con bóvedas y costillas, sus límites superiores disolviéndose en una penumbra ambarina, pesados rayos y espesos chorros de incontables fuegos rugiendo en la chimenea de piedra situada al fondo. Todo era macizo y pesado. Había colores ricos y profundos; las mismas piedras estaban matizadas de negro con ceniza embutida, los erguidos soportes eran tan anchos como troncos. Benteley tocó un panel de brillo gelatinoso. La madera estaba corroída, pero tenía una extraña lisura, como si una capa de luz neblinosa se hubiera fijado encima, abriéndose camino dentro del material.

—Esa madera —dijo Verrick, que había notado el gesto de Benteley— procede de una mancebía medieval.

Laura estaba examinando pesadas tapicerías que colgaban, muertas e inexpresivas, sobre las vidrieras emplomadas. En la repisa de la inmensa chimenea había copas y tazas desportilladas. Benteley cogió una de ellas. En sus manos formaba un cuenco voluminoso, una antigua taza de ancho filo, pesada, simple y torcida, de la Sajonia del medioevo.

—Conocerán ustedes a Pellig dentro de pocos minutos —les dijo Verrick—. Eleanor y Moore ya le conocen.

Moore volvió a reírse de nuevo con su risa ofensiva y aguda, como la de un perrillo insolente.

—Desde luego que le conozco —dijo.

—Es inteligente —dijo Eleanor con voz átona.

—Pellig está ahora dando vueltas —continuó Verrick—. Hablen con él, estén con él. Quiero que todo el mundo lo vea. Mi plan es enviar solamente a un asesino. —Con la mano hizo un gesto de impaciencia—. No tiene objeto enviar a un chorro de ellos.

Eleanor le miró intensamente.

—Dispongamos las cosas y terminemos de una vez.

Verrick se dirigió hacia las dobles puertas cerradas al extremo de la habitación, ondeó el brazo y éstas se abrieron automáticamente. Sólidos y rodantes volúmenes de luz y el cambiante movimiento de mucha gente se hinchaba tras las puertas abiertas.

—Entremos —ordenó Verrick—. Tengo que localizar a Pellig.

—¿Una bebida, señor o señora?

Eleanor Stevens aceptó un vaso de la bandeja ofrecida por un robot McMillan de rostro vacío.

—¿Y usted? —le dijo a Benteley.

Le hizo señal al robot para que volviera y tomó un segundo vaso.

—Pruebe esto. Es una cosa suave. Lo extraen de una especie de cereza que crece en la cara solar de Callisto, en las grietas de ciertas pizarras, un mes al año. Verrick tiene allí un Campamento de Trabajo dedicado exclusivamente a recoleccionarlas.

Benteley tomó el vaso.

—Gracias.

—Y alégrese.

—¿Qué objeto tiene todo esto? —preguntó Benteley indicando la apretada cueva de gente risueña y murmurante.

Todos estaban bien vestidos, con gran variedad de combinaciones de color; todas las clases altas estaban representadas.

—Espero oír música y verlos empezar a bailar —añadió.

—Hubo cena y baile antes. ¡Dios mío! Son casi las dos de la madrugada. Han pasado hoy un montón de cosas. El estirón repentino de la Convención del Desafío, toda esta excitación. —Eleanor se movió un poco, clavando los ojos en un sitio determinado—. Ahí vienen.

Un súbito estremecimiento de tenso silencio corrió entre la gente próxima. Benteley se volvió y lo mismo hicieron los demás. Todos estaban mirando nerviosamente, con avidez, mientras Reese Verrick se acercaba. Venía con él otro hombre. El segundo era un hombre esbelto con un traje corriente de un verde grisoso, los brazos le colgaban flojos a los costados, tenía el rostro mate e inexpresivo. Una burbuja de excitación y de murmullos iba formándose a sus espaldas; ahogadas exclamaciones y un borboteo de tributo admirativo.

—Es él —silabeó Eleanor entre sus dientes blancos bollándole los ojos.

Se agarró fieramente del brazo de Benteley.

—Ese es Pellig. Mírele.

Pellig no decía nada. Tenía el cabello de un rubio pajizo, mojado y peinado con torpeza. Sus rasgos eran inciertos, casi anodinos. Se trataba de una persona silenciosa y descolorida que casi se borraba de la vista conforme el gigante imperioso que iba a su lado le empujaba entre las parejas vigilantes. Al cabo de un momento, los dos fueron tragados por una ola de pantalones de satén y vestidos de larga cola, y el rumor de la animada conversación en torno a Benteley se reanudó.

—Volverán más tarde —dijo Eleanor.

Tuvo un escalofrío.

—Me pone la carne de gallina. Bueno, ¿qué me dice? —Dirigió a Benteley una rápida sonrisa, manteniéndole todavía fuertemente agarrado por el brazo—. ¿Qué piensa de él?

—No he sacado ninguna impresión.

A cierta distancia, Verrick estaba rodeado por un grupo de gente. La voz entusiástica de Herb Moore se alzaba sobre el bordoneo uniforme: otra vez estaba exponiendo algo. Aburrido, Benteley se alejó unos cuantos pasos.

—¿Adónde va usted? —preguntó Eleanor.

—A casa.

La palabra se le escapó involuntariamente.

—¿Qué quiere usted decir? —preguntó Eleanor con una sonrisa torcida—. Ya no puedo adivinarle los pensamientos, querido. Tuve que renunciar a todo eso.

Se alzó el llameante cabello carmesí para mostrarle los dos círculos muertos por encima de sus orejas, manchas de un gris de plomo que estropeaban la lisa blancura de su piel.

—No la comprendo —dijo Benteley—. Renunciar así a un talento con el que había usted nacido, a un don único.

—Habla usted como Wakeman. Si hubiera seguido dentro del Cuerpo habría tenido que hacer uso de mi talento en contra de Reese. Así, pues, ¿qué otra cosa podía hacer, sino renunciar? —Había una profunda agonía en sus ojos—. Mire, ha desaparecido totalmente. Es como estar ciega. Grité y lloré durante mucho tiempo. No podía resistir la pérdida. Me abatió espantosamente.

—¿Cómo está usted ahora?

Ella hizo un gesto crispado.

—Tengo que vivir. Además, siempre podría recobrarlo. Por tanto, olvídese de esto, querido. Tómese su bebida y tranquilícese. —Chocó su vaso con el de él—. Se llama *cerveza metano*. Supongo que Callisto tiene una atmósfera de metano.

—¿Ha estado usted alguna vez en uno de esos Satélites-colonias? —preguntó Benteley.

Sorbió el líquido ambarino; era mucho más fuerte de lo que ella decía.

—¿Ha visto usted alguna vez uno de esos Campos de Trabajo, o una de las colonias de intrusos después de que la Patrulla Policíaca ha acabado con ella?

—No —contestó Eleanor con sencillez— No he estado nunca fuera de la Tierra. Nací en San Francisco, hace diecinueve años. Todos los telépatas proceden de allí, ¿recuerda? Durante la Guerra Final las grandes Instalaciones de Investigación de Livermore fueron alcanzadas por un proyectil soviético. Los que sobrevivieron resultaron bañados por las radiaciones. Todos somos descendientes de una misma familia. Earl y Verna Phillips. Todo el Cuerpo está emparentado. Fui entrenada para entrar en él desde que nací: era mi destino.

Un vago murmullo de música se había iniciado en un extremo de la cámara. Un robot musical, creando combinaciones fortuitas de sonidos, colores armónicos y sombras que revoloteaban ágilmente, hacía de orquesta. Algunas parejas empezaron a bailar con desgana. En un rincón se había reunido un grupo de hombres que discutía con tonos altos y enojados. Rachas de palabras llegaban hasta Benteley.

—Dicen que fuera del laboratorio en junio.

—¿Le pondrías guantes a un gato? Es inhumano.

—¿Someter algo a esa velocidad? Personalmente me aferró al sencillo y antiguo sub-C.

Cerca de las dobles puertas, unas cuantas personas estaban poniéndose los abrigos y retirándose con rostros aburridos, ojos vacíos y bocas distendidas por la fatiga y el aburrimiento.

—Siempre sucede eso —dijo Eleanor—. Las mujeres se retiran al tocador, y los hombres empiezan una discusión sobre lo que sea.

—¿Qué hace Verrick?

—Ya lo está usted oyendo.

La voz profunda de Verrick tronaba por encima de la de cualquier otro; estaba dominando la discusión. La gente situada cerca, poco a poco dejaba

de hablar y empezaba a acercarse para oír mejor. Un grupo compacto de hombres se formó, ceñudo y serio, mientras Verrick y Moore gesticulaban más ruidosamente y con más ímpetu.

—Nuestros problemas nacen de nuestras propias acciones —afirmaba enojado Verrick—. No son problemas verdaderos como los del exceso de producción y de trabajo.

—¿Cómo concibe usted el asunto? —preguntó Moore.

—El sistema en conjunto es artificial. Este Juego del Minimax fue inventado por un par de matemáticos durante la primera fase de la Segunda Guerra Mundial.

—Querrá usted decir descubierto. Vieron que las situaciones sociales son análogas a las de los juegos de estrategia, como el póquer. Un sistema que funciona en un juego de póquer dará resultado también en una situación social como el negocio o la guerra.

—¿Cuál es la diferencia entre un juego de azar y un juego de estrategia? —preguntó Laura Davis desde donde estaba ella y Al.

Fastidiado, Moore contestó:

—Todo. En un juego de azar no existe ningún engaño consciente; en un juego de póquer cada jugador tiene una estrategia deliberada de faroles, pases negros, peticiones falsas y otros trucos para confundir a los demás jugadores en cuanto a su verdadera posición e intenciones. Dispone de todo un muestrario de disimulos con los que inducirlos a actuar estúpidamente.

—¿Quiere usted decir lo de jactarse de tener buenas cartas, no teniendo ninguna?

Moore dejó de prestarle atención y se volvió hacia Verrick.

—¿Va usted a negar que la sociedad opera como en un juego de estrategia? El Minimax fue una hipótesis brillante. Nos dio un método racional y científico para aplastar toda clase de estrategia y transformar el juego de la estrategia en un juego de azar en el que funcionan los métodos estadísticos regulares de las ciencias exactas.

—De todos modos —rugió Verrick—, esta maldita botella expulsa a un hombre sin razón ninguna y encumbra a un asno, a un loco, elegido al azar, sin consideración alguna a su talento o clase.

—Exacto —exclamó Moore enormemente excitado—. Todo nuestro sistema está construido sobre el Minimax. La botella obliga a todo el mundo a juzgar un juego de Minimax o ser aplastado; nos vemos obligados a renunciar al engaño y a adoptar un procedimiento racional.

—No hay nada racional en este tambaleo fortuito —contestó enojado Verrick—. ¿Cómo puede ser racional una maquinaria fortuita?

—El factor azar es una función de un modelo totalmente racional. Frente a los tambaleos fortuitos, nadie puede tener una estrategia. Ello fuerza a todo el mundo a adoptar un método azaroso: el mejor análisis de las probabilidades estadísticas de ciertos acontecimientos, más la suposición pesimista de que cualquier plan puede ser descubierto con anticipación. El suponer que usted puede ser descubierto con anticipación, le libra del peligro de verse así. Si usted obra al azar, su antagonista no puede descubrir nada acerca de usted, porque ni siquiera *usted mismo* sabe lo que va a hacer.

—De esta forma no somos más que una partida de locos supersticiosos —se quejó Verrick—. Todo el mundo procura leer signos y presagios. Todo el mundo trata de explicar el por qué de las terneras de dos cabezas y las

Librodot

bandadas de mirlos blancos. Dependemos todos del azar; perdemos el control porque no podemos concebir planes.

—¿Cómo puede usted hacer planes teniendo alrededor a los telépatas? Los telépatas cumplen perfectamente las expectativas pesimistas del Minimax: descubren cualquier estrategia. Le descubren a usted en cuanto empieza a jugar.

Verrick señaló a su inmensa caja torácica.

—No hay ningún amuleto ni baratija en torno a mi cuello. Nada de pétalos de rosas, cagajones de buey o huevos de lechuza. Yo desarrollo un juego de habilidad, no de suerte, y quizá no de estrategia, si usted me apura mucho. Nunca me dejo guiar por un montón de abstracciones teóricas. Me dejo guiar por la regla del pulgar. —Desplegó su pulgar—. Hago lo que cada situación me manda. Eso es habilidad. Y yo la tengo.

—La habilidad es una función del azar. Es un aprovechamiento al máximo de las situaciones del azar; una explotación de las circunstancias favorables. Usted que es tan viejo ha estado en situaciones lo bastante numerosas para saber de antemano la pragmática...

—¿Qué me dice de Pellig? ¿Eso es estrategia, no?

—La estrategia implica el engaño y con Pellig nadie va a ser engañado.

—Absurdo —gruñó Verrick—. Usted se ha empeñado en hacer que el Cuerpo no sepa nada de Pellig.

—Esa fue idea de usted —disparó Moore. irritado—. Yo dije entonces y dije ahora lo siguiente: dejadles que lo sepan todo, porque no podrán hacer nada. Si se siguiera mi opinión lo anunciaba por la televisión mañana mismo.

—Estúpido loco —rezongó Verrick—, estoy seguro de que lo haría.

—Pellig es invencible —insistió Moore, furioso por verse humillado delante de la gente—. Hemos combinado la esencia del Minimax. Tomando el tambaleó de la botella como punto de partida, he desarrollado un...

—¡Cierre el pico, Moore! —murmuró Verrick, volviéndole la espalda—. Habla usted demasiado. —Se retiró unos cuantos pasos; la gente le abrió camino presurosa—. Toda esta tontería del azar debe terminar alguna vez. No se puede planear nada teniéndolo colgado sobre la cabeza.

—¡Para eso es para lo que lo tenemos! —vociferó Moore a sus espaldas.

—Entonces, quítelo. Líbrese de él.

—El Minimax no es algo que se pueda encender y apagar. Es como la gravedad; es una Ley, una Ley pragmática.

Benteley se había acercado para escuchar.

—¿Cree usted en las leyes naturales? —preguntó—. ¿Un 8-8 como usted?

—¿Quién es este individuo? —gritó Moore, mirando furiosamente a Benteley—. ¿Qué mosca le ha picado para meterse así en nuestra conversación?

Verrick se irguió unos cuantos centímetros más.

—Este es Ted Benteley. Clase 8-8, lo mismo que usted. Acabamos de admitirle.

Moore palideció.

—¡8-8! ¡No necesitamos más 8-8! —Su rostro llameó con un feo fulgor amarillo—. ¿Benteley? Usted es uno de los despedidos de Pájaro Lira. Un parado.

—Exactamente —dijo Benteley con calma—. Y he venido directamente aquí.

—¿Para qué?

—Me interesa lo que usted está haciendo.

—¡Lo que yo esté haciendo no le importa a usted lo más mínimo!

—¡Ya está bien! —le dijo Verrick roncamente a Moore—. ¡Cierre el pico o váyase de aquí! Benteley trabajará con usted de ahora en adelante, le guste o no.

—¡Nadie intervendrá en el proyecto aparte de mí! —Odio, miedo y celos profesionales llameaban en el rostro de Moore—. Si no es capaz de permanecer en una Colina de tercera categoría como Pájaro Lira, es que no sirve ni siquiera para...

—Ya veremos —dijo Benteley fríamente—. Estoy deseando poner las manos en sus notas y papeles. Me gustará mucho revisar su trabajo. No sé por qué me parece que es lo que necesito.

—Quiero un trago —gruñó Verrick—. Tengo demasiadas cosas que hacer para quedarme aquí charlando.

Moore le arrojó a Benteley una última mirada de resentimiento y luego salió corriendo detrás de Verrick. Sus voces dejaron una estela cuando una puerta se cerró. El montón de gente se agitó y empezó a murmurar cansadamente, dividiéndose en corrillos.

Con una sombra de amargura, Eleanor dijo:

—Bueno, se nos ha ido nuestro anfitrión. Una bonita velada, ¿verdad?

VI

A Benteley le había empezado a doler la cabeza. El constante tintineo de voces se mezclaba con los fogonazos de trajes brillantes y con el movimiento de los cuerpos. El suelo estaba alfombrado con colillas de cigarrillos y residuos; toda la cámara daba una impresión de torcedora, como si estuviera escorada por una de sus bandas. Le dolían los ojos por el brillo de las luces del techo que ondeaban y cambiaban de forma y de intensidad a cada momento. Un hombre le empujó al pasar, clavándole el codo en las costillas. Apoyada en la pared, temblándole mi cigarrillo entre los labios, una mujer joven se había quitado las sandalias y estaba frotándose satisfecha los dedos de los pies de rojas uñas.

—¿Qué quiere usted? —le preguntó Eleanor.

—Quiero irme.

Eleanor le condujo expertamente entre los grupos cambiantes hacia una de las salidas. Mientras iban andando bebía a sorbos en su vaso y dijo por fin:

—Todo esto puede parecer un desatino, pero en realidad tiene un sentido concreto. Verrick es capaz de...

Herb Moore les cerró el paso. Tenía el rostro, sombrío y de un arrebol enfermizo. Estaba con él, el pálido y silencioso Keith Pellig.

—¿Conque están ustedes aquí? —murmuró Moore pesadamente, vacilando inseguro y enarbolando su copa.

Se quedó mirando fijamente a Benteley y anunció con aspereza:

—Ha querido usted meterse en esto. —Palmeó a Pellig en la espalda—. Este es el acontecimiento más grande del mundo. Esta es la persona viva más importante. Recree sus ojos, Benteley.

Pellig no decía nada. Miraba impasible a Benteley y a Eleanor,

Librodot

notándosele relajado y esbelto en su cuerpo delgado. Casi no tenía color alguno. Sus ojos, sus cabellos, su piel, incluso sus uñas, eran desvaídas y translúcidas. Tenía una apariencia lavada e higiénica. Era inodoro, incoloro e insípido; una cifra vacía.

Benteley alargó la mano.

—¡Hola, Pellig! Chócala.

Pellig la chocó. Su mano resultaba fría y ligeramente húmeda, sin vida ni fuerza.

—¿Qué opina usted de él? —preguntó Moore agresivamente—. ¿No es algo? ¿No es el descubrimiento más grande desde el de la rueda?

—¿Dónde está Verrick? —preguntó Eleanor—. Se supone que Pellig no se apartaría nunca de él.

Moore se ensombreció aún más.

—¡Esto sí que tiene gracia! ¿Quién...?

—Has bebido demasiado —dijo Eleanor mirando intensamente a su alrededor—. Maldito Reese; probablemente estará todavía discutiendo con alguien.

Benteley miró a Pellig con lúgubre fascinación. Había algo repelente en aquella forma esbelta y sin gracia, una insipidez asexuada de tipo hermafrodita. Pellig ni siquiera llevaba un vaso en la mano. No llevaba nada.

—¿No bebe usted? —tronó la voz de Benteley.

Pellig meneó la cabeza.

—¿Por qué no? —insistió Benteley—. Tome un poco de *cerveza metano*.

Benteley cogió un vaso de la bandeja de un robot McMillan que pasaba por allí cerca. Otras tres copas se cayeron al suelo, rodando y partiéndose bajo las rodantes pisadas del robot. Este se detuvo inmediatamente e inició una intrincada operación de barrido y limpieza.

—Tome. —Benteley le agarró el vaso a Pellig—. Coma, beba y alégrese. Mañana, alguien, desde luego no usted, morirá.

—No siga hablando —cuchicheó Eleanor en su oído.

—Pellig —insistió Benteley—, ¿qué es lo que se siente al ser asesino profesional? Usted no tiene el aspecto de serlo. En realidad, no tiene aspecto de nada. Ni siquiera de hombre. Desde luego no de ser humano.

El resto de la gente había empezado a congregarse en torno. Eleanor le tiraba furiosamente de la manga.

—¡Ted, por el amor de Cristo! ¡Verrick viene!

—¡Déjale que venga! —bostezó Benteley—. Esta es mi manga. —Se la alisó con dedos torpes—. Es de las pocas cosas que he conservado; déjamela en paz.

Clavaba la mirada en el rostro de Keith Pellig. Había un zumbido constante en su cerebro; tenía atascadas la nariz y la garganta.

—Pellig. ¿qué impresión causa el tener que asesinar a un hombre al que no se ha visto nunca? ¿Un hombre que nunca le hizo nada? ¿Un loco inofensivo que, accidentalmente, se ha interpuesto en el camino de mucha gente importante? ¿Un momentáneo tapón de la botella...?

—¿Qué quiere usted dar a entender? —le interrumpió Moore con un peligroso gruñido de confuso resentimiento—. ¿Piensa quizá que hay algo en Pellig que no está en regla? —Lloriqueó grotescamente—. Mi camarada Pellig.

Verrick apareció procedente de la habitación lateral, apartando a la gente de su camino.

—¡Moore, sáquelo de aquí! Ya le dije a usted que fuera arriba. —Despachó

al grupo de gente hacia las dobles puertas con un gesto brusco—. La reunión se ha terminado. Pueden marcharse. Se les volverá a llamar cuando sea necesario.

La gente empezó a prepararse y a moverse a regañadientes hacia las salidas. Los robots buscaban abrigos y chales. Los invitados remoloneaban aquí y allá en pequeños grupos, hablando en voz baja, mirando con curiosidad a Verrick y a Pellig.

Verrick agarró al asesino.

—Vámonos de aquí. Subamos. ¡Cristo, es tarde! —Empezó a subir por la ancha escalera, encorvado, inclinada su cabeza de cabellera revuelta—. Bueno, a pesar de todo, hemos hecho muchas cosas hoy. Me voy a la cama.

Balanceándose cuidadosamente, Benteley dijo con voz muy clara detrás de su jefe:

—¡Oiga, Verrick!, se me ocurre una idea. ¿Por qué no mata usted mismo a Cartwright? Prescinda del intermediario. Es más científico.

Verrick resopló con una sonrisa inesperada y siguió andando, sin aflojar el paso ni mirar atrás.

—Mañana hablaré con usted —dijo por encima del hombro—. Váyase ahora a casa y duerma un poco.

—No me iré a casa —dijo Benteley tercamente—. Vine para aprender lo que es estrategia, y voy a quedarme hasta que lo aprenda.

En el tercer escalón, Verrick se detuvo y dio media vuelta. Había una extraña expresión en sus rasgos macizos, de duros contornos.

—¿Qué significa eso?

—¡Ya me ha oído! —dijo Benteley.

Cerró los ojos y se quedó donde estaba, esparrancado, balanceándose a medida que la habitación giraba y bamboleaba. Cuando volvió a mirar Verrick ya había subido las escaleras y Eleanor Stevens le estaba tirando frenéticamente del brazo.

—¡Maldito loco! —chillaba—. ¿Qué es lo que pasa?

—Está borracho —dijo Moore torpemente.

Empujó a Pellig hacia la escalera.

—Será mejor que lo saques de aquí, Eleanor. Pronto empezará a vomitar sobre las alfombras.

Benteley estaba aturdido. Abrió la boca torpemente, pero no le salió sonido alguno.

—Se ha ido —consiguió decir por fin—. Se han ido todos. Verrick y Moore y esa cosa de cera.

Eleanor le condujo a una habitación lateral y cerró la puerta tras ellos. La habitación era pequeña y estaba en penumbras; sus filos se disolvían en una oscuridad nebulosa. La muchacha encendió nerviosamente un cigarrillo y empezó a chupar con furia, saliéndole el humo a chorros de las dilatadas ventanillas de la nariz.

—Benteley, usted es un lunático.

—No yo más que un borracho. Este jugo de cereza de Callisto. ¿Es verdad que un millar de esclavos están sudando y muriendo dentro de sus escafandras en una atmósfera de metano para que Verrick pueda tener su whisky?

—Siéntese. —Le empujó contra una silla y se puso a dar vueltas frente a él, en un pequeño circulo afanoso, moviéndose con la misma rigidez que una marioneta en el alambre—. Todo se está haciendo trizas. Moore se siente tan

orgulloso de Pellig, que no puede dejar de exhibirlo. Verrick no se ajusta a la idea de que ha sido desplazado; cree que todavía tiene sus telépatas alrededor. ¡Oh, Dios!

Giró sobre sus tacones y enterró el rostro amargamente entre las manos.

Benteley la miró sin comprender, hasta que ella consiguió recobrase y se puso a frotar desolada sus ojos hinchados.

—¿Puedo hacer algo? —preguntó él esperanzadamente.

Eleanor encontró un jarro de agua fría sobre una mesita perdida en las sombras. Vació un plato llano de china de duros caramelos, echándolos encima de una silla, y llenó el plato de agua. Con mucha rapidez, se mojó la cara, las manos y los brazos, se agachó luego, cogió un paño bordado del pretil de la ventana y se secó con él.

—Venga, Benteley —murmuró—. Salgamos de aquí.

A ciegas, empezó a moverse fuera de la habitación, y Benteley se puso en pie, haciendo un esfuerzo, y anduvo tras ella. La pequeña figura de pechos desnudos iba resbalando como un fantasma entre los objetos sombríos que formaban las posesiones de Verrick, enormes y pesadas estatuas y cajas de cristal, avanzando por escaleras cubiertas de negras alfombras y doblando esquinas donde inmóviles servidores robots permanecían erguidos; aguardaban silenciosamente instrucciones.

Salieron a un vestíbulo desierto, drapeado entre sombras y polvorienta oscuridad. Eleanor aguardó a que él se pusiese a su altura.

—Me voy a la cama —dijo ella a bocajarro—. Puede usted venir si quiere o puede irse a casa.

—Mi casa se fue. No tengo casa.

Siguió andando tras ella, a lo largo de un corredor, pasando frente a una serie de puertas entornadas. Se veían luces aquí y allá. Oyó voces. Creyó reconocer algunas. Voces de hombres mezcladas con soñolientos semiahogados murmullos de mujeres. De pronto, Eleanor desapareció y se vio solo.

Sentía que su camino le llevaba por un laberinto de movimiento remoto y formas ondeantes. Una vez tropezó violentamente con algo. Un estrépito de objetos derribados se derramó en cascadas a su alrededor. Aturdido, se apartó un poco y se quedó estúpidamente quieto.

—¿Qué está usted haciendo aquí? —preguntó una voz dura.

Era Herb Moore, en algún sitio, muy cerca. Su rostro aleteó y emergió, iluminado como el de un espectro, sin sonido ni apoyo.

—¡A usted no le corresponde estar aquí! —La voz ronroneó más cerca y el rostro hinchado y enrojecido llenó su campo de visión—. ¡Váyase al infierno, lejos de aquí! ¡Váyase a donde le corresponde, parado de mala muerte! ¡Clase 8-8! No me haga reír. ¿Quién le dijo a usted...?

Benteley aplastó a Moore. El rostro de éste crujió y derramó líquidos y fragmentos, profundamente destrozado. Algo golpeó contra Benteley y se vio derribado. Golpeado y aprisionado por una masa rodante y huidiza, luchó por ponerse en pie, tratando de aferrarse a algo sólido.

—Dejen de una vez —susurró Eleanor ansiosamente—. ¡Por el amor de Dios! Estaos quietos los dos. ¡Estaos quietos!

Benteley se quedó inerte. A su lado, Moore resoplaba y se quejaba, secándose la cara sangrante.

—¡Te mataré, cochino bastardo! —Sollozando de dolor y de rabia, gemía—: ¡Te arrepentirás de haberme pegado!

Lo que Benteley supo a continuación fue que estaba sentado en un sitio bajo, agachándose y luchando con sus zapatos. La chaqueta estaba tendida en el suelo frente a él. Luego los zapatos se le quedaron sin vida, separados el uno del otro por una enorme extensión de lujosa alfombra. No se oía sonido alguno; la habitación estaba profundamente silenciosa y fría. Una turbia lámpara aleteaba en un rincón lejano.

—Cierra la puerta —le llegó cercana la voz de Eleanor—. Creo que Moore se habrá ido a su torre o a algún sitio así. Estuvo ahí fuera en el vestíbulo, chillando como un loco.

Benteley localizó la puerta y echó el cerrojo de anticuado modelo. Eleanor estaba de pie, en el centro de la habitación, con una pierna encogida, el pie lanzado hacia atrás, desatando cuidadosamente las correillas de sus sandalias. Mientras Benteley la miraba con un silencio de estupefacción, asustado y atónito, ella se desprendió de las sandalias y avanzó hacia él...

Se despertó mucho más tarde. La habitación estaba mortalmente fría. Nada se agitaba. No había sonido alguno, ninguna vida. Se incorporó envarado, aturdido, con la mente rota en vagos fragmentos. A través de la ventana abierta se filtraba la luz gris de un temprano amanecer, y un frío viento ominoso azotó heladamente a su alrededor. Se echó hacia atrás, se detuvo, trató de recobrarse.

Figuras tendidas yacían por todas partes, mezcladas con ropas y mantas en desorden, en montones aquí y allí. Tropezaba en miembros extendidos, brazos medio cubiertos, piernas de un blancor almidonado que le chocaban y le horrorizaban. Distinguió a Eleanor, tendida contra la pared, de costado, un brazo caído, doblados sus pequeños dedos, encogidas las piernas, respirando inquietamente entre los labios semiabiertos. Siguió andando, y se quedó clavado.

La luz gris se filtraba sobre otro rostro y otro cuerpo: los de su viejo amigo Al Davis, pacífico y contento en los brazos de su mujer, profundamente dormida. Los dos estaban estrechamente abrazados, ausentes ambos de cualquier otra cosa.

Un poco más allá, había más personas, algunas roncando sombríamente, estirándose otras en un desvelo inicial. Otras gruñían y rebullían débilmente, buscando algo con que taparse. Su pie aplastó un cristal; saltaron añicos y corrió un charco de líquido oscuro. Tenía delante otra cabeza que le era familiar. ¿Quién era? Un hombre de cabellos negros, bien parecido.

¡Era su propio rostro!

Tropezó con una puerta y se halló en un vestíbulo iluminado por una luz amarillenta. El terror se apoderó de él y empezó a correr ciegamente. Sin hacer ruido, sus pies desnudos le llevaron por amplios corredores alfombrados, infinitos y desiertos, junto a ventanas de piedra gris, por silenciosos tramos de escaleras que parecían no acabar nunca. Alocadamente, dio la vuelta en una esquina y se halló metido dentro de una hornacina en la que un espejo de cuerpo entero se erguía, bloqueándole el paso.

Una figura gesticulante se bamboleaba dentro del espejo. Una cosa vacía, sin vida, con aire de insecto atrapado momentáneamente, una cosa suspendida en profundidades amarillentas y acuosas. Miró aquello en silencio, asustado ante el cabello de cera, la boca y los labios insípidos, los

Librodot

ojos descoloridos. Brazos fofos, sin huesos, a los costados; un objeto lívido y sin fibras que le devolvía una mirada sin expresión, sin sonido, sin movilidad.

Gritó, y la imagen hizo un guiño. Se sumergió por los pasillos de luces grises, barriendo con los pies desnudos las alfombras espesas de polvo. No tenía nada bajo sus pies. Se iba elevando, sorbido hacia lo alto por su gran terror, una cosa agitada y chillona que se lanzaba hacia el abovedado techo situado encima de su cabeza.

Abiertos los brazos, iba disparado sin sonido, a través de muros y paneles, dentro y fuera de las frías habitaciones, a lo largo de desiertos pasillos, un ser aterrorizado y ciego que destellaba y giraba desesperadamente, golpeando contra vidrieras emplomadas en esfuerzos fútiles y desesperados por escapar.

Con un chasquido violento, tropezó rudamente contra una chimenea de ladrillos. Roto, desplomado, cayó indefenso en la blanda y polvorienta alfombra. Por un momento se quedó allí aturdido, y luego siguió, tropezando, corriendo frenéticamente, sin pensar, corriendo a cualquier parte, con las manos extendidas ante la cara, los ojos cerrados, la boca abierta.

Delante de él había sonidos. Una brillante luz amarilla se filtraba por la rendija de una puerta entornada. En una habitación estaban reunidos varios hombres, sentados alrededor de una mesa cubierta de informes y cintas magnetofónicas. Una bombilla atrónica ardía en el centro, un sol en miniatura, cálido e implacable, que le atraía hipnóticamente. Rodeados de tazas de café, había varios hombres que escribían, murmurando y gruñendo sobre sus trabajos y había un hombre inmenso y pesado, de macizos hombros y torso prominente.

—¡Verrick! —le gritó al hombre.

Su voz salía delgada y fina, una voz débil y vacilante de insecto.

—¡Verrick, ayúdame!

Reese Verrick alzó la vista y le miró enojado.

—¿Qué quieres? Estoy ocupado. Esto tiene que hacerse antes de que empecemos a actuar.

—¡Verrick! —gritó jadeando de terror y de pánico irracional—. ¿Quién soy?

—Usted es Keith Pellig —le contestó Verrick con mal humor, secándose la frente con una zarpa inmensa y apartando los montones de informes—. Usted es el asesino elegido por la Convención. Debe estar listo para actuar antes de dos horas. Tiene una misión que cumplir.

VII

Eleanor Stevens surgió del vestíbulo sumido en la penumbra.

—Verrick, éste no es Keith Pellig. Ordena que baje Moore y hazle hablar. Está intrigando contra Benteley; han tenido una pelea.

Los ojos de Verrick se abrieron de par en par.

—¿Que éste es Benteley? ¡Ese maldito Moore! No tiene sentido; es una manera estúpida de liar las cosas.

Benteley estaba empezando a recobrar una chispa de cordura.

—¿Puede arreglarse esto? —murmuró.

—Estaba completamente borracho —decía Eleanor con una voz fina y crispada.

Se había puesto los pantalones y las sandalias y se había echado una capa sobre los hombros. Su rostro estaba descolorado; su cabello rojo, erizado y mate.

—No podrá resistir esto estando consciente. Manda llamar a uno de los doctores del laboratorio para que le haga perder el sentido. Y no trates de aprovecharte de esto. Despídelo antes de decirle nada. Ahora no puede darse cuenta, ¿comprendes?

Apareció Moore, asustado y sacudido.

—No se ha hecho ningún daño. He disparado un poco el arma, eso es todo. —Agarró a Benteley por el brazo—. Venga. Vamos a arreglar esto ahora, mismo.

Benteley se soltó. Se retiró de Moore y se puso a mirar las extrañas manos que eran ahora las suyas.

—Verrick —dijo su voz, vacía y delgada—. Ayúdeme.

—Vamos a arreglarlo ahora —dijo Verrick irritadamente—. Todo se arreglará. Aquí está el doctor.

Entre Verrick y el médico le sujetaron. Herb Moore se retiró unos cuantos pasos, temiendo acercarse a Verrick. Junto a la mesa, Eleanor encendió cansadamente un cigarrillo y se puso a fumar mientras el doctor clavaba la aguja en el brazo de Benteley y vaciaba la jeringa. Cuando la oscuridad iba disolviéndose Benteley oyó cómo la voz pesada de Verrick flotaba y se desvanecía.

—Debería usted haberle matado o bien dejarlo en paz; pero no esta payasada. ¿Cree usted que va a olvidarse de esto?

Moore contestó algo, pero Benteley no lo oyó. La oscuridad se había hecho completa y él estaba en el seno de ella.

A una gran distancia, Eleanor Stevens estaba diciendo:

—Mira, Reese no comprende realmente lo que es Pellig. ¿Te has dado cuenta de eso?

—No entiende ninguna teoría —contestó Moore con voz sombría y resentida.

—No tiene por qué entenderlas. ¿Qué falta le hace, si puede contratar cantidades interminables de muchachos inteligentes que las comprendan por él?

—Supongo que te refieres a mí.

—¿Por qué estás con Reese? Tú no le tienes simpatía. No estás de acuerdo con él.

—Verrick tiene dinero que puede invertir en mis trabajos. Si no vuelve a su puesto, yo habré perdido mi oportunidad.

—Cuando todo se acabe, Verrick se aprovechará del resultado.

—Eso no me importa. Mira, yo me hice con los papeles de McMillan, todos los trabajos básicos que realizó sobre los robots. ¿Qué salió de todo aquello? Nada más que esos estúpidos armatostes, lavadores hinchados, calentadores, camareros mudos... McMillan perseguía una idea equivocada. Todo lo que buscaba era producir seres fuertes y corpulentos para levantar cosas, de forma que los *incs* pudieran tenderse y echarse a dormir. Así no habría más criados y trabajadores *incs*. McMillan era amigo de los inclasificados. Probablemente compró su clasificación en el mercado negro.

Se produjo un aura de movimiento: gente que se agitaba, que se ponía en pie y andaba... el tintineo de un vaso.

—Whisky y agua —dijo Eleanor.

Hubo el sonido de alguien que se sentaba. Un hombre suspiró satisfecho.

—Estoy cansado —dijo Moore—. ¡Qué nochecita! Voy a acostarme ahora mismo. Todo un día perdido.

—Ha sido culpa tuya.

—Él tenía que sobrevivir. Estará allí para ayudar al bueno y viejo Keith Pellig.

—No llegarás hasta el final, no estás en condiciones de hacerlo.

La voz de Moore estaba llena de indignación.

—Es mío, ¿no es así?

—Pertenece al mundo —replicó Eleanor heladamente—. Estás tan arropado en tus juegos verbales de ajedrez, que no puedes ver el peligro que nos estás acarreando a todos. Cada hora de que dispone ese viejo loco le da una mayor oportunidad de supervivencia. Si no te hubieses puesto tan frenético, revolviendo todo para vengarte de una ofensa personal, Cartwright podría ya estar muerto.

Era de noche.

Benteley se agitó. Se incorporó un poco, sorprendido de hallarse fuerte y con la cabeza despejada. La habitación estaba en penumbra. Sólo titilaba una lucecilla, un diminuto punto ardiente que identificó como el cigarrillo de Eleanor. Moore estaba sentado junto a la muchacha, con las piernas cruzadas, un vaso de whisky en la mano, el rostro fruncido y remoto. Eleanor se levantó rápidamente y encendió una lámpara de mesa.

—¿Ted?

—¿Qué hora es? —preguntó Benteley.

—Las ocho y media. —Se acercó a la cama con las manos en los bolsillos—. ¿Cómo te sientes?

Él balanceó las piernas pesadamente sobre el suelo. Le habían envuelto en un batín corriente; sus ropas no estaban a la vista.

—Tengo hambre —dijo.

De pronto cerró los puños y se golpeó la cara con fuerza.

—Eres tú —dijo Eleanor con naturalidad.

Las piernas de Benteley flaquearon cuando se puso en pie con dificultad.

—Me alegro. ¿Sucedió de verdad?

—Sucedió. —Se movió buscando su cigarrillo—. Volverá a suceder, además. Pero la vez próxima estarás preparado. Tú y otros veintitrés jóvenes brillantes.

—¿Dónde está mi ropa?

—¿Por qué?

—Voy a salir de aquí.

Moore se puso en pie rápidamente.

—No puede usted salir de aquí; vea cómo están las cosas. Usted ha descubierto lo que es Pellig; ¿cree que Verrick le dejará que se vaya de la lengua?

—Ustedes están quebrantando las reglas de la Convención del Desafío. —Benteley encontró sus ropas en un armario lateral y las extendió sobre la cama—. Sólo pueden enviar un asesino por cada vez. Esta cosa que han inventado ustedes tiene el aspecto de un asesino, pero...

—No tan aprisa —dijo Moore—. Usted no ha cogido el intríngulis de la cosa.

Benteley se desabrochó el batín y lo tiró.

—Ese Pellig no es más que un *sintético*, ¿verdad?

—Exacto.

—Pellig es un vehículo. Ustedes van a alojar a una docena de mentes de alta graduación en ese vehículo, enviándolo luego para Batavia. Cartwright morirá, ustedes quemarán esa cosa, ese Pellig, y nadie se enterará de nada. Pagarán a las mentes y las enviarán a sus bancos de trabajo. Lo mismo que a mí.

Moore mostró su regocijo.

—Y poco que me gustaría poder hacer eso. En realidad, ya hicimos una prueba. Embutimos de una sola vez tres personalidades en Pellig. El resultado fue un caos. Cada una eligió una dirección diferente.

—¿No tiene Pellig ninguna personalidad? —preguntó Benteley mientras se vestía—. ¿Qué sucede cuando las mentes están fuera de él?

—Pellig se convierte en lo que nosotros llamamos un vegetal. No muere, pero retorna a un nivel de existencia primitivo. El proceso corporal continúa; es una especie de sueño crepuscular.

—¿Quién lo sostuvo anoche para ir a la reunión?

—Un empleado administrativo de mi laboratorio. Un tipo negativo como el que usted vio; la personalidad adecuada para el asunto. Pellig es un buen médium: nada de excesiva distorsión o retracción.

Benteley desvió aquello de la memoria al mismo tiempo que decía:

—Cuando estaba dentro de eso, yo creía que era Pellig el que estaba allí conmigo.

—Yo sentía lo mismo —concedió Eleanor con calma—. La primera vez que hice la prueba sentí como si hubiese una serpiente dentro de mis pantalones. Es una ilusión. ¿Cuándo te diste cuenta por primera vez?

—Cuando miré el espejo.

—Procura no mirar ningún espejo. ¿Qué te crees que yo sentí? Por lo menos tú eres un varón. Para mí fue demasiado duro; no creo que Moore pruebe con operadores femeninos. Es un *shock* demasiado grande.

—Usted no los meterá dentro sin advertirles, ¿verdad?

—Hemos formado un equipo bastante adiestrado —dijo Moore—. En los últimos meses hemos estado probando a centenares de personas. Las más de ellas se vuelven locas. Un par de horas y se sienten dominadas por una especie de claustrofobia lúgubre. Quieren salir de allí, como dice Eleanor, ya que les parece que tienen cerca una cosa sucia y viscosa. —Se encogió de hombros—. A mí no me pasa eso. Creo que es una cosa, bonita.

—¿Cuántos tiene usted ya? —preguntó Benteley.

—Disponemos de unas dos docenas que pueden resistirlo. Su amigo Davis es uno de ellos. Tiene la personalidad adecuada: plácido, calmoso, adaptable...

Benteley se enrigideció.

—Entonces, por eso su nueva clasificación. Por eso derrotó al Interrogador.

—Todo el mundo consigue un ascenso por eso. Comprado en el mercado negro, como es natural. Usted entró ya, según Verrick. No es tan arriesgado como parece. Si algo falla, si empiezan a cercar a Pellig, quienquiera que esté dentro en aquel momento será retirado.

—Así es que en eso consiste el método —dijo Benteley, más bien para sí mismo—. Algo sucesivo.

Librodot

—Que prueben luego que es una violación de las reglas del Desafío —dijo Moore complacido—. Tenemos a nuestros asesores legales pendientes de todas las posibles objeciones. No hay nada que puedan reprocharnos. La ley especifica un asesino cada vez, elegido en Convención Pública, Keith Pellig fue elegido en Convención Pública, y no habrá otro ejemplar como él.

—No veo el objeto de tantas complicaciones.

—Ya lo verás —dijo Eleanor—. Moore tiene sobre eso una larga historia que contar.

—Que me la cuente después de que yo coma un poco —dijo Benteley.

Los tres anduvieron lentamente por el alfombrado vestíbulo hacia el comedor. Benteley se quedó helado en la puerta; allí estaba Pellig sentado plácidamente a la mesa de Verrick, con un plato de chuletas de ternera y puré de patatas delante de él, un vaso de agua al filo de sus labios pálidos y exangües.

—¿Qué pasa? —preguntó Eleanor.

—¿Quién está dentro?

Eleanor se encogió de hombros con indiferencia.

—Uno de los técnicos del laboratorio. Siempre tenemos metido dentro a alguien; cuanto más familiarizados estemos con esto, tantas más esperanzas tendremos de que todo salga bien.

Benteley se colocó lo más lejos posible de Pellig. Su palidez cerúlea le hacía sentirse incómodo; era como un insecto recién salido de su cresa, todavía no endurecido y secado por el sol.

Y entonces se acordó de algo.

—Oigan —dijo ansiosamente—. Hay todavía otra cosa.

Moore y Eleanor Stevens cambiaron miradas significativas.

—Tómelo con calma, Benteley —dijo Moore.

—¡El vuelo! Me separé del suelo. Y en aquel momento no estaba corriendo. —Su voz se alzó asustada—. Me pasó algo. Una y otra vez, como un fantasma. Algo que me empujó hasta la chimenea.

Se pasó la mano por la frente, pero allí no había ningún chichón, ninguna cicatriz. Era natural; había sido en otro cuerpo.

—Explíqueme —pidió roncamente—. ¿Qué me pasó?

—Algo relacionado con la disminución de peso —dijo Moore—. El cuerpo de Pellig es más eficiente que un cuerpo natural humano.

El rostro de Benteley debió de mostrar algo de su incredulidad, porque Eleanor añadió:

—Puede que Pellig aceptara un cóctel drogado antes de que tú entraras en su cuerpo. Se los pasaban al lado; vi que algunas de las mujeres los cogían.

La voz gruñona de Verrick les interrumpió.

—Moore, es usted bueno para cuestiones abstractas. —Empujó un montón de hojas metálicas hacia el sitio donde Moore estaba sentado—. He estado estudiando nuestros informes confidenciales acerca de ese chiflado de Cartwright. No hay en el individuo nada de importante, pero estoy preocupado.

—¿Por qué? —preguntó Moore mientras el otro tomaba asiento.

—Ante todo porque tenía su tarjeta de disponibilidad. Eso es raro en un *inc*. La probabilidad de una tarjeta en la vida de una persona es tan microscópicamente pequeña, tan enormemente sin valor... —Hay siempre la probabilidad estadística.

Verrick rezongó despreciativamente.

—La botella es la trapacería más grande que pudiera pensarse nunca. El maldito artilugio es una lotería, y toda persona viviente juega un billete. ¿Para qué conservar una tarjeta que le da a uno una esperanza entre seis mil millones, una probabilidad que no se realizará nunca? Los *incs* son lo bastante listos para estraperlear sus tarjetas si no se la recogen en sus Colinas. ¿Qué viene a valer una tarjeta ahora?

—Unos dos pavos. Solían costar más.

—Perfectamente. Pero este Cartwright tenía la suya. Y eso no es todo. —Una expresión astuta se pintó en el rostro macizo de Verrick—. Según mis informes, Cartwright compró, no vendió, por lo menos, media docena de tarjetas de disponibilidad a lo largo del mes último.

Moore se puso rígido en su asiento.

—¿De verdad?

—Puede ser —dijo Eleanor pensativamente— que por fin Cartwright encontrase un amuleto eficaz.

Verrick rugió como un buey herido.

—¡Deja ya esa palabrería! Esos estúpidos y asquerosos amuletos. —Lanzó un dedo furioso hacia los pechos desnudos de la muchacha—. ¿Para qué llevas colgadas esas bolsitas ridículas? Quítatelas y tíralas. Es una pérdida de tiempo.

Eleanor sonrió suavemente; todo el mundo estaba acostumbrado a la excentricidad de Verrick: su falta de fe en los talismanes.

—¿Qué más? —preguntó Moore—. ¿Tiene usted más información?

—El día que se movió la botella hubo una reunión de la Sociedad Preston. —Los nudillos de Verrick estaban blancos—. Quizá él consiguió lo que yo ando buscando hace tanto tiempo. Lo que busca todo el mundo: la forma de derrotar a la botella. Un informe seguro en el que se prevean sus movimientos inesperados. Si yo creyese que Cartwright estaba sentado allí aquel día, aguardando que le hiciesen la notificación...

—¿Qué harías? —preguntó Eleanor.

Verrick guardó silencio. Una extraña y torcida mueca se derramó por sus rasgos, una agitación agónica que sorprendió a Benteley y que hizo que los otros se pusieran rígidos. Bruscamente, Verrick volvió su atención al plato de comida, y los demás se apresuraron a hacer lo mismo.

Una vez que terminaron de comer copiosamente, Verrick apartó su taza de café y encendió un puro.

—Ahora escuche —le dijo a Benteley—. Hablaba usted de que quería saber cuál es nuestra estrategia; hela aquí. En cuanto un telépata palpe la mente del asesino, le tiene en sus manos. El Cuerpo nunca mantiene a raya al asesino; éste pasa de uno al otro a través de los múltiples eslabones. Saben exactamente lo que va a hacer tan pronto como lo piensa. Ninguna estrategia funciona; está constantemente telepatiado, hasta el momento en que se aburren y se le echan encima.

—Por eso los telépatas nos obligaron a adoptar el Minimax —dijo Moore interviniendo—. No se puede adoptar ninguna estrategia contra los telépatas: hay que actuar al azar. Es preciso que uno mismo no sepa lo que va a hacer en el momento siguiente. Hay que cerrar los ojos y correr a ciegas. Ahora bien, el problema consiste en: ¿cómo puede uno someter su estrategia al azar y, sin embargo, moverse obstinadamente hacia su meta?

—En el pasado —continuó Verrick—, los asesinos trataban de hallar

Librodot

formas con las que tomar decisiones al azar. Los dados les ayudaban. Esencialmente, el juego de los dados es una práctica de asesinos. Los cartoncitos de bolsillo ofrecen combinaciones de suerte por las que pueden adoptarse cualquier complejidad de decisiones. El asesino arrojaba sus dados, leía el número, y actuaba conforme a un acuerdo previo. El telépata no sabía con anticipación lo que el cartón iba a mostrar, lo mismo que no lo sabía el asesino.

»Pero aquello no era lo bastante bueno. El asesino jugaba este maldito juego del Minimax, pero seguía perdiendo. Perdía porque los telépatas lo jugaban también, y había ochenta de ellos, contra él solo. Se veía rebasando estadísticamente, excepto alguna que otra vez en muchísimo tiempo. De cuando en cuando, los asesinos conseguirían entrar. De Falla lo logró abriendo al azar *«La Decadencia y Caída del Imperio Romano»*, de Gibbon, y haciendo una especie de complicada utilización del material presentado.

—Pellig es indudablemente la respuesta —estalló Moore—. Tenemos veinticuatro mentes distintas. No habrá contacto entre ellas. Cada una de las veinticuatro se encuentra en un cubículo diferente aquí en Farben. Cada una está enganchada con la maquinaria de ejecución. Con intervalos marcados al azar, vamos haciendo la conexión en una mente diferente elegida al azar. Cada mente tiene una estrategia completamente desarrollada. Pero nadie sabe qué mente advendrá a continuación, o cuando. Nadie sabe qué estrategia, qué línea de acción es la que se va a poner en movimiento. Los telépatas no sabrán de un minuto a otro lo que va a hacer el cuerpo de Pellig.

Benteley sintió un escalofrío de admiración hacia aquel técnico implacable y superlógico.

—No está mal —admitió.

—Como usted ve —dijo Moore orgullosamente—, Pellig es la partícula del azar de Heisenberg. Los telépatas pueden rastrear su camino: directamente hacia Cartwright. Pero no su velocidad. Donde estará Keith Pellig a lo largo de ese camino en un momento dado no lo sabe nadie.

VIII

El apartamento de Eleanor Stevens estaba constituido por una serie de atractivas habitaciones en el barrio residencial de los clasificados de la Colina Farben. Benteley miró en torno apreciativamente, mientras Eleanor cerraba la puerta y se movía luego encendiendo luces y enderezando cosas.

—Acabo de trasladarme aquí —explicó ella—. Por eso está todo tan revuelto.

—¿Dónde está Moore?

—En alguna parte del edificio, supongo.

—Creí que vivías con él.

—Ahora, no.

Eleanor bajó el filtro translúcido sobre la pared visual del apartamento. El cielo nocturno con su fría hueste de estrellas, las chispas y formas centelleantes que ascendían hasta la Colina, temblaban y se desvanecían. Eleanor le miró de reojo, un poco turbada, y dijo:

—Si te digo la verdad, ahora mismo no estoy viviendo con nadie.

—Lo siento —contestó Benteley torpemente—. No lo sabía.

Eleanor se encogió de hombros y sonrió con ojos brillantes, torciendo los rojos labios.

—Es una tontería, ¿verdad? Después de vivir con Moore, estuve viviendo con uno de los técnicos de Investigaciones, un amigo suyo, y luego con alguien del Departamento de Planificación. Yo era una telépata, tenlo en cuenta. A muchísimos que no son telépatas no les hace gracia vivir con una mujer que sí lo es, y con el Cuerpo nunca me llevé bien.

—Eso ahora se acabó.

—Desde luego. —Se puso a andar por la habitación, con las manos hundidas en los bolsillos, súbitamente solemne y pensativa—. Sospecho que he desperdiciado mi vida. Nunca vi nada extraordinario en lo de ser telépata; implicaba el ser adiestrada para el Cuerpo o someterse a una indagación discriminatoria. Firmé para verme libre de los Campos de Trabajo... No tengo clasificación. ¿Lo sabías? Si Verrick me despide, es mi fin. No puedo volver al Cuerpo, y no sé hacer nada en realidad para derrotar al Interrogador. —Miró implorante a Benteley—. ¿Piensas de mí de manera diferente ahora que sabes que no tengo relaciones?

—En absoluto.

—Me parece tan raro esto de hallarme así: suelta. —Hizo un gesto tenso—. Estoy completamente cortada. Cortada de mí misma. Esto ha sido una prueba terrible para mí. Tenía que venir con Verrick; es el único hombre con el que siempre me he sentido del todo a salvo. Pero eso me ha desligado de mi familia. —Le miró patéticamente—. Odio el estar sola. Me asusta muchísimo.

—No te asustes. Escúpele a todos.

Eleanor se estremeció.

—No podría hacerlo. ¿Cómo se puede vivir de esa manera? Hay que tener gente con la que se pueda contar, alguien fuerte, alguien que cuide de una. Este es un inmenso mundo frígido, completamente lúgubre y hostil y vacío de calor. Tú sabes lo que le pasa a uno si se deja llevar y caer. Lo sabes, ¿verdad?

—Lo sé —asintió él—. Los amontonan por millones.

—Sospecho que debería haber seguido con el Cuerpo. Pero odio al Cuerpo. Siempre espiando, escuchando, sabiendo siempre lo que tienes en el pensamiento. Realmente es no vivir, no vivir como un individuo separado. Se es una especie de organismo colectivo. No puedes realmente amar, no puedes odiar realmente. Todo lo que tienes es tu trabajo. Pero ni siquiera esa tarea es tuya. Haz de compartirla con otras ochenta personas, gente como Wakeman.

—Quieres estar sola, pero te da miedo —dijo Benteley.

—¡Quiero ser *yo*! No quiero estar sola. Me horripila despertarme por las mañanas y no encontrar a nadie a mi lado. Me horripila venir a casa y ver unas habitaciones vacías. Cenar sola, cocinar y tener la casa arreglada para mí misma. Encender las luces por la noche para alejar las sombras. Ver la televisión. Nada más que estar sentada. Pensando.

—Eres joven. Te acostumbrarás.

—¡No me acostumbraré! —Resplandeció—. Desde luego, lo he pasado mejor que muchas otras. —Ondeó su melena de cabellos rojos y sus ojos se velaron, verdes, esplendorosos y astutos—. He vivido con muchísimos hombres, desde que tenía dieciséis años. No puedo recordar con cuantos. Los conocía de la manera como te he conocido a ti, en el trabajo o en

Librodot

reuniones, a veces por amistades comunes. Vivíamos juntos algún tiempo, y luego nos peleábamos. Algo empezaba a ir mal; es una cosa que nunca dura. —Su terror volvió con un escalofrío, violento y arrollador—. ¡Se van! Se quedan algún tiempo y luego se marchan, me dejan. O... me echan fuera.

—Son cosas que pasan —dijo Benteley.

La escuchaba apenas; estaba pensando en sus propias cosas.

—Encontraré el verdadero algún día —dijo Eleanor fervientemente—. ¿Por qué no? Sólo tengo diecinueve años. ¿Es que puedo haber vivido toda una vida a los diecinueve años? Esto no es mucho tiempo. Y Verrick es mi protector: puedo contar siempre con él.

Benteley se levantó.

—¿Estás pidiéndome que me quede a vivir contigo?

Eleanor se ruborizó.

—Bueno, ¿te importaría?

Él no contestó.

—¿Qué pasa? —preguntó ella rápidamente, con ojos heridos e implorantes.

—Nada que tenga que ver contigo.

Benteley le volvió la espalda y se dirigió a la traslúcida pared visual. Restauró su transparencia.

—La Colina tiene un aspecto bonito vista de noche —dijo mirando afuera malhumoradamente—. Nadie diría, al verla ahora, cómo es realmente.

—¡Olvida la Colina! —gritó Eleanor volviendo a bajar la pantalla gris—. ¿Que no tiene que ver contigo? Entonces, con Verrick. Ya lo sé; se trata de Reese Verrick. ¡Oh, Dios mío! Estabas tan ansioso aquel día, cuando entraste de sopetón en la oficina con la cartera agarrada como si fuera un cinturón de castidad. —Sonrió un poco—. Estabas tan excitado. Como un cristiano que por fin entra en el cielo. Habías aguardado tanto tiempo... tenías tan sublimes esperanzas. Había algo en ti terriblemente emocionante. Yo esperaba poder conocerte.

—Lo que yo quería era salir del sistema de la Colina. Quería llegar a un sitio mejor. Al Directorio.

—¡El Directorio! —Eleanor se echó a reír—. ¿Qué es eso? ¡Una abstracción! ¿Qué crees tú que compone al Directorio? —Respiraba rápidamente, con los ojos muy abiertos, temblándole el pulso—. Es gente de carne y hueso, no instituciones y oficinas. ¿Cómo puedes ser leal a una cosa? Llegan nuevos hombres, los viejos mueren, cambian las caras. ¿Continúa tu lealtad? ¿Por qué? ¿A qué? ¡Superstición! Eres leal a una palabra a un nombre. No a una entidad viviente de carne y hueso.

—Hay más que eso —dijo Benteley—. No se trata sólo de oficinas y despachos. Representa algo.

—¿Qué representa?

—Está por encima de todos nosotros. Es más grande que ningún hombre o grupos de hombres. Sin embargo, en cierto modo, es todo el mundo.

—No es nadie. Cuando tienes un amigo es una persona particular, no una clase o un grupo de trabajo, ¿no es así? Tú no tienes la clase 4-7 como tu amigo, ¿verdad? Cuando estás con una mujer, es una mujer particular, ¿no es cierto? Todo lo demás del universo se ha hundido... cambio, azar, humo gris y sin objeto en el que no puedes poner tus manos. La única cosa que queda es la gente: tu familia, tus amigos, tu amante, tu protector. Puedes tocarlos, estar cerca de ellos... respirando *vida* que es caliente y sólida.

Librodot

Sudor, piel y cabellos, saliva, aliento, cuerpos. Gusto, tacto, olor, colores. ¡Cielo santo, tiene que haber algo a lo que poder agarrarse! ¿Qué puede ser que no sea la gente? ¿Con qué otra cosa se puede contar, aparte de con el protector?

—Uno puede contar consigo mismo.

—¡Reese cuida de mí! Es grande y fuerte.

—Es tu padre —dijo Benteley—. Y yo odio a los padres.

—Tú eres psicópata. Hay algo en ti que no funciona bien.

—Ya lo sé —admitió Benteley—. Soy un enfermo. Y cuantas más cosas veo, tanto más enfermo me pongo. Estoy tan enfermo, que creo que toda la demás gente lo está y que sólo yo soy la única persona sana. Eso es bastante malo, ¿verdad?

—Sí —dijo Eleanor con la respiración cortada.

—Me gustaría derribarlo todo de un golpetazo. Pero no tengo necesidad de hacerlo; se está hundiendo por sí solo. Todo es delgado y vacío y metálico. Juegos, loterías... ¡un juguete de niño inteligente! Lo que lo mantiene unido es el juramento. Posiciones a la venta, cinismo, lujo y pobreza, indiferencia... ruidosos TV atronando el aire. ¡Un hombre sale para asesinar a otro y todo el mundo se pone a aplaudir y a mirar! ¿En qué creemos? ¿Qué tenemos? Brillantes criminales que trabajan para criminales poderosos. Lealtad jurada a bustos de plástico.

—El busto es sólo un símbolo. Y no está a la venta. Esa es una cosa que no puedes comprar y vender. —Sus ojos verdes flamearon triunfantes—. Tú lo sabes, Ted. Es la cosa más preciosa que tenemos. La lealtad entre nosotros, entre el protector y el vasallo, entre un hombre y su amada.

—Quizá —dijo Benteley lentamente— una persona debiera ser leal a un ideal.

—¿Un ideal de qué?

La mente de Benteley rehusaba dar una respuesta. Las ruedas, las palancas y rodillos, estaban pegados. Pensamientos extraños e incomprensibles se apelotonaban, pensamientos no queridos y no buscados, arrojando al mecanismo de una incertidumbre corrosiva. ¿De dónde había llegado aquel torrente? No lo sabía.

—Eso es todo lo que hemos dejado —dijo por fin—. Nuestros juramentos. Nuestra lealtad. Esa es la argamasa que impide que todo este sistema se vaya a pique. ¿Y para qué sirve? ¿Qué tiene de bueno? No mucho. Mientras estamos aquí se está desmoronando.

Eleanor soltó una exclamación ahogada.

—¡No es verdad!

—¿Moore le es leal a Verrick?

—¡No! Por eso le dejé. A él y a sus teorías. Sólo es leal para ellas, y para Herb Moore. —Sus amuletos se bamboleaban furiosamente—. ¡Aborrezco eso!

—Verrick no es leal —dijo Benteley cuidadosamente.

Trataba de medir la reacción de la muchacha; la cara de ésta se había puesto rígida y descolorida.

—No se trata de Moore; no tienes nada que echarle en cara. Está a ver qué es lo que puede conseguir. Lo mismo están todos los demás. Así está también Reese Verrick. Cada uno de ellos violaría su juramento con tal de conseguir un poco más de botín, un poco más de poder. Es la gran rebatiña por la cumbre. Todos están luchando por llegar allí, y nada debe

Librodot

interponérseles en el camino. Cuando todas las cartas están boca arriba ya ves lo poco que cuenta la lealtad.

—¡Verrick no rompería nunca su juramento! ¡Nunca dejaría caer a la gente que depende de él!

—Ya lo ha hecho. Quebrantó un código moral cuando me dejó prestar juramento. También tú estuviste mezclada en eso; tú lo sabías. Yo presté juramento de buena fe.

—¡Oh, Dios mío! —exclamó Eleanor cansadamente—. ¿Es que nunca vas a olvidarte de eso? Estás enfadado porque crees que te tomamos el pelo.

—Se trata de algo más; no te engañes a ti misma. Es toda la miserable y débil estructura del sistema la que está poniendo de manifiesto. Ya lo descubrirás algún día. Yo lo sé ahora; estoy preparado a todo. ¿Qué otra cosa puedes esperar de una sociedad de juegos y sorteos y asesinatos?

—No le eches la culpa a Verrick. El Desafío fue instaurado hace muchos años, cuando todo el sistema de la botella, el juego del Minimax en conjunto, quedó elaborado y puesto en funcionamiento.

—Verrick ni siquiera está jugando con nobleza según las reglas del Minimax. Está tratando de vencer con esta estrategia de Pellig.

—Y dará resultado, ¿no te parece?

—Probablemente.

—Bueno, entonces, ¿de qué te quejas? ¿No es eso lo importante? —Eleanor le agarró de un brazo fieramente—. Vamos, olvídate de eso. Rumias demasiado. Moore habla más de la cuenta y tú cavilas más de la cuenta. Alégrate, mañana es el gran día.

Sirvió bebidas y le acercó a Benteley la suya. Este tomó unos sorbos, cariacontecido. Eleanor se sentó a su lado en el diván. En la penumbra de la salita el cabello carmesí de la muchacha ardía y chispeaba. Se había sentado sobre las piernas cruzadas. Encima de cada oreja, la mancha gris plomiza se había desvanecido ligeramente, pero aún seguía allí. Apoyándose en Benteley, con los ojos cerrados, cogido el vaso entre los dedos de rojas uñas, dijo suavemente:

—Quiero que me lo digas. ¿Vas a seguir con nosotros?

Benteley guardó silencio unos momentos.

—Sí —dijo por fin.

Eleanor suspiró.

—Gracias a Dios. No sabes lo que me alegro.

Benteley se inclinó y dejó el vaso en la mesita.

—Juré fidelidad; di mi juramento a Verrick. No me queda otra alternativa, a menos que eligiera romper mi juramento y huir de aquí.

—Son cosas que se han hecho.

—Nunca he roto mi juramento. Hace ya años que estaba harto de Pájaro Lira, pero nunca traté de escaparme. Podría haberlo hecho, habría corrido el riesgo de ser atrapado y muerto. Acepto la Ley que da al protector, poder de vida y muerte sobre los vasallos huidos. Pero no creo que un juramento deba ser roto ni por el vasallo ni por el protector.

—Pensé que dijiste que se estaba desmoronando.

—Y es la verdad. Pero no quiero ayudar a eso.

Eleanor soltó su vaso y se empinó para pasar sus lisos brazos desnudos en torno al cuello del hombre.

—¿Qué clase de vida has llevado? ¿Qué has hecho? ¿Has vivido con muchas mujeres?

—Unas cuantas.

—¿Cómo eran?

Benteley se encogió de hombros.

—De varias clases.

—¿Eran bonitas?

—Yo creo que sí.

—¿Quién fue la última?

Benteley rememoró.

—Hace unos cuantos meses. Una muchacha clase 7-9 llamada Julie.

Los ojos de Eleanor estaban intensamente fijos en él.

—Cuéntame cómo era.

—Bajita. Bonita.

—¿Muy parecida a mí?

—Tu cabello es más bonito. —Tocó el cabello llameante y suave de la muchacha—. Tienes un cabello verdaderamente hermoso. Y los ojos. —La ciñó con fuerza y la tuvo así mucho tiempo—. Eres muy bonita.

El puño pequeño de la muchacha se había cerrado en torno a los amuletos que descansaban en su seno.

—Todo va a salir bien. Suerte, muy buena suerte. —Se estiró para besarle y se retiró luego con un suspiro—. Todo va a estar muy bien, trabajando aquí juntos, los dos en lo mismo.

Benteley no dijo nada.

Al cabo de un rato Eleanor se separó de él y encendió un cigarrillo. Estuvo sentada mirándole seriamente, con los brazos cruzados, la barbilla alzada, los ojos grandes y solemnes.

—Has avanzado mucho, Ted. Verrick piensa muchísimo en ti. Tuve mucho miedo por lo que hiciste anoche. Cuando dijiste aquellas cosas. Pero a él le gustó. Te respeta; cree que tienes algo en la mollera. ¡Y no se equivoca! Hay algo único y fuerte dentro de ti. —Añadió patéticamente—: ¡Maldito sea, me encantaría poder telepatiarte! Pero se ha ido, se ha ido del todo.

—Me pregunto si Verrick tiene idea de lo mucho a que tuviste que renunciar.

—Verrick tiene cosas más importantes en que pensar. —Su voz fue presa de una excitación súbita—. ¡Puede que mañana estemos de vuelta allí! Las cosas serán como eran antes, como tú querías que fueran. ¿No sería eso maravilloso?

—Sospecho que sí.

Eleanor soltó el cigarrillo y se inclinó rápidamente para besarle.

—¿Y de verdad vendrás con nosotros? ¿De verdad operarás con Pellig?

Benteley asintió débilmente.

—Sí.

—Entonces, todo es perfecto. —Le miraba ansiosamente a la cara, con los verdes ojos cálidos y excitados en la penumbra, la respiración rápida y áspera—. ¿Están bien estas habitaciones? ¿Te parecen bastante grandes? ¿Tienes que traer muchas cosas?

—No muchas —dijo Benteley.

Parecía pesar sobre él un aura espesa y viscosa, un torpor sin vida.

—Esto está bien.

Con un suspiro de satisfacción, Eleanor se apartó de su lado y con un gesto ligero vació su vaso. Apagó la lámpara y se recostó feliz contra él.

Eleanor extendió el brazo desnudo para alcanzar lo que quedaba de su

cigarrillo. Se lo llevó a los labios, junto al rostro de Benteley.

—Ted —susurró por fin—, ¿crees que no te cansarás de mí? Ya sé que soy más bien pequeñita.

—Eres linda —dijo él vagamente.

—¿No hay nadie con quien preferirías estar? —Como no había respuesta alguna, continuó—: Quiero decir que quizá no te gusto mucho, ¿es eso?

—¡Qué tontería! ¿Por qué no?

Él hablaba con voz vacía y átona. Seguía tendido, inerte y desmadejado.

—Todo está bien.

—Entonces, ¿qué es lo que está mal?

—Nada —dijo Benteley.

Hizo un esfuerzo para ponerse en pie y se retiró de ella sombríamente.

—Simplemente que estoy cansado. Creo que me voy a acostar. —Su voz cobró una aspereza súbita—. Como tú dices, mañana será un gran día.

IX

Leon Cartwright estaba desayunándose con Rita O'Neill y Peter Wakeman cuando el operador de la radiovisión le notificó que se había captado una emisión en circuito cerrado de la nave.

—Lo siento —dijo el Capitán Groves cuando uno y otro se vieron de frente separados por miles de millones de kilómetros de espacio—. Veo que ahí es todavía muy temprano. ¿Todavía sigue usted usando su viejo batín azul?

El rostro de Cartwright aparecía pálido y desencajado. Y la imagen era defectuosa; la enorme distancia la hacía vacilar y desvanecerse.

—¿Dónde está usted exactamente? —preguntó el anciano con voz lenta y vacilante.

—A cuarenta unidades astronómicas en el exterior —contestó Groves.

El aspecto de Cartwright le había sobresaltado, pero no estaba seguro de hasta qué punto aquello se debía a las distorsiones de la transmisión por relés de larga distancia.

—Pronto empezaremos a movernos por el espacio no explorado. Y ya he pasado de las cartas oficiales de navegación al material de Preston.

La nave estaba ya tal vez a medio camino. Disco Llameante describía una órbita de dos veces el radio vector de Plutón... suponiendo que existiera. La órbita del noveno planeta marcaba el límite de la explotación registrada; más allá se extendía un desierto infinito acerca del cual se sabía muy poco, aunque se había conjeturado mucho. Dentro de poco la nave pasaría las últimas boyas de señalización y dejaría tras el Universo familiar y finito.

—Un cierto número del grupo quiere volver atrás —dijo Groves—. Se dan cuenta de que están saliendo del Sistema conocido. Esta es su última oportunidad de abandonar la nave; si no lo hacen ahora, tendrán que seguir hasta el fin.

—¿Cuántos saltarían si pudieran?

—Quizá diez. O más.

—¿Puede usted seguir adelante sin ellos?

—Tendremos más pertrechos y más comida. Konklin y su muchacha, Mary, se quedan. El viejo carpintero, Jereti. Los artesanos ópticos japoneses. Nuestro fogonero de retropropulsores... creo que podremos arreglárnoslas.

—Entonces, deje que salten, si es que eso no significa peligro alguno para

la nave.

—Cuando usted y yo hablamos antes —dijo Groves— no tuve tiempo para darle la enhorabuena.

La imagen distorsionada de Cartwright se incorporó cansadamente.

—¿Enhorabuena? Está bien. Gracias.

—Me gustaría poderle estrechar la mano, Leon —Groves alargó su oscura mano desnuda hasta la pantalla de la hipervisión; Cartwright hizo lo mismo, y sus dedos parecieron tocarse—. Naturalmente ustedes, los de la Tierra, estarán ya acostumbrados, a estas alturas.

En la mejilla de Cartwright un músculo se puso a temblar espasmódicamente.

—Me cuesta trabajo creérmelo yo mismo. Parece una especie de pesadilla de la que no pudiera despertarme.

—¿Pesadilla? ¿Se refiere usted al asesino?

—Así es. —Cartwright esbozó una sonrisa que resultó una mueca—. Se supone que ya está en camino. Estoy aquí sentado esperando que aparezca.

Cuando concluyó con la transmisión, Groves convocó a Konklin y a Mary a la cabina de control y les puso al corriente con unas cuantas palabras nada emotivas.

—Cartwright está de acuerdo en que se les deje saltar de la nave. Eso acabará con el problema de dichos individuos; a la hora de la comida haré la oportuna comunicación.

Señaló a una esfera que iba cobrando vida.

—¿Ven ustedes esa aguja mohosa que empieza a moverse? Esta es la primera vez que ese indicador ha reaccionado desde que existe la nave.

—A mí eso no me dice nada —replicó Konklin.

—Ese modelo irregular es una señal de robot; podría desmontarlo y probablemente lo reconoceríais. Eso sirve para marcar el límite final del espacio registrado. Ninguna nave va más allá de esta distancia, excepto expediciones científicas que hacen pruebas abstractas.

—Cuando nos acerquemos al Disco —dijo Mary con los ojos abiertos de par en par— ese marcador no sabrá qué hacer.

—La expedición del 89 no encontró nada —dijo Konklin con un gesto de inseguridad—. Y tenían todos los datos de Preston, todo lo que él hizo.

—Quizá lo que Preston vio era una serpiente espacial supergrande —sugirió Mary medio humorística, medio frívolamente—. Quizá nos devora, como la gente cuenta en las historias.

Groves les miró impasible.

—Yo me encargaré de la navegación. Ustedes dos encárguense de inspeccionar la carga del bote de salvamento, teniéndolo listo para los que quieren saltar. Duermen ustedes en la bodega, ¿no es así?

—Abajo, como todo el mundo —dijo Konklin.

—Cuando el bote de salvamento se haya ido, ustedes podrán probablemente reclamar una de las cabinas. Muchas de ellas se quedarán vacías; elijan la que más les guste. —Agriamente, Groves añadió—: La mayor parte de la nave se quedará vacía, mucho me temo.

La bodega había sido la enfermería. Ellos dos barrieron y limpiaron cuidadosamente cada centímetro de la superficie. Mary lavó las paredes y el techo, aljofiló el suelo y quitó el polvo penosamente a las escotillas.

Librodot

—No hay mucha arena metálica por aquí dentro —le dijo esperanzadamente a Konklin mientras arrastraba la basura hacia la trampilla de expulsión.

—Esto era para la tripulación.

—Si la nave se posa como es debido, quizá podamos usar esto como residencia permanente. Será mejor que lo que yo tenía en la Tierra. —Arrojándose cansadamente sobre el pequeño camastro de hierro, dijo después de quitarse las sandalias—: ¿Tienes un cigarrillo? Los míos se han acabado.

Konklin le alargó malhumoradamente su paquete.

—Esto es lo que hay.

Después de encender agradecida, Mary recostó la espalda y cerró los ojos.

—Se está bien aquí. Nadie por los corredores gritando.

—Demasiado tranquilo. No dejo de pensar en lo que hay afuera. El espacio de nadie. Entre Sistemas. ¡Dios, el frío! Está todo a nuestro alrededor, fuera de aquí. Frío, silencio, muerte… si no algo peor.

—No pienses en eso. Debemos preocuparnos nada más que de nuestro trabajo.

—Cuando se pone uno a pensar en esto ya no somos tan fanáticos. Parecía una buena idea esa de un décimo planeta al que todos pudieran emigrar. Pero ahora que nos vemos lanzados realmente…

Turbada, Mary preguntó:

—¿Es que quieres meterme miedo?

—Tengo miedo por todos juntos. La mitad del grupo ha saltado ya. Tengo miedo porque Groves está sentado en la cabina de control tratando de fijarse un derrotero, sobre la base de las conjeturas de un místico medio loco en lugar de valerse de exactos datos científicos. Tengo miedo porque esta nave no es más que un desechado carguero de mineral, a punto de ser desguazada. —Acabó—: Tengo miedo porque hemos rebasado la última boya y nadie pasa por aquí sino visionarios y locos.

—¿Qué somos nosotros? —preguntó Mary con una voz pequeña.

—Ya lo descubriremos, uno de estos días.

Mary se levantó tímidamente y le cogió la mano.

—Aunque no lleguemos allí, esto de todas maneras será terriblemente hermoso.

—¿Esto? ¿Esta pequeña celda que más parece la de un monje?

—Eso creo. —Le miró con seriedad—. Esto es lo que yo quería antes. Cuando me movía sin rumbo, buscando en todas partes. Yendo de una persona a otra. No quería ser una chica de cama… pero no sabía en realidad lo que quería. Ahora creo que lo he encontrado. Quizá no debiera decírtelo; te pondrás otra vez furioso. Tengo un amuleto que me sirvió para atraerte, Janet Sibley me lo proporcionó; fue muy buena al buscármelo. Yo anhelaba que tú me quisieras muchísimo.

Konklin sonrió y se inclinó para besarla.

Abruptamente, silenciosamente, la muchacha se borró de la existencia. Una sábana de deslumbrantes llamas blancas llenó la habitación en torno de él; no había nada más, sólo el frío fuego centelleante que lo llenaba todo, un universo de cegadora incandescencia que devoraba todas las formas y todos los seres, no dejando sino su propio ser flameante.

Konklin retrocedió aturdido y cayó en el lamiente mar de luz. Lloró, gritó lastimeramente, trató de huir arrastrándose, se acurrucó, gimió y se

contrajo. Buscaba inútilmente algo, algo a lo que agarrarse, de lo que suspenderse, pero sólo existía la extensión ilimitada de fosforescencia cegadora.

Y luego la voz comenzó.

Empezó profunda dentro de él floreciendo hasta la superficie en un vasto empuje. Su mera fuerza le dejó atontado. Se hundía, balbuciendo tonterías sin sentido, yaciendo en un montoncillo fetal, asombrado e indefenso, reducido a inerte y lisiado protoplasma. La voz tronaba en él y alrededor de él, un mundo de sonido y de fuego que le consumía completamente. Asemejaba él una almohadilla de despojos amontonados, una ruina carcomida, soplada por el infierno rabioso de energía viviente.

«Nave de la Tierra —decía la voz—. *¿Adónde vais? ¿Por qué estáis aquí?»*

El sonido temblaba a través de Konklin, mientras él yacía indefenso, aplastado en el lago de luz espumeante. La voz subía y bajaba como el fuego mismo, una masa pulsátil de cruda energía que le azotaba incansablemente, por dentro y por fuera.

«Esto está más allá de vuestro Sistema —retumbaba la voz a través de su machacado cerebro—*. Habéis salido fuera. ¿Comprendéis eso? Este es el espacio intermedio, el vacío entre vuestro Sistema y el mío. ¿Por qué habéis venido tan lejos? ¿Qué es lo que estáis buscando?»*

En la cabina de control, Groves luchaba desesperadamente contra la corriente de furia que barría su cuerpo y su mente. Estaba aplastado y ciego contra la mesa de navegación; los instrumentos y las cartas caían y bailaban alrededor de él como chispas ardientes. La voz continuaba áspera, sin pausa, rugiendo en ella una ardorosa arrogancia, un enorme desprecio hacia los seres a quienes hablaba.

«¡Frágiles terráqueos que os habéis aventurado hasta aquí, volved a vuestro propio sistema! Volved a vuestro pequeño Universo ordenado, a vuestra estricta civilización. ¡Apartaos de las regiones que no conocéis! ¡Apartaos de las tinieblas y de los monstruos!»

Groves se desplomó sobre el escotillón. Agitándose débilmente, consiguió arrastrarse desde la cabina hacia el corredor. La voz llegaba de nuevo, un estallido de pura fuerza que lo estrujaba contra la envoltura de la nave.

«Veo que buscáis el Décimo Planeta de vuestro Sistema, el legendario Disco Llameante. ¿Para qué lo buscáis? ¿Qué queréis de él?»

Groves se contrajo de terror. Sabía ahora lo que era aquello. Las *Voces*, profetizadas en el libro de Preston. Una esperanza desesperada prendió en Groves. *Las Voces que guiaban...* Abrió la boca para hablar pero el atronador rugido le cortó salvajemente.

«Disco Llameante es nuestro mundo. Conducido por nosotros a través del espacio hasta este Sistema. Puesto en movimiento aquí, para dar vueltas eternamente en torno a vuestro Sol. No tenéis derecho alguno a él. ¿Cuál es vuestro propósito? Somos curiosos».

Groves trató de dirigir sus pensamientos hacia el exterior. En un instante brevísimo y vertiginoso trató de proyectar todas sus esperanzas y planes, todas las necesidades de la raza, el vasto anhelo de la Humanidad...

«Tal vez —contestó la voz—. *Consideraremos y analizaremos vuestros pensamientos verbalizados... y vuestros impulsos submarginales. Debemos ser cuidadosos. Podríamos desintegrar vuestra nave, si quisiéramos*. —Hubo una pausa momentánea, y luego la voz continuó reflexivamente—: *No por ahora, al menos. Debemos tomarnos tiempo».*

Groves llegó por fin a la habitación de la hipervisión. Tropezó con el transmisor; el aparato era una forma vaga bailando más allá del filo de fuego blanco. Sus dedos se lanzaron sobre las palancas: circuitos cerrados se agruparon automáticamente en sus puestos.

—Cartwright —jadeó.

A través del vacío la señal radiante se abrió camino hasta el monitor del Directorio en Plutón y de allí a Urano. De planeta en planeta, la pequeña señal de llamada fue en relé directo hasta las oficinas de Batavia.

«Disco Llameante fue colocado dentro de vuestro Sistema por una razón» —*continuaba la gran voz.*

Se detuvo como si estuviera consultando con invisibles compañeros.

«El contacto entre nuestras razas podría llevarnos a un nuevo nivel de integración cultural —*siguió diciendo por fin*—. Pero debemos…».

Groves se inclinó sobre el transmisor. La imagen era demasiado remota; sus ojos deslumbrados no llegaban a captarla. Rezó fervientemente para que la señal estuviera abriéndose camino y que allá en Batavia, Cartwright estuviese viendo lo que él veía, oyendo la vasta voz atronadora que él oía, comprendiendo las palabras espantosas, pero al mismo tiempo increíblemente esperanzadoras.

«Debemos estudiaros —*continuaba la voz*—. Debemos saber más acerca de vosotros. No decidimos las cosas rápidamente. Mientras vuestra nave está siendo guiada hacia Disco Llameante tomaremos una decisión. Determinaremos si vamos a destruiros o si vamos a guiaros sanos y salvos hasta Disco Llameante, hasta una conclusión feliz de vuestro viaje».

Reese Verrick aceptó la presurosa llamada del técnico en hipervisión.

—Venga —le disparó a Herb Moore—. Se trata del tipo que va en la nave de Cartwright. Una transmisión enviada a Batavia, algo importante.

Sentados ante la pantalla que los técnicos de hipervisión habían montado en Farben, Verrick y Moore contemplaron la escena con asombro incrédulo. Groves, una figura en miniatura perdida entre cilindros de llamas, se veía reducido al tamaño de un insecto indefenso por efecto de la explosión de pura energía que jugaba en torno a él. Del altavoz colocado sobre la pantalla, la voz atronadora, distorsionada y velada por millones de kilómetros de espacio, estaba atronando.

«…nuestra advertencia. Si intentáis oponeros a nuestros esfuerzos amistosos en guiar a vuestra nave, si tratáis de navegar por vuestra cuenta, entonces no podemos prometeros…».

—¿Qué es eso? —Graznó Verrick, con la cara blanca, atónito—. ¿Es esto un amaño? ¿Están confabulados con la central para deslumbrarnos con esta escena? —Empezó a temblar—. ¿O es que realmente…?

—Cállese ahora —gruñó Moore.

Echó una rápida mirada en torno.

—¿Está registrando esto una cinta?

Verrick asintió con la mandíbula caída.

—¿Qué monstruosidad es ésta, en nombre de Dios? Había todas esas leyendas y rumores de seres fabulosos por allá lejos, pero nunca me las creí. ¡Nunca creí que pudiesen ser verdaderas!

Moore examinó la cinta registradora de la visión y de la audición y luego se volvió bruscamente hacia Verrick.

—Usted cree que es una manifestación sobrenatural. ¿No es así?

—Es de otra civilización —balbuceó Verrick con reverencia y terror—. Esto es increíble. Hemos tomado contacto con otra raza.

—Desde luego que es increíble —dijo Moore mordazmente.

Tan pronto como la transmisión cesó, y la pantalla se quedó muda en un negro silencio, desenganchó las bandas registradoras y salió con ellas presuroso desde los edificios Farben hasta la Biblioteca de Información Pública.

Al cabo de una hora el análisis había llegado de los principales órganos de Investigación de Ginebra. Moore recogió el informe y se lo llevó a Reese Verrick.

—Mire esto. —Soltó el informe en medio de la mesa de Verrick, dando un golpetazo—. Alguien está engañando a alguien, pero no estoy seguro de quién es.

Verrick parpadeó confuso.

—¿Qué es eso? ¿Qué dice? ¿Es esa voz...?

—Era la de John Preston. —Había una expresión peculiar en el rostro de Moore—. Una vez grabó parte de su *«Unicornio»*; la Biblioteca de Información ha puesto la cinta y ha oído, juntamente con instantáneas de la hipervisión para que podamos comparar. No cabe absolutamente ninguna duda.

Verrick boqueó estúpidamente.

—No comprendo. Explíquemelo.

—John Preston está allí. Está aguardando a esa nave y ahora ha hecho contacto con ella. La guiará hasta el Disco.

—¡Pero Preston murió hace ciento cincuenta años!

Moore se echó a reír ásperamente.

—No se deje engañar. Ordene que abran la cripta lo más pronto posible y lo comprenderá todo. *John Preston está vivo todavía.*

X

El robot McMillan se movía lánguidamente arriba y abajo del pasillo recogiendo los billetes. Por encima el sol de mediados del verano caía a plomo y era reflejado por la brillante envoltura plateada del esbelto cohete intercontinental de pasajeros. Abajo, el inmenso azul del océano Pacífico se ensanchaba, una superficie eterna de color y de luz.

—Realmente es muy bonito —le dijo el muchacho de pajizos cabellos a la linda muchacha sentada junto a él—. Me refiero al océano. La forma que tiene de mezclarse con el cielo. Poco más o menos la Tierra es el planeta más hermoso del Sistema.

La muchacha se quitó sus lentes portátiles de televisión, parpadeó ante el brillo súbito de la luz natural del sol, y miró confusa fuera de la ventanilla.

—Sí, es bonito —admitió tímidamente.

Era una muchacha muy joven; no podría tener más de dieciocho años a lo sumo. Tenía pechos pequeños y erguidos, el cabello corto y rizado, un halo de oscuro color anaranjado, el último matiz de la moda, alrededor de su cuello esbelto y de sus rasgos de fino corte. Se ruborizó y volvió rápidamente a sus oculares de televisión.

Junto a ella, el inofensivo joven de ojos claros sacó su paquete de cigarrillos, cogió uno, y luego, cortésmente, le ofreció a la muchacha el paquete encajado en una pitillera de oro.

Librodot

—Gracias —dijo ella nerviosamente, con voz ahogada mientras sus uñas carmesíes sacaban el cigarrillo—. Gracias —dijo de nuevo cuando el joven hizo funcionar el encendedor de oro.

—¿Va usted muy lejos? —preguntó el muchacho.

—A Pekín. Creo que tengo un empleo en la Colina Soong. Bueno, por lo menos me han llamado para celebrar una entrevista. —Luchaba con su bolso microscópico—. Tengo el aviso no sé dónde. Quizás usted pueda echar una ojeada y decirme lo que significa; no entiendo todas las frases legales que suelen usar. —Añadió rápidamente—: Desde luego, cuando llegue a Batavia, entonces Walter podrá...

—¿Su clasificado?

El rubor de la muchacha se acentuó.

—Sí, clase 11-76. No es mucho, pero algo ayuda. —Apresuradamente se limpió la ceniza de su chal bordado y de su pecho derecho—. Conseguí mi clasificación precisamente el mes pasado. —Después de vacilar un poco, preguntó—: ¿Está usted clasificado? Conozco a algunas personas que son bastante quisquillosas, especialmente las qué no están...

El joven señaló a su manga.

—Clase 56-3.

—Parece usted tan... cínico.

El muchacho desplegó su delgada risa incolora.

—Quizá lo soy. —Miró a la joven benignamente—. ¿Cómo se llama usted?

—Margaret Lloyd —contestó ella bajando los ojos tímidamente.

—Me llamo Keith Pellig —dijo el joven con voz aún más delgada y seca que antes.

La muchacha se quedó pensativa unos momentos.

—¿Keith Pellig? —Por un instante su frente lisa se arrugó de una manera nada natural—. ¿Creo que he oído antes ese nombre, podrá ser?

—Es posible. —Había un regocijo irónico en la voz átona—. Pero no tiene importancia. No se preocupe por eso.

—Siempre me fastidia no recordar las cosas. —Ahora que sabía el nombre del muchacho, estaba permitido hablar con franqueza—. No habría conseguido mi clasificación a no ser porque estoy viviendo con una persona muy importante. Se reunirá conmigo en Batavia. —Orgullo mezclado con modestia se mostraba en su rostro inocente—. Walter fue el que me arregló las cosas. Yo nunca habría sabido hacerlo.

—Debe de ser un chico listo —dijo Keith Pellig.

El robot McMillan se deslizó junto a ellos y extendió su garra. Margaret Lloyd entregó rápidamente su billete y Keith Pellig hizo lo mismo.

—Se le saluda, hermano —dijo Pellig crípticamente al robot mientras su billete era taladrado y devuelto.

Después de que el robot desapareció, Margaret Lloyd siguió preguntando:

—¿Adónde va usted?

—A Batavia.

—¿Por cuestión de negocios?

—Yo lo llamaría así —sonrió Pellig sin gusto—. Cuando lleve allí algún tiempo podré decir que es un viaje de placer. Mi humor cambia.

—Habla usted de una manera muy rara —dijo la muchacha, desconcertada y algo más que impresionada por las complejidades de un hombre más viejo que ella.

—Soy una persona rara. Algunas veces apenas sé lo que voy a hacer o

decir en el minuto siguiente. Algunas veces me parezco a mí mismo un desconocido. Algunas veces lo que hago me sorprende y no puedo comprender por qué lo hago. —Pellig apagó su cigarrillo aplastándolo en el cenicero y encendió otro; la sonrisa irónica había abandonado su rostro que aparecía oscuro y turbado, mientras sus palabras fueron aflojándose poco a poco hasta salir penosamente y con intensidad—. Es una gran vida, si uno no se debilita.

—¿Qué significa eso? Nunca he oído esa frase.

—Es una frase de un viejo manuscrito. —Por encima de ella, Pellig miró por el amplio ventanal al océano que se extendía abajo—. Llegaremos pronto. Suba conmigo al bar y la invitaré a beber algo.

Margaret Lloyd temblaba de miedo y excitación.

—¿Será correcto? —Se sentía terriblemente halagada—. Quiero decir que, como estoy viviendo con Walter y...

—Es perfecto —dijo Pellig, poniéndose en pie y moviéndose luego por el pasillo con las manos hundidas en los bolsillos—. Incluso la invitaré a usted a dos bebidas. Suponiendo que todavía sepa quien es usted cuando lleguemos arriba.

Peter Wakeman se tragó un vaso de jugo de tomate, se estremeció y empujó el análisis al otro lado de la mesa del desayuno, hacia Cartwright.

—Es realmente Preston. No se trata de ningún ser sobrenatural de otro Sistema.

Los dedos torpes de Cartwright juguetearon sin objeto con su taza de café.

—No puedo creerlo.

Rita O'Neill le tocó el brazo.

—Eso es lo que él quería dar a entender en el libro. Tenía el proyecto de quedarse allí para guiarnos. *Las Voces.*

Wakeman estaba absorto en sus pensamientos.

—Lo que me interesa es otra cosa. Unos pocos minutos antes de que nuestra llamada llegase a la Biblioteca de Información, se recibió otra llamada para un análisis idéntico.

Cartwright se incorporó con una sacudida.

—¿Qué significa eso?

—No lo sé. Dicen que las bandas de sonido y de visión les fueron enviadas para el análisis y consistían substancialmente en el mismo material que enviamos nosotros. Pero no saben de quién proceden.

—¿No puede usted decir nada? —preguntó Rita O'Neill inquieta.

—Ante todo ellos saben en realidad quien pidió la primera solicitud de información. Pero no quieren decirlo. Eso me da mucho que pensar. Estoy madurando la idea de enviar a unos cuantos miembros del Cuerpo para que exploren a los oficiales que tienen acceso al departamento en cuestión.

Cartwright hizo con la mano un gesto de impaciencia.

—Deje ahora eso. Tenemos cosas más importantes de las que preocuparnos. ¿Hay noticias sobre Pellig?

Wakeman pareció sorprendido.

—Únicamente que se supone que ha salido de la Colina Farben.

El rostro de Cartwright se contrajo.

—¿No han podido ustedes establecer contacto?

La mano de Rita se apretó consoladoramente sobre la suya. Wakeman siguió diciendo:

—Establecerán contacto cuando penetre en la zona protegida. Todavía está afuera.

—¿Por el amor de Dios, no pueden ustedes salir y atraparlo? ¿Es que van a quedarse sentados aquí a esperar que llegue? —Cartwright movió la cabeza cansadamente—. Lo siento, Wakeman. Ya sé que hemos hablado de esto miles de veces.

Wakeman se sentía embarazado, pero no por él mismo. Se sentía embarazado a causa de Leon Cartwright. En los últimos días desde que Cartwright se había convertido en Examinador Jefe, se había producido en él un cambio corrosivo. Cartwright estaba allí sentado, contrayéndose y gesticulando ante su taza de café, convertido en un hombre encorvado, muy viejo, y poseído de un pánico mortal. Tenía el rostro sombrío y estragado por el cansancio. Sus pálidos ojos azules brillaban temerosos. Una y otra vez hacía intenciones de hablar, luego cambiaba de ideas y se hundía en una nube de silencio.

—Cartwright —dijo Wakeman blandamente—, está usted en baja forma.

Cartwright le miró centelleando.

—Un hombre viene aquí, públicamente y a plena luz del día, para matarme, con la aprobación cordial de todo el sistema. Las personas del mundo entero sentadas y jaleándole, retrepadas frente a sus aparatos de televisión, mirando y aguardando los resultados. A ver quién es el ganador de este... *deporte nacional*. ¿Cómo diablos ha de parecerme esto?

—No es más que un hombre —dijo Wakeman con calma—. No tiene más poder que usted. En realidad, usted tiene a todo el Cuerpo defendiéndole y a todos los recursos del Directorio.

—Pero es que, si le cogemos, luego habrá otro. Un arroyo incesante.

—Cada Examinador tiene que afrontar esto —replicó Wakeman enarcando las cejas—. Creí que todo lo que usted quería era permanecer vivo hasta que la nave estuviera a salvo.

El rostro gris y exhausto de Cartwright era respuesta suficiente.

—Quiero estar vivo. ¿Hay algo malo en eso? —Cartwright se enderezó y obligó a sus manos a que se estuvieran quietas—. Pero usted tiene razón, naturalmente. —Sonrió con torpeza, medio disculpándose—. Trate de verlo como yo. Usted lleva lidiando con estos asesinos toda su vida. Para mí esto es una cosa nueva; no he sido más que una persona insignificante, anónima, completamente apartada de la curiosidad pública. Ahora me veo encadenado aquí bajo un reflector de diez mil millones de *watios*. Un blanco perfecto... —Se alzó su voz—. ¡Y están tratando de matarme! En nombre de Dios, ¿cuál es la estrategia de ustedes? ¿Qué van a hacer para defenderme?

Está lamentablemente asustado, pensó Wakeman. Está perdiendo todo control. Ya no le importa un comino su nave. Sin embargo, por eso está aquí en primer lugar.

A la mente de Wakeman llegaron los pensamientos de respuesta de Shaeffer. Shaeffer estaba en su mesa al otro lado del edificio del Directorio, actuando como nudo de unión entre Wakeman y el Cuerpo.

«Este es el momento de caer sobre él. Aunque no creo realmente que Pellig esté muy cerca. Pero, en vista del patronazgo de Verrick, deberíamos dejar un amplio margen de error».

«Cierto —replicó Wakeman con el pensamiento—. Oye, otra cosa interesante: en cualquier otro momento Cartwright se habría sentido abrumado al enterarse de que John Preston está vivo. Ahora sólo le concede

a eso una atención pasajera. Y puede suponer que la nave ha llegado a su destino».

«¿Tú crees que existe un Disco Llameante?»

«Evidentemente. Pero eso no es incumbencia nuestra. —Secamente. Wakeman pensó—: Y por lo visto, tampoco es incumbencia de Cartwright. Se las arregló para llegar a ser Examinador Jefe con objeto de facilitarle a la nave el que pudiera viajar tranquila hasta el Disco Llameante. Pero ahora que tiene que afrontar de verdad la situación, ve que es una trampa mortal».

Wakeman se volvió hacia Cartwright y le habló en voz alta:

—Bueno, está bien, Leon. Prepárate: vamos a sacarte de aquí. Nos sobra tiempo. Todavía no hay ningún informe sobre Pellig.

Cartwright parpadeó y luego se le quedó mirando suspicazmente.

—¿Para ir a dónde? Yo creía que la cámara de defensa de Verrick serviría para...

—Verrick supone que la usarás; es donde hará la primera prueba. Vamos a sacarte completamente de la Tierra —explicó, insistiendo en el tuteo al que, en cierto modo, le daba derecho el pánico del otro—. El Cuerpo te ha preparado un retiro en la Luna. Está registrado como un balneario convencional para tratamientos psicopáticos. En realidad, es algo más complicado que las instalaciones de Verrick aquí en Batavia. Mientras que el Cuerpo lucha aquí con Pellig, tú estarás a 385.000 kilómetros de distancia.

Cartwright miró a Rita O'Neill con expresión indefensa.

—¿Qué hago? ¿Debo ir?

—Aquí en Batavia —dijo Wakeman— aterrizan cien naves por hora. Miles de personas salen de las Islas y entran en ellas; éste es el lugar más poblado del Universo. ¡Cristo, este es el centro funcional del Sistema de los Nueve Planetas! Pero en la Luna un ser humano constituye literalmente una verdadera rareza. Nuestro balneario está separado de los demás; nuestra Organización Defensiva adquirió el terreno en una zona indeseable. Estarás rodeado por miles de kilómetros de espacio lúgubre y sin aire. Si Keith Pellig consigue rastrearte hasta la Luna y llega andando con su voluminoso traje Farley, su contador Geiger, su cono de radar, su escafandra y su casco, creo que bien podremos tomarle el pelo.

Wakeman estaba procurando bromear, pero Cartwright no sonrió.

—Dicho de otra forma, que no podéis defenderme aquí.

Wakeman suspiró.

—Podremos defenderte mucho mejor si estás en la Luna. Se está bien allí. Lo hemos arreglado todo de una manera muy atractiva. Podrás nadar, jugar a lo que quieras, tomar baños de sol, descansar, incluso dormir. Podemos ponerte en un letargo pasajero hasta que descargue este golpe.

—No volvería a despertarme nunca —dijo Cartwright receloso.

Era como hablarle a un niño. Asustado, indefenso, el anciano había dejado de razonar. Había retrocedido todo el camino que llevaba a los procesos talámicos de una infancia terca y arcaica. Wakeman deseaba frenéticamente que fuera ya lo bastante tarde para poder tomar un trago. Se puso en pie y examinó su reloj.

—La señorita O'Neill irá contigo. —Puso la voz paciente pero firme—. También iré yo. En cualquier momento en que desees volver a la Tierra, podrás hacerlo. Pero te sugiero que veas las instalaciones que tenemos allí; decide después de conocerlas.

Cartwright vacilaba en una agonía de dudas.

Librodot

—Dices que Verrick no sabe nada sobre eso. ¿Estás seguro?

«Es mejor que le digas que estamos seguros —llegaron los pensamientos de Shaeffer hasta Wakeman—. Necesita certidumbre. No sirve de nada presentarle un montón de estadísticas en un momento así».

—Estamos seguros —dijo Wakeman en voz alta, sabiendo que expresaba una mentira a sangre fría.

Para Shaeffer, pensó silenciosamente:

«Espero que estaremos haciendo lo más acertado. Verrick probablemente sabe que existe ese refugio. Pero no importa; si las cosas funcionan bien, Pellig no saldrá de Batavia».

«Pero, ¿y si no funcionan bien? —rebotó el pensamiento tercamente».

«No es posible. Vuestra tarea consiste en detenerle. No es que yo esté realmente preocupado, pero me sentiré más tranquilo si las Colinas de Verrick no rodean por todas partes nuestra residencia».

El saloncito de tertulias de cohete de pasajeros resultaba coquetón y resplandeciente a fuerza de cromados. Keith Pellig se hallaba de pie junto a la señorita Lloyd mientras ésta procedía a tomar asiento torpemente en una de las profundas butacas tapizadas de peluche y posaba sus manos en la superficie de la mesa de plástico sin patas. Pellig se sentó frente a ella.

—¿Qué pasa? —preguntó la muchacha—. ¿Hay algo que esté mal?

—No —contestó Pellig malhumoradamente, después de examinar la lista de platos—. ¿Qué vas a hacer? Decídete pronto; casi estamos llegando.

La señorita Lloyd se sobresaltó y sus mejillas se arrebolaron. Aquel hombre bien parecido tenía el rostro sombrío y ceñudo; ella reprimió un deseo súbito de levantarse y volver corriendo a su asiento. El joven estaba portándose mal, de una manera insultante y sucia... pero el miedo angustioso de que ello pudiera deberse a algo que ella hubiese hecho, disolvió su resentimiento y la tornó más bien temerosa.

—¿De qué Colina es usted vasallo? —preguntó ella tímidamente.

El camarero McMillan surgió junto a ellos.

—¿Qué desea usted, señor o señora?

Dentro del cuerpo de Pellig, Ted Benteley yacía hundido en pensamientos tumultuosos. Pidió *bourbon* y agua para él y un *Tom Collins* para Margaret Lloyd. Apenas notó los dos vasos que el McMillan deslizaba ante ellos; pagó la cuenta automáticamente y empezó a beber.

La señorita Lloyd estaba balbuceando pueriles tonterías; se mostraba excitada con anticipación, brillaban sus ojos, resplandecían sus blancos dientes, centelleaba su cabello anaranjado como la llama de una vela. Todo se desperdiciaba sobre aquel hombre sentado frente a ella. Benteley permitió que los dedos de Pellig volviesen a colocar en la mesa el *bourbon* y el agua; jugueteó con el vaso y continuó reflexionando.

Mientras reflexionaba, el mecanismo se apagó. Silenciosamente, instantáneamente, se vio de regreso en los laboratorios Farben.

Fue un *shock*. Cerró los ojos y quedó colgado fuertemente de la banda circular de metal que ceñía a su cuerpo, un soporte y un foco de combinaciones. En su pantalla de hipervisión la escena que él acababa de abandonar se desarrollaba brillantemente. El cuerpo lanzaba una lámina microonda que salía despedida a corta distancia y era llevada por relés a través del canal de control hasta Farben en forma de una imagen visual. Una Margaret Lloyd en miniatura estaba sentada frente a un diminuto Keith

Librodot

Pellig, en un comedor microscópico. Sonidos pequeñísimos se filtraban por el extremo de audición del sistema conforme la señorita Lloyd, balbuceaba.

—¿Quién está dentro? —preguntó Benteley.

Herb Moore le hizo bajar cuando empezó a desprenderse del anillo protector de metal.

—¡No se mueva! A menos que quiera cerrar de golpe su psique y dejar la mitad por aquí.

—Ya entré antes. Ahora no me pasará nada.

—Tiene usted que esperar. Aguarde hasta que su sistema focal esté desconectado y se encuentre usted fuera del circuito.

En aquel momento, un botón rojo situado tres filas más abajo y cuatro a la derecha se iluminó. En la pantalla el operador estaba ya actuando; no hubo transición en el tiempo. Lo único que pasó, observó Benteley, fue que el otro, en su primer momento de *shock*, derramó su vaso de *bourbon*.

La cháchara de la señorita Lloyd se detuvo momentáneamente.

—¿Se siente usted bien? —le preguntó al cuerpo de Pellig—. Está usted tan pálido...

—Estoy perfectamente —murmuró el cuerpo de Pellig.

—Lo está haciendo muy bien —le dijo Moore a Benteley—. Es un amigo de usted, Al Davis.

Benteley permitió que la posición del botón luminoso se grabara en su mente.

—¿Qué botón es el de usted?

Moore no se dio por enterado de la pregunta.

—La conexión enciende el indicador de uno una fracción de segundo antes de que sea realmente trasladado. Si mantiene usted los ojos bien abiertos tendrá así una advertencia previa. Si se descuida puede verse en lo alto de una palmera haciéndole frente a unos cuantos telépatas armados.

—O puedo verme muerto —dijo Benteley—. ¿En este acertijo de instrumentos, a quién le toca quedarse de pie?

—El cuerpo no va a sufrir ningún daño. La misión que tiene es llegar hasta Cartwright y destrozarlo.

Los laboratorios están construyendo ya un segundo androide —contradijo Benteley—. Cuando éste quede destruido, ya tendrán ustedes otro listo para que sea reconocido por la Convención del Desafío.

—Suponiendo que algo vaya mal, el operador será recogido aquí de vuelta antes de que el cuerpo perezca. Puede usted calcular las probabilidades que existen de que usted se halle en el cuerpo en ese momento preciso. Una de veinticuatro y el cuarenta por ciento de las probabilidades de perder el cuerpo en absoluto.

—¿De verdad se alojará usted en ese pelele?

—Me alojaré lo mismo que usted.

Mientras Moore se movía inquieto hacia la salida de la cámara, Benteley preguntó:

—¿Qué le sucede a mi cuerpo verdadero mientras yo estoy fuera?

—Tan pronto como queda usted despedido, estas piezas entran en acción —dijo Moore señalando la maquinaria que llenaba la cámara metálica—. Todo esto mantiene el funcionamiento del cuerpo: proporciona el aire, comprueba la presión de la sangre, el ritmo cardíaco, compensa los desgastes, alimenta, absorbe agua, en una palabra, hace todo lo necesario.

La puerta se cerró con un golpe. Benteley se vio sólo en el cubículo erizado

Librodot

de máquinas.

En la pantalla, Al Davis estaba invitando a la muchacha a una segunda bebida. Ni él ni la señorita Lloyd tenían mucho que decir: el sonido que llegaba al altavoz era una confusión de ruidos multitudinarios y tintineo de vasos. Benteley captó una ojeada a través de la ventana microscópica del vehículo de pasajeros, y su corazón se oprimió. La nave estaba acercándose al brillante Imperio Indonésico, el mayor conjunto en funcionamiento de seres humanos en el Sistema de los Nueve Planetas.

No era difícil figurarse a los telépatas dando los últimos toques a la mecánica de su red de intercepción. Una imagen del primer contacto: un telépata que ronda por el aeródromo o que maneja un fechador como un funcionario insignificante cualquiera en el despacho de los billetes. O una telépata que da vueltas con el atuendo usual de las chicas de cama que salen al encuentro de las naves recién llegadas. O un niño telépata cogido de la mano de sus padres. O un hombre terriblemente viejo, un veterano de alguna guerra local, sentado débilmente a la sombra con una manta sobre las rodillas.

Alguien, en algún sitio. Lo que tenía el aspecto de ser una barra de labios, un trozo de arropía, un espejo, un periódico, una moneda, un pañuelo. La variedad de armas de alta precisión era infinita.

En la pantalla, los pasajeros del transporte estaban poniéndose en pie perezosamente, preparándose a desembarcar. Había siempre aquel momento de incertidumbre y tensión cuando el esbelto cohete descendía; luego, el suspiro de alivio cuando los reactores dejaban de funcionar y las puertas de desembarco empezaban a abrirse.

Keith Pellig se puso en pie torpemente e hizo algunos movimientos vagos hacia Margaret Lloyd. Los dos se unieron a la multitud lenta que iba bajando por la rampa hasta la escalerilla de pasajeros. Davis lo estaba haciendo bastante bien; una vez tropezó, pero eso fue todo. Benteley miraba ansiosamente el detallado esquema de los edificios del Directorio en Batavia. El aeródromo estaba enlazado directamente con el terreno del edificio principal; la posición de Pellig se indicaba ya en el esquema mediante un movible alfiler coloreado.

Existía, aunque ningún alfiler mostrase su posición, la red de los telépatas. Sin esfuerzo, Benteley podía calcular la prontitud con que se establecería el primer contacto entre Pellig, el androide, y la red telepática. Era cuestión de minutos que podían contarse con los dedos de una mano.

Wakeman dio las órdenes necesarias para que el cohete plus-C fuese traído a la superficie desde su hangar subterráneo. Se sirvió un trago de whisky, lo sorbeteó ansiosamente, y luego conferenció con Shaeffer.

«Dentro de una hora Batavia será un callejón sin salida para Pellig. Poned el anzuelo pero no tirad».

La apresurada respuesta de Shaeffer le rebotó súbita.

«Nos llega ahora un informe relativo sobre Pellig. Embarcó en un transporte intercontinental directo en Bremen. Pasaje hasta Java. Se dirige a algún sitio entre Batavia y Europa».

«¿No se conoce la nave?»

«Tiene un billete indistinto. Pero podemos suponer que ya ha despegado».

Wakeman se apresuró a subir a las habitaciones particulares de Cartwright. Estaba empaquetando sus cosas con la ayuda de dos robots

McMillan y de Rita O'Neill. Rita estaba pálida y en tensión, pero dueña de sí. Se dedicaba a examinar cintas de informes con un explorador de alta velocidad, eligiendo los que le parecían valiosos. Wakeman se sorprendió a sí mismo sonriendo ante la esbelta y eficiente figura entre cuyos pechos bailaba un talismán de pie de gato.

—Agárrelo bien —le dijo Wakeman a Rita, señalando al pie de gato.

Ella alzó la mirada rápidamente.

—Hay noticias.

—Pellig se presentará de un momento a otro. Los transportes aterrizan continuamente; tenemos allí a alguien encargado de la vigilancia. Nuestra propia nave está ya casi lista. —Señaló a las cosas por empaquetar de Cartwright—. ¿Quiere usted que la ayude?

Cartwright intervino en aquel momento:

—Oye, no quiero que me cojan en mitad del espacio. No me hace gracia.

Wakeman se sintió atónito ante las palabras y ante los pensamientos que captaba tras ellas. Un miedo desnudo temblaba lastimeramente en el cerebro del anciano, subiendo desde las capas más profundas.

—No seremos atrapados en el espacio —dijo Wakeman rápidamente, no había tiempo para más dimes y diretes—. La nave es el más reciente plus-C de prueba, el primero de la serie. Llegaremos casi instantáneamente. Nadie puede parar a un pIus-C una vez que se pone en movimiento.

Los grises labios de Cartwright se torcieron.

—¿Es una idea acertada esa de dividir el Cuerpo? Dijiste que algunos se quedarían aquí y que otros vendrían con nosotros. Y yo sé que no podéis detectar a tan gran distancia. ¿No sería mejor…?

—¡Maldito sea! —exclamó Rita O'Neill explosivamente, dejando caer el brazado de cintas—. ¡Deja de portarte de esa manera! ¡No es propio de ti!

Cartwright rezongó lastimeramente y empezó a manipular con su montón de camisas.

—Haré lo que tú digas, Wakeman. Confío en ti.

Siguió guardando sus cosas con torpeza, pero de su mente aterrorizada y perpleja rezumbaban los zarcillos volubles de su pánico atávico, primitivo y ansioso. Era algo que se iba hinchando y ha riéndose más fuerte por momentos: el afán abrumador de precipitarse dentro del despacho interior reforzado que Verrick había construido, y encerrarse allí a cal y canto. Wakeman titubeo cuando se sintió alcanzado por el crudo pánico primario, por el deseo frenético de labrarse un regreso al útero. Con deliberación apartó su mente de la de Cartwright a la de Rita O'Neill.

Al hacer esto, Wakeman sufrió otro *shock*. De manera directa, una tenue y delgada columna de odio irradió hasta él desde la mente de la muchacha. Empezó a desmenuzarla a toda prisa, sorprendido y desconcertado por lo súbito del fenómeno: no lo había visto antes.

Rita vio la expresión en su rostro, y sus pensamientos cambiaron. Con sensibilidad y rapidez, había percibido su exploración; ahora estaba pensando en el zumbido que tenía en las orejas mientras manipulaba el explorador. Se lo pasó á él; se vio ensordecido por el rugir furioso de voces, discursos, conferencias, partes de libros de Preston, argumentos, comentarios…

—¿Qué pasa? —le preguntó a la muchacha—. ¿Qué es lo que va mal?

Rita no dijo nada, pero sus labios se apretaron hasta quedársele blanco. Abruptamente dio media vuelta y salió corriendo de la habitación.

—Puedo decirte lo que es —explicó Cartwright con voz ronca.

Abatió las tapas de sus abolladas maletas y las cerró.

—Te echa en cara esto.

—¿Qué?

Cartwright cogió en peso las dos maletas y las trasladó lentamente junto a la puerta del vestíbulo.

—Mira, yo soy su tío. Ella siempre me ha visto en el pináculo, lleno de autoridad, dando órdenes y haciendo planes. Ahora me veo metido en cosas que no entiendo. —Su voz murió en un murmullo turbado—. Situaciones que no puedo controlar. Tengo que depender de ti. —Se apartó a un lado torpemente para dejar que Wakeman abriese la puerta—. Supongo que he cambiado desde que llegué aquí. Ella se siente decepcionada... y te echa a ti la culpa.

—¡Oh! —dijo Wakeman.

Empezó a andar detrás de Cartwright, dándose cuenta de dos cosas: que no comprendía a la gente tan bien como él creía; y que, por fin, Cartwright había decidido hacer lo sugerido por el Cuerpo.

La nave plus-C estaba dispuesta en la plataforma de emergencia en el centro del edificio principal. Tan pronto como Cartwright y su sobrina y el grupo de telépatas entraran los cierres de la envoltura se deslizarían suavemente hasta colocarse en sus sitios y se ceñirían con fuerza. El tejado del edificio quedaría atrás y el cielo brillante del mediodía resplandecería abajo.

—Esta es una nave pequeña —observó Cartwright.

Se había puesto pálido y tenía un aire enfermizo; sus manos temblaban mientras se amarraba a su asiento.

—Un diseño interesante.

Wakeman ató rápidamente el cinturón de Rita y luego el suyo propio. Ella no le dijo nada; la sombra de hostilidad parecía haberse dulcificado un tanto.

—Podremos echar un sueñecito durante el vuelo. La nave está gobernada por robots.

Wakeman se retrepó en su asiento y pensó la señal de puesta en marcha dirigida al intrincado mecanismo que estaba bajo ellos. Los sensibles relés respondieron, la maquinaria se agitó y, en algún sitio cercano, reactores de alta potencia cobraron vida con un rugido estridente.

Con la nave respondiendo ya a sus pensamientos, Wakeman se dedicó al lujo de imaginarse una vasta extensión de acero y plástico de su propio cuerpo de hombrecillo esmirriado. Se relajo y saboreó el limpio y esbelto tirón de la carrera a medida que la nave iba calentándose y rodando sobre la pista. Era una nave hermosa; la primera que se había hecho sobre el modelo y los diseños originales.

—Usted sabe muy bien cómo yo siento —le dijo Rita O'Neill de pronto, arrancándole de su bienestar pasajero—. Estuvo usted explorándome.

—Sé cómo sentía usted. No creo que siga sintiendo aún de la misma manera.

—Tal vez no; no lo sé. No tiene sentido censurarle a usted. Está cumpliendo su misión lo mejor que puede.

—Creo —dijo Wakeman— que estoy haciendo lo más acertado. Me parece que domino la situación. —Aguardó un momento—. Bueno, ¿está todo? La nave está lista para despegar.

Cartwright se las arregló para asentir.

—Estoy dispuesto.

Wakeman meditó unos momentos.

«¿Alguna señal?» —pensó hacia Shaeffer.

«Se acerca otro cohete de pasajeros —le rebotó el rápido pensamiento—. De un momento a otro cruzará la barrera detectora».

Pellig llegaría a Batavia; eso estaba claro. Buscaría a Cartwright; también eso era seguro. La incógnita era la localización y muerte de Pellig. Podía suponerse que, si lograba burlar a la red telepática, averiguaría la existencia del refugio lunar. Y si localizaba el refugio…

«No disponemos de protección de ninguna clase en la Luna —pensó Wakeman hacia Shaeffer—. Al llevarle allí renunciamos a toda defensa positiva».

«Es verdad —admitió Shaeffer—. Pero creo que atraparemos a Pellig aquí en Batavia. Una vez que establezcamos contacto, claro está».

Wakeman decidió.

«Está bien. Correremos el albur; las probabilidades son bastante buenas».

Dio la señal mental y la nave alzó el morro hasta colocarse en posición para el despegue. Garras automáticas la situaron en rumbo hacia su destino, quedando colgado lúgubremente el pálido ojo muerto en el cielo del mediodía. Wakeman cerró los ojos e impuso una relajación adecuada en los músculos de su cuerpo.

La nave se movió. Primero hubo el empuje regular de las turbinas, luego el furioso despliegue de energía cuando el motor del plus-C cobró vida, encendido por la suelta rutinaria de fuerza.

Por un momento la astronave se cernió sobre los edificios del Directorio, resplandeciente y titubeante. Luego, prendida la impulsión del plus-C, la nave en un instante se alejó de la superficie con un fogonazo de cegadora velocidad que arrojó ondas oscuras de inconsciencia sobre la gente que había dentro.

A medida que la oscuridad iba absorbiendo incansablemente a Peter Wakeman, una vaga oleada de satisfacción iba pasando por su mente arremolinada. Keith Pellig no encontraría nada en Batavia, nada, sino su propia muerte. La estrategia del Cuerpo estaba funcionando.

En el momento en que la señal de Wakeman enviaba a la resplandeciente astronave plus-C lejos de Batavia, el transporte regular intercontinental se detenía para un pequeño alto en el aeródromo espacial y descorría sus compuertas.

Con un grupo de hombres de negocios y viajeros abonados, Keith Pellig bajó ansiosamente por la rampa metálica y emergió a la luz solar, parpadeando y mirando excitadamente a su alrededor, en su primera visión de los edificios del Directorio, el interminable arroyo humano y del tráfico y la red al acecho de los telépatas.

XI

A las cinco treinta de la mañana, el pesado cohete de la Compañía de Construcciones se posó en el centro de lo que antiguamente había sido Londres. Frente al vehículo y tras él se desparramaron pequeños transportes

Librodot

y partidas sueltas de guardias armados. Rápidamente, desplegaron y tomaron posiciones para interceptar a posibles patrullas del Directorio.

En el espacio de pocos momentos, fue rodeado el viejo edificio donde se hallaban las oficinas de la Sociedad Prestoniana.

Reese Verrick, con pesado abrigo de lana y botas, bajó y siguió a sus trabajadores por la acera y junto al edificio. El aire estaba frío y mordiente; edificios y calles estaban mojados con la humedad de la noche, grises estructuras silenciosas sin ningún signo de vida.

—Este es el sitio —le dijo el capataz a Verrick—. Poseen este viejo granero. —Señalaba al corral, lleno de desechos y basuras—. El monumento está ahí.

Verrick pasó delante del capataz, por el desvencijado sendero, hasta el patio. Los trabajadores estaban ya derribando el monumento de acero y de plástico. El amarilloso cubo de plástico que constituía la cripta de John Preston había sido bajado y estaba ahora sobre el helado hormigón entre jirones de trapo y de papel que se había ido acumulando durante meses. Dentro de la cripta traslúcida, la forma reseca se había torcido ligeramente a un lado; el rostro estaba oscurecido por un codo de tuberías entre los cristales y la nariz.

—Así pues, ¿ese es John Preston? —dijo Verrick pensativamente.

El capataz se agachó y empezó a examinar los sellos de la cripta.

—Naturalmente es una cámara de vacío. Si la abrimos aquí se pulverizará totalmente.

Verrick vaciló.

—Está bien —admitió con renuencia—. Llevaos todas las cosas a los laboratorios. Lo abriremos allí.

La cuadrilla de trabajadores que había entrado en el edificio apareció con brazados de panfletos, cintas magnetofónicas, discos, muebles, mezclas abigarradas, ropas, incontables cajas de papel basto y de artículos de imprenta.

—Toda la casa es un almacén —dijo uno de ellos al capataz—. Tiene montones hasta el techo. Parece que existe una pared falsa y una especie de sala de reuniones subterráneas. Estamos abriendo un hueco en la pared para entrar allí.

Aquel era el apartado Cuartel General desde el que la Sociedad había estado operando. Verrick entró en el edificio y se halló en la oficina principal. La cuadrilla de trabajadores estaba recogiendo todo lo que se ofrecía a la vista; sólo dejaban las desnudas paredes con manchas de humedad, rudas y sucias. De la oficina se pasaba a un vestíbulo amarillento. Verrick entró allí y pasó junto a una polvorienta fotografía de John Preston manchada de moscas y que todavía colgaba entre algunas perchas polvorientas.

—No olvidéis de eso —le dijo al capataz—. De ese cuadro.

Por debajo del cuadro habían derribado ya un trozo de pared. Un rudimentario pasillo falso corría paralelo al vestíbulo; los trabajadores husmeaban en torno, buscando alguna otra entrada adicional.

—Supongamos que tiene que haber una salida de urgencia —explicó el capataz—. Ahora vamos a buscarla.

Verrick cruzó los brazos y estudió la fotografía de John Preston. Preston había sido un hombre pequeño, como la mayor parte de los chiflados. Era una esmirriada y pálida criatura con orejas prominentes y rizadas de las que tiraban pesadas gafas con armadura de concha. Se veía un mechón salvaje de cabello gris oscuro, áspero y sin recortar ni peinar, y labios pequeños y

femeninos. Su cuadrada barbilla no era prominente, pero tenía una dureza de resolución. Tenía la nariz torcida y aplastada; una saliente nuez y el cuello endeble se alzaban sobre su camisa manchada de comida.

Verrick se sentía atraído por los ojos de Preston: ásperos, llameantes, dos insobornables órbitas aceradas flameando detrás de los gruesos lentes. Preston fulminaba, furioso de cólera, como un antiguo profeta. Tenía en alto una mano crispada, doblados los dedos por la artritis. Era un gesto de desafío, pero más de *indicación*. Los ojos centelleaban fieramente ante Verrick; su viveza le sorprendió. Incluso detrás del grueso y polvoriento cristal de la fotografía, los ojos se mostraban llenos de fuego y de vida y de excitación febril Preston había sido un tullido con aire de pájaro, un encorvado erudito medio ciego, astrónomo y lingüista... Y, *¿qué otra cosa?*

—Hemos localizado el pasillo de escape —dijo el capataz de Verrick—. Conduce a un garaje público barato subterráneo. Probablemente venían y se iban en coches ordinarios. Este edificio parece haber sido su único Cuartel General. Tenían una especie de *clubs* repartidos por la Tierra, pero se reunían en apartamentos particulares y no más de dos o tres miembros por sesión.

—¿Está todo cargado? —preguntó Verrick.

—Todo listo para la marcha: la cripta, los materiales que hemos encontrado en el edificio y una colección de instantáneas de la distribución de los locales, por si nos hace falta para futuras referencias.

Verrick siguió a su capataz hasta la nave de la Compañía de Construcciones. Pocos momentos más tarde estaban de regreso en Farben.

Herb Moore apareció inmediatamente, cuando el cubo amarilloso estaba siendo colocado en una mesa de trabajo del laboratorio.

—¿Es esta su cripta? —preguntó.

—Creí que estaría usted enganchado en la maquinaria de Pellig —dijo Verrick, quitándose el abrigo.

Moore no le echó cuenta y empezó a frotar la suciedad que se veía en el escudo traslúcido que cubría al marchito cuerpo de John Preston.

—Levanten esto —ordenó a sus técnicos.

—Está ya viejo —protestó uno de ellos—. Hemos de trabajar con cuidado o se convertirá en polvo.

Moore cogió una herramienta y empezó a apartar el escudo por la base.

—Un cuerno, polvo. Probablemente construyó esto para que durara un millón de años.

El escudo saltó en astillas, frágil y reseco por el tiempo. Moore lo quitó de un tirón y lo estrelló contra el suelo. Del cubo abierto salió una nube de aire musgoso y rancio; remolinos de polvo bailaron ante las caras de Moore y de sus ayudantes haciéndoles toser y retroceder. Alrededor de la mesa de trabajo chirriaban máquinas cinematográficas, recogiendo un informe permanente sobre el procedimiento y los materiales examinados.

Moore hizo impaciente una señal. Dos McMillans alzaron el encogido cuerpo del cubo hueco y lo mantuvieron suspendido al nivel de los ojos sobre su superficie de fuerza magnética. Moore manipuló en el rostro del cuerpo con una sonda puntiaguda; de pronto agarró el brazo derecho y estiró. El brazo salió sin resistencia y Moore se vio empuñándolo estúpidamente.

El cuerpo era un pelele de plástico.

—¿Ve usted? —gritó—. ¡Una imitación!

Arrojó el brazo violentamente; uno de los McMillans lo cogió antes de que llegara al suelo. En donde el brazo había estado insertado, quedó abierta una grieta oscura. El mismo cuerpo era hueco. Lo soportaban costillas de metal, cuidadosas riostras colocadas por un constructor aventajado.

Moore daba vueltas en torno con el rostro sombrío y meditativo sin decirle nada a Verrick, mientras lo examinaba por todos los lados. Por último agarró el mechón de cabellos y tiró. La cubierta craneana salió, dejando al descubierto un hemisferio metálico de aspecto sombrío. Moore tendió la peluca a uno de los robots y luego se volvió de espaldas al objeto.

—Tiene el mismo aspecto que la fotografía —dijo Verrick admirativamente.

Moore se echó a reír.

—¡Naturalmente! Primero se hizo el pelele y después lo fotografiaron. Pero probablemente ese era el aspecto que tenía Preston. —Sus ojos chispearon— . Que tiene, quiero decir.

Eleanor Stevens se destacó del grupo que presenciaba la escena y se aproximó al pelele cautelosamente.

—Pero, ¿tiene esto algo de nuevo? Tu trabajo llega mucho más allá. Es de suponer que Preston adaptase los papeles de McMillan de la misma manera que tú hiciste. Construyó un sintético de sí mismo igual que tú has construido a Pellig.

—Lo que nosotros oímos —replicó Moore— era la voz auténtica de Preston. No se trataba de un medio vocal construido artificialmente. No hay dos voces que tengan el mismo registro magnetofónico. Aunque haya modelado un sintético sobre su propio cuerpo...

—¿Crees que esté todavía vivo en su propio cuerpo? —preguntó Eleanor—. ¡Eso no es posible!

Moore no contestó. Estaba mirando sombría y fijamente el pelele de John Preston; había agarrado de nuevo el brazo y maquinalmente hacía funcionar los dedos artificiales uno por uno. La expresión en su rostro no era nada que Eleanor hubiese visto antes en toda su vida.

—Mi androide —dijo Moore muy débilmente— vivirá un año. Luego se echará a perder. Eso será todo lo que pueda durar.

—¡Demonios —gruñó Verrick—, si no hemos destrozado a Cartwright, nos habremos lucido de todas maneras!

—¿Estás tú seguro de que un sintético no podría construirse con tanta exactitud como para dar el pego a las cintas magnetofónicas y visuales? —preguntó Eleanor mirando a Moore intensamente.

—Yo no sé hacerlo —confesó con sencillez. Había una nota extraña en su voz.

»Si puede hacerse, que me aspen si entiendo cómo. —De pronto, se sacudió y se precipitó hacia la puerta del laboratorio—. Pellig estará entrando ahora en la red defensiva telepática. Quiero quedar integrado en el aparato cuando suceda eso.

Verrick y Eleanor le siguieron rápidamente, olvidando el androide de John Preston.

—Esto va a ser muy interesante —dijo Verrick concisamente mientras se dirigía a toda prisa a su despacho.

La esperanza brillaba en su pesado rostro mientras rápidamente conectaba la pantalla que los técnicos de hipervisión habían montado para él. Con Eleanor de pie, muy nerviosa, a sus espaldas, Verrick se dispuso a contemplar a Keith Pellig en el momento en que descendiese del transporte

intercontinental en el aeropuerto de Batavia.

Keith Pellig inhaló una profunda bocanada de cálido aire nuevo y luego miró a su alrededor.

Picoteando excitadamente, Margaret Lloyd se precipitó por la rampa detrás de él.

—Quiero que conozca usted a Walter, señor Pellig. Ha de estar por aquí. ¡Oh, Dios mío! Con tantísima gente...

El aeropuerto estaba abarrotado. Salían viajeros de los transportes, hordas de burócratas del Directorio guardaban cola para ser transportados a sus casas. Grupos ceñudos de aventureros aguardaban naves interespaciales. Había montones de equipaje y afanosos McMillans por todas partes, y un constante remolino de ruidos y actividad furiosa, de voces y de rugidos de naves cohete, de altavoces públicos, y el estrépito de coches y autobuses de superficies.

Al Davis notaba todo aquello mientras seguía alojado en el cuerpo de Pellig y aguardaba cansadamente que la señorita Lloyd viniera a ponerse a su altura. Cuanto más gente, mejor: el océano de sonido oscurecía su propia personalidad mental.

—Allí está —jadeó Margaret Lloyd, temblándole los pechos, brillantes los ojos y embelesada por el espectáculo.

Empezó a hacer señales frenéticamente.

—¡Mire, ya nos ha visto! ¡Viene para acá!

Un hombre de rostro delgado, bien rebasada la cuarentena, iba bordeando solemnemente los compactos de gente charlatana, risueña y sudorosa. Tenía un aire paciente y aburrido, un típico oficial clasificado del Directorio, parte del vasto ejército de oficinistas.

Hizo una señal a la señorita Lloyd y gritó algo, pero sus palabras se perdieron en medio del rugido general.

—Podríamos comer en algún sitio —propuso la señorita Lloyd a Pellig—. ¿Conoce usted algún lugar bonito? Walter lo conocerá sin duda; está enterado de todo. Lleva aquí muchísimo tiempo y realmente siempre...

Su voz se desvaneció momentáneamente cuando un camión gigante pasó por su lado.

Davis no estaba escuchando. Debía seguir adelante; tenía que desprenderse de la muchacha charlatana y de su maduro compañero y empezar a dirigirse a los edificios del Directorio. Bajo su manga, y dentro de su mano derecha, se desparramaba el delgado alambre que ponía en movimiento su pistola de pulgar. El primer encontronazo con Cartwright. El primer momento en que el Examinador Jefe apareciera frente a él... un rápido movimiento de su mano, alzado el pulgar, la oleada de pura energía suelta...

En aquel momento sorprendió la expresión pintada en el rostro de Walter...

Ciegamente Al Davis movió el cuerpo de Pellig entre la gente apelotonada, hacia la calle y las líneas de coches de superficie. Desde luego, Walter era un telépata. El instante de reconocimiento resultó evidente y había captado las ideas de Davis, y su conciso programa de asesinato. Un grupo de gente los separó y el cuerpo de Pellig se precipitó con torpeza hacia unos carriles. Dando un salto, Davis los cruzó y se vio en la acera.

Miró a su alrededor y sintió pánico. Detrás de él, Walter venía presuroso.

Librodot

Davis bajó de la acera. *Tenía que seguir moviéndose*. Llegó a un cruce y se lanzó al otro lado. Los coches de superficie bramaron a su alrededor; los ignoró y siguió corriendo.

El impacto total estaba empezando a alcanzarle. Cualquiera de ellos podría ser un telépata. La noticia iba circulando, transmitida de una mente a otra. La red telepática era un anillo conectado; él había tropezado con la primera estación y aquello era el disparadero. No tenía objeto querer dejar atrás a Walter; el siguiente telépata se alzaría ante él y le interceptaría el paso.

Se detuvo, luego se coló en una tienda. Se vio rodeado de artículos y materiales, un deslumbrante despliegue de colores y mezclas en todo su alrededor. Unas cuantas mujeres bien vestidas estaban examinando y comprando lánguidamente. Rebasó un mostrador hacia una puerta trasera.

En la puerta, un dependiente le cortó el paso, un hombre gordo vestido de azul, sudándole la cara enrojecida de indignación.

—¡Oiga, no puede usted pasar por aquí! ¿Quién diablos es usted?

Su cuerpo gordo se interponía en el camino.

La mente de Davis funcionó frenéticamente. De una manera confusa percibió, más bien que vio, al grupo de figuras que iba entrando tranquilamente por la angosta puerta situada a su espalda. Se agachó como un toro y se lanzó luego sobre el dependiente atónito al que derribó en un pasillo situado entre los mostradores. Atropello a una vieja aterrorizada y emergió al otro lado de una vasta fila de maniquíes que revolvió frenéticamente descubriéndoles la anatomía. ¿Qué había a continuación? En las dos puertas estaba gente; se había metido en una trampa. Pensó vertiginosa, desesperadamente. ¿Qué iba a hacer?

Mientras estaba tratando de decidirse, un chasquido silencioso le levantó en alto y le sacudió violentamente contra el anillo protector que rodeaba a su verdadero cuerpo. Estaba de regreso en Farben.

Ante sus ojos corría un Pellig en miniatura, saltando en la pequeña pantalla. El siguiente operador estaba ya trabajando por resolver el problema de la escapatoria, pero Davis no se sentía interesado. Se hundió torpemente en su silla y permitió que el complejo revoltijo de alambres unido a su cuerpo *verdadero*, le librara de los estallidos de adrenalina que embarazaban su pecho y su corazón.

Otro botón rojo, no el suyo, se había iluminado. Podía permitirse el lujo de ignorar los gritos estridentes que le raspaban en los oídos; durante algún tiempo, otra persona tendría que buscar la respuesta. Davis trató de llevarse la mano al talismán abrochado por dentro de su camisa, pero el anillo protector le detuvo. No importaba: ya estaba a salvo.

En la pantalla, Keith Pellig se lanzaba a través de la lámina de plástico del escaparate de la lujosa tienda de tejidos y caía a la calle. La gente gritaba horrorizada; se producía pandemónium y confusión.

El gordo dependiente de cara colorada se había puesto en pie y estaba quieto como si se hubiese convertido en piedra. Mientras todo el mundo corría alrededor frenéticamente, él permanecía inmóvil, temblándole los labios, agitándosele el cuerpo en espasmos convulsivos. La saliva caía de sus gruesos labios. Sus ojos giraban hacia dentro. De pronto se desmayó en un montón fofo.

La escena cambió cuando Pellig consiguió escapar del tropel de gente reunida frente al escaparate destrozado. El dependiente había desaparecido.

Librodot

Al Davis se sintió intrigado. ¿Habría matado Pellig al pobre hombre? Pellig corría desalado por la acera; su cuerpo estaba construido para el movimiento rápido. Volvió una esquina, vaciló y desapareció luego dentro de un teatro público.

El teatro estaba a oscuras. Pellig se movía confuso: una mala estrategia, pensó Davis. La oscuridad no afectaría a los telépatas, que no dependían de la vista, sino del contacto telepático. La mente del operador aparecía tan clara en la oscuridad como en plena luz del día; y los movimientos del cuerpo carecían de vigor.

El operador se dio cuenta entonces de su equivocación y buscó una salida. Pero ya formas vagas estaban moviéndose en pos de él. Las figuras sospechosas sólo eran visibles en parte. Pellig vaciló, luego se metió en un retrete. Una mujer le siguió hasta la puerta y se detuvo brevemente. En aquel intervalo, Pellig se abrió camino a través de la pared del retrete con su pistola de pulgar y emergió a la avenida que corría detrás del teatro.

El muchacho se quedó en pie pensando, tratando de decidirse. La vasta forma del edificio del Directorio se alzaba al frente, una torre de oro que recogía la luz del mediodía, devolviéndola en chispas. Pellig hizo una inhalación profunda y jadeante y empezó a caminar hacia ella a un trotecillo flojo...

Y el botón encarnado cambió.

El cuerpo se tambaleó. El nuevo operador, aturdido por la sorpresa, luchó por recobrar el control. El cuerpo tropezó con un montón de basura, luchó por mantenerse en pie, y luego siguió corriendo adelante. Nadie seguía. No había perseguidores visibles. El cuerpo llegó a una calle afanosa, miró en torno, y luego llamó a un taxi público dirigido por robot.

Un momento más tarde, el coche rugía en dirección a la torre del Directorio. Otros coches y gentes quedaban atrás a medida que iba ganando velocidad. En la parte trasera, Pellig se había puesto cómodo contra los blandos cojines del asiento, con el rostro plácido. Este operador estaba adquiriendo más y más confianza rápidamente. Con indolencia, encendió un cigarrillo y se dedicó a examinar las calles que iban dejando atrás. Se limpió las uñas, se agachó para tocar una quemadura que tenía en la pernera del pantalón, trató de entablar conversación con el chofer robot, y luego se retrepó confortablemente.

Algo extraño estaba sucediendo. Davis volvió los ojos hacia el esquema de localización que mostraba la relación en distancia del cuerpo con las oficinas del Directorio. *El cuerpo había ido demasiado lejos*. Había sucedido lo increíble, la red telepática no había logrado detenerle.

—¿Por qué?

El sudor empezó a rezumar en las palmas de las manos y en las axilas de Davis. Una náusea descorazonadora corrió por su cuerpo. Quizás aquello iba a dar resultado. Quizás el cuerpo conseguiría llegar hasta el fin.

Calmosamente, confiadamente, recostado en el asiento trasero del taxi, Keith Pellig se encaminaba hacia las oficinas del Directorio, con su pistola de pulgar descansando indolentemente en su regazo.

El Comandante Shaeffer estaba en pie frente a su mesa y temblaba de espanto.

«No es posible —redoblaban los desorganizados pensamientos del miembro del Cuerpo que le estaba más cercano—. No, *no* es posible».

«Tiene que haber una razón —consiguió pensar Shaeffer en respuesta».

«Le perdimos. —Incrédulos, temerosos, los pensamientos iban y venían a través de las mallas de la red—. ¡Shaeffer, le perdimos! Walter Remington le captó en cuanto bajó de la nave. Le tenía. Atrapó el síndrome completo. La pistola de pulgar del asesino, su miedo, su estrategia, sus características personales. Y luego...».

«Luego le dejasteis escapar».

«*¡Shaeffer, desapareció!* —Un creciente arroyo de incredulidad—. De pronto, se fue. Se desvaneció en el aire. Te digo que *no le perdimos*. En el segundo escalón dejó de existir».

«¿Cómo?»

«No lo sé. —Había en el hombre un desconcierto lastimero—. Remington se lo pasó a Allison en la tienda de tejidos. Las impresiones llegaban tan claras como el cristal; no podía caber duda. El asesino empezó a correr por la tienda. Allison mantenía el contacto con toda facilidad; sus pensamientos se interceptaban en el camino de los pensamientos del asesino, esa ruta de trazo bien marcado».

«Debe de haber levantado un escudo».

«No hubo disminución alguna. La personalidad entera se quitó de en medio instantáneamente, no meramente los pensamientos».

La mente de Shaeffer se zambullía con rabia.

«Nunca nos ha pasado antes. —Se puso a maldecir con una voz fuerte y salvaje que sacudió a los objetos que tenía sobre la mesa—. Y Wakeman en la luna. No podemos ponernos en contacto telepático con él. Tendré que usar la hipervisión corriente. Para decirle algo terriblemente falso. Para decirle que el asesino se desvaneció en el aire».

Shaeffer corrió a la cámara de transmisiones. Mientras estaba poniendo en funcionamiento el circuito cerrado con el balneario de la Luna, un nuevo flujo de excitados pensamientos le sobresaltó.

«¡Le he detectado! —Una ansiosa mujer del Cuerpo, cuyos pensamientos eran transmitidos por relés a lo largo de toda la red—. ¡Le tengo!»

«¿Dónde estás?»

Una diversidad de insistentes demandas corría arriba y abajo por la red. Se producían rápidas y urgentes llamadas a medida que los frenéticos telépatas se congregaban para actuar.

«¿Dónde está el asesino?»

«En el teatro. Cerca del guardarropas. —Rápidas, deslavazadas instrucciones—. Está entrando en el urinario de los hombres. Sólo está de mí a unos pocos metros, ¿debo entrar? Puedo fácilmente...».

El pensamiento se interrumpió.

Shaeffer lanzó una ráfaga devastadora de desesperación y rabia a través de la red.

«¡Siga!»

¡Silencio! Y luego... la mente chilló.

Shaeffer se llevó fútilmente las manos a la cabeza y cerró los ojos. Gradualmente la tormenta fue amainando. Arriba y abajo de la red la violencia rodaba y lamía. Una mente y otra estaban aplastadas, cogidas en cortocircuitos, oscurecidas por la sobrecarga. Un dolor desgarrador pasaba por toda la tela de araña de los telépatas y revertía a la mente original.

«Tres en fila».

«¿Dónde está el asesino? —gritó Shaeffer—. ¿Qué ha sucedido?»

La estación siguiente respondió muy débil:

«Ella le perdió. Se ha salido de la red. Muerta, supongo. Calcinada. —Perplejidad—. Estoy en la zona, pero no consigo detectar a la mente con la que ella estaba en contacto. ¡La mente que ella estaba explorando ha desaparecido!»

Shaeffer logró localizar a Peter Wakeman en la pantalla de la hipervisión.

—¡Peter —graznó—, estamos derrotados!

—¿Qué quieres decir? ¡Si ni siquiera Cartwright está allí!

—Detectamos al asesino y le perdimos luego. Volvimos a detectarle más tarde, pocos minutos más tarde, en otro sitio. Peter, *ha rebasado ya tres estaciones*. Y todavía continúa moviéndose. ¿Cómo es que...?

—Escúchame —le interrumpió Wakeman—. Una vez que contacte con su mente, deben seguirle a toda costa. Cierra las filas; síguele hasta que la próxima estación se haga cargo. Tal vez tú estás demasiado lejos. Tal vez...

«Ya le tengo —vino un pensamiento a Shaeffer—. Está cerca de mí. Le encontraré; está muy cerca».

La red acusó excitación y ansiedad.

«Estoy persiguiendo algo extraño. —Duda mezclada con curiosidad, y a continuación un asombro incrédulo—. Debe de haber más de un asesino. Pero eso no es posible. —Excitación creciente—. Puedo verle realmente. Pellig está saliendo de un coche, anda por la calle delante de mí. Va a entrar en el edificio del Directorio por la puerta principal; todo está escrito en su mente. Le mataré. Se ha parado por una señal del tráfico. Ahora piensa cruzar la calle y dirigirse a...».

Nada.

Shaeffer aguardaba. Y todavía nada.

«¿Le mataste? —preguntó—. ¿Está muerto?»

«¡Se ha ido! —El pensamiento llegaba histérico y gimoteante—. Está enfrente de mí y al mismo tiempo se ha ido. Está aquí y no está aquí. ¿Quién es usted? ¿A quién quiere ver? El señor Cartwright no está aquí ahora. ¿Cómo se llama usted? Es usted el mismo hombre que yo... o hay... que nosotros no, afuera, caso de...».

El telépata dañado prorrumpió en infantiles balbuceos, y Shaeffer le dejó fuera de la red. Aquello no tenía sentido. No era posible. Keith Pellig estaba todavía allí, en pie cara a cara de un hombre del Cuerpo, a una distancia apropiada para darle muerte con toda facilidad..., sin embargo, Keith Pellig había desaparecido de la faz de la tierra.

Ante la pantalla erigida para seguir los progresos del asesino, Verrick se volvió hacia Eleanor Stevens.

—Estábamos equivocados. Esto está funcionando mejor de lo que habíamos calculado. ¿Por qué?

—Suponte que tú estuvieras hablando conmigo —dijo Eleanor intensamente—. Sosteniendo una conversación. Y suponte que yo desapareciera totalmente. Y que en mi lugar apareciera una persona completamente distinta.

—Una persona diferente físicamente —admitió Verrick—. Sí.

—Ni siquiera una mujer. Un muchacho o un viejo. Algún *cuerpo* radicalmente distinto que continuase la conversación como si tal cosa.

—Ya comprendo —dijo Verrick ávidamente.

—Los telépatas descansan en la relación telepática —explicó Eleanor—, no

en la imagen visual. La mente de cada persona tiene un sabor único. El telépata obra por contacto mental, y si éste se rompe... —El rostro de la muchacha estaba contraído—. Reese, creo que los estás volviendo locos.

Verrick se levantó y se retiró de la pantalla.

—Quédate a mirar un poco más.

—No —rehusó Eleanor con un estremecimiento—. No quiero verlo.

Un zumbador sonó en la mesa de Verrick.

—La lista de las salidas de naves desde Batavia —le dijo un monitor—. Cuenta total de tiempo y destinos en la hora última. Especialmente subrayados los vuelos sin regreso.

—Está bien —asintió Verrick vagamente, aceptando la hoja de metal y uniéndola al desorden amontonado sobre su mesa—. ¡Dios! —le dijo roncamente a Eleanor—. No puede tardar mucho.

Calmosamente, con las manos en los bolsillos, Keith Pellig iba subiendo la ancha escalera de mármol situada en la entrada principal del edificio central del Directorio en Batavia directamente hacia la *suite* de oficinas interiores de Leon Cartwright.

XII

Peter Wakeman había cometido un error.

Durante largo rato estuvo sentado dejando empaparse por el convencimiento de su equivocación. Con dedos temblorosos, sacó una botella de whisky de su maleta y se preparó un trago. En el vaso había una espumilla de *protona* seca. Lo arrojó por una ranura para desperdicios y se puso a beber torpemente en la botella misma. Luego se levantó y se dirigió en ascensor al piso superior del balneario.

Guardianes del Cuerpo, vestidos con brillantes colores de vacaciones, estaban holgándose y disfrutando alrededor de una amplia piscina de centelleante agua azulada. Sobre ellos, una cúpula de plástico transparente conservaba el aire interior, impregnado de un fresco aroma primaveral, defendiéndoles contra el vacío lúgubre del paisaje lunar. Risas, salpicones de cuerpos ágiles, calidoscopios de telas y carnes desnudas, se agitaron a su paso mientras cruzaba la pasarela.

Rita O'Neill había salido del agua y estaba tomando indolentemente un baño de sol, un poco apartada del grupo principal de gente. Su esbelto cuerpo desnudo brillaba mojadamente a la luz cálida que se filtraba por las lentes de la cúpula protectora. Cuándo vio a Wakeman se incorporó ansiosa, dejando que el cabello se le derramase en cascadas sobre su espalda y sus hombros morenos.

—¿Van bien las cosas? —preguntó.

Wakeman se dejó caer en un sillón playero. Se le acercó un McMillan, y automáticamente eligió de su bandeja una bebida anticuada.

—He estado hablando con Batavia, con Shaeffer —dijo.

Rita cogió un cepillo y empezó a alisarse la pesada nube de cabellos. Una ducha de brillantes gotas fue cubriendo la parte del solarium donde se hallaba sentada.

—¿Qué novedades tenía? —preguntó con el tono más natural que le fue posible conseguir, aunque sus grandes ojos se mostraban sombríos y serios.

Wakeman sorbió su bebida perezosamente y dejó que la brillantez cálida

del sol le arrullara casi en una soñanrrera. No lejos, el grupo de alegres bañistas saltaba a la piscina, reía y jugaba en el agua impregnada de cloro. Un enorme y resplandeciente balón se alzó por el aire y quedó planeando como una esfera viviente antes de volver a caer al alcance de un guardia de blanquísima dentadura. Sobre su toalla, el cuerpo de Rita era una forma deslumbrante de morenos y negros, líneas esbeltas de carne moldeada con la firmeza y maduro vigor de la juventud.

—No consiguen cerrarle el paso —dijo Wakeman.

En su estómago, el whisky había formado un terrón congelado que le llegaba, frío y duro, hasta los riñones.

—Estará aquí dentro de poco. Hice mal mis cálculos.

Los negros ojos de Rita se agrandaron. Por un momento dejó de cepillarse el cabello, luego empezó de nuevo, lenta y metódicamente. Se echó la cabellera hacia atrás y se puso en pie.

—¿Sabe él ya que Leon está aquí?

—Todavía no. Pero sólo es cuestión de tiempo.

—¿Y no podemos defenderle aquí?

—Podemos probar. Tal vez me sea posible averiguar qué es lo que ha funcionado mal. Puede que me llegue más información sobre Keith Pellig.

—¿Va a llevarse usted a Leon a alguna otra parte?

—No vale la pena. Este sitio es tan bueno como cualquier otro. Por lo pronto no hay muchas mentes a la que sea necesario explorar.

Wakeman se puso en pie envaradamente y apartó su vaso medio lleno. Se sentía viejo y le dolían los huesos.

—Voy a ir abajo, y revisaré las cintas que tenemos acerca de Herb Moore, especialmente las que sacamos el día que fue a hablar con Cartwright. Tal vez me sea posible deducir algo.

Rita se envolvió en su albornoz y ató el cordón en torno a su estrecha cintura. Metió los pies en las zapatillas de baño y recogió el cepillo, las gafas de sol y la pomada.

—¿De cuánto tiempo disponemos antes de que llegue aquí?

—Lo mejor será que nos preparemos ahora mismo. Las cosas van demasiado aprisa. Demasiado aprisa para que resulte nada bueno. Parece como si todo se estuviera... descomponiendo.

—Espero que podrá usted hacer algo. —La voz de Rita sonaba tranquila y refrenada—. Leon está descansando. Le convencí de que debía acostarse; el doctor le hizo tomar no sé qué para dormir.

Wakeman empezó a disculparse.

—Hice lo que creí más acertado. Seguramente he dejado algún cabo suelto. Está claro que hemos de luchar con algo mucho más complejo y astuto de lo que pensábamos.

—Debió usted dejar que Leon obrara por su cuenta —dijo Rita—. Le quitó usted la iniciativa de las manos. Es usted como Verrick y el resto de ellos. No han creído nunca que él pudiera arreglárselas. Le trató usted como a un chiquillo hasta que él cedió y llegó a creérselo.

—Pararé a Pellig —dijo Wakeman con calma—. Corregiré los errores. Descubriré dónde está la equivocación y le detendré en algún sitio, antes de que pueda llegar hasta su tío. No es Verrick quien está llevando los hilos de esto. Verrick nunca podría hacer nada a derechas. Tiene que ser Moore.

—Es una mala cosa —dijo Rita— que Moore no esté a nuestro lado.

—Lo pararé —repitió Wakeman—. De alguna manera, con el

procedimiento que sea.

—Entre trago y trago, tal vez.

Rita se detuvo un momento para atarse el broche de las zapatillas y luego desapareció por una rampa descendente hacia las habitaciones particulares de Cartwright. No miró atrás.

Keith Pellig iba subiendo con aire confiado las amplias escaleras de mármol del edificio del Directorio. Caminaba rápidamente, manteniéndose al ritmo ligero de la multitud de burócratas clasificados, dejándose arrastrar con naturalidad hacia los ascensores y pasillos y oficinas. En el vestíbulo principal, Pellig se detuvo un momento para orientarse.

Con un clamor tumultuoso, los timbres de alarma se dispararon en todo el edificio.

El aire bonachón de visitantes y funcionarios desapareció de pronto. Los rostros perdieron su acogedora monotonía; en un segundo, la muchedumbre placentera se convirtió en una masa suspicaz, temerosa y hostil. Desde altavoces ocultos, ásperas voces mecánicas atronaban.

—¡Despejen el edificio! ¡Todo el mundo debe abandonar el edificio! —Las voces chillaban con una cacofonía ensordecedora—. ¡El asesino está en el edificio! ¡Todo el mundo debe salir!

Pellig se perdió en las arremolinadas olas de hombres y mujeres que se derramaban en torno con sequedad ceñuda. Caminó por los bordes, se internó luego, se abrió paso entre la masa, hacia el laberinto de pasillos que conducían lejos del vestíbulo central.Hubo un grito. Alguien le había reconocido. Hubo un tiroteo rápido, una apretura sombría de cuerpos contorsionados, cuando las pistolas se dispararon en un pánico demencial. Pellig escapó y continuó dando vueltas cautelosamente, manteniéndose en movimiento constante.

—¡El asesino está en el vestíbulo principal! —clamaban las voces mecánicas—. ¡Concéntrense en el vestíbulo principal!

—¡Aquí está! —vociferó un hombre.

Otros repitieron el rugido.

—¡Este es aquí!

Sobre el tejado del edificio, la primera ala de Transportes Militares estaba ya posándose. Se derramaban soldados vestidos de verde que empezaban a descender en los ascensores. Aparecieron armas pasadas y pertrechos, que cerraron el paso a los ascensores o se fijaron al nivel del suelo.

Frente a su pantalla, Reese Verrick se agitó un poco y le dijo a Eleanor Stevens:

—Están trabajando con gente no telépata. ¿Significa eso...?

—Significa que el Cuerpo ha sido derrotado —contestó Eleanor—. Están fuera de combate. Listos.

—Entonces van a localizar a Pellig visualmente. Eso va a anular el valor de nuestro artefacto.

—¡El asesino está en el vestíbulo! —rugían las voces mecánicas sobre el clamoreo general.

Corredores abajo, se deslizaban pesadas armas servidas por robots, brillando las pistolas como plumas. Los soldados desliaban rollos de cables de plástico de proyectores de mano en una red intrincada, en las bocas de los pasillos. Los funcionarios, excitados y rumorosos, veíanse empujados en manadas hacia la entrada principal del edificio. Fuera, los soldados estaban

montando un anillo de acero, un círculo de hombres y cañones. A medida que los funcionarios iban saliendo del edificio, iban siendo examinados visualmente uno por uno y luego se les dejaba pasar.

Pero Pellig no salía. Empezó a retroceder una vez más... y en aquel momento, el botón rojo saltó, y Pellig cambió de mente.

El operador que advenía ahora era vivaracho y audaz. Lo tenía todo pensado en el momento en que entró en el cuerpo sintético. Echándose a correr por un pasillo lateral, cruzó directamente junto a un torpe cañón McMillan que trataba de hacerse fuerte en el recodo. En el momento en que afianzaba el cierre, Pellig pasó. El cierre produjo a sus espaldas un chasquido siniestro y el pasillo se vio cortado por los disparos del arma robótica.

—¡El asesino ha salido del vestíbulo! —graznaban las voces mecánicas—. ¡Que quiten esa arma McMillan!

El cañón fue retirado rápidamente y empujado, chirriante y protestón, a un arsenal bien cerrado. Las tropas salieron corriendo detrás de Pellig mientras éste atravesaba a toda prisa oficinas desiertas, sin funcionarios ni ordenanzas, y pasillos amarillentos en los que resonaban golpetazos distantes.

La pistola de pulgar de Pellig se abrió camino a través de un muro y el fugitivo pudo penetrar en la antesala principal. La antesala se hallaba vacía y silenciosa. Estaba llena de butacas, de pantallas y de altavoces, de lujosas alfombras y de tapices..., pero ni un alma.

Ante su pantalla, Benteley se sobresaltó al recordarla. Aquella era la antesala en la que aguardó en tiempos para ver a Reese Verrick.

El cuerpo sintético del androide trotaba de despacho en despacho, una forma ondulante y lanzada que se iba abriendo a fuego vivo un camino de salvación sin que pareciera mostrarse emocionado ni preocupado. En determinado momento pasó por una sala de funcionarios que todavía estaban trabajando. Hombres y mujeres vociferantes se lanzaron salvajemente en busca de una salida. Las mesas fueron rápidamente abandonadas en el frenético lanzamiento hacia las puertas. Pellig ignoró a los aterrorizados trabajadores y siguió adelante, tocando apenas el suelo con los pies. En un punto crucial, casi pareció alzarse y volar por el aire, Mercurio de frío rostro y mojados cabellos.

El último despacho comercial quedó atrás. Pellig emergió ante el vasto tanque sellado que constituía la fortaleza íntima del Examinador Jefe. Retrocedió al ver que su pistola de pulgar disparaba inofensivamente contra la espesa superficie de rexeroide. Pellig retrocedió, desconcertado de momento.

—¡El asesino está en el despacho interior! —resonaban las voces mecánicas por encima y alrededor de él, a lo largo y a lo ancho de corredores, en todas las habitaciones del complicado edificio—. ¡Rodeadlo y destrozadlo!

Pellig se puso a correr en un círculo incierto... y una vez más el botón rojo cambió.

El nuevo operador vaciló, tropezó con una mesa, sostuvo de pié al cuerpo sintético y luego procedió a quemarse el camino junto a los costados del tanque de rexeroide.

En su despacho, Verrick se frotaba las manos con satisfacción.

—Ahora ya no puede durar mucho la cosa. ¿Es Moore quien está

Librodot

operando?

—No —contestó Eleanor después de examinar el tablero de indicaciones—. Es uno de su equipo.

El cuerpo sintético emitió una ráfaga supersónica. Una parte del tanque de rexeroide se desgajó, y el pasillo secreto quedó al descubierto. El cuerpo se precipitó por allí sin vacilación.

Bajo sus pies, cápsulas de gas se hinchaban y reventaban inútilmente. El cuerpo no respiraba.

Verrick se echó a reír como un niño excitado.

—¿Ves? No pueden pararle. Está ya *dentro*. —Se balanceaba arriba y abajo y golpeaba con los puños sobre sus rodillas—. Ahora lo matará. ¡Ahora!

Pero el tanque de rexeroide, la maciza fortaleza interior, con su arsenal de armas y su equipo de hipervisión, estaba vacío.

Verrick lanzó una maldición exasperadamente frenética.

—¡No está ahí! ¡Se ha ido! —Su rostro pesado aparecía derretido por el desengaño—. ¡Se lo han llevado, al grandísimo hijo de perra!

Frente a su propia pantalla, Herb Moore movía los controles con angustia convulsiva. Luces, indicadores, medidas y esferas, oscilaban salvajemente. Mientras tanto el cuerpo de Pellig permanecía clavado al suelo, los pies juntos, en la cámara desierta. Estaba allí la pesada mesa tras la cual Cartwright debería haber estado sentado. Todo lo que quedaba eran legajos, aparatos de alarma, pertrechos y máquinas. Pero Cartwright no estaba allí.

—¡Mantenedle al acecho! —vociferó Verrick—. ¡Cartwright debe estar por ahí cerca!

El sonido de la voz de Verrick raspó en los audífonos de Moore. Su mente trabajó con rapidez. En la pantalla, su técnico se veía que había infundido al cuerpo una desorientada actividad. El plano esquemático mostraba cómo el alfiler de Pellig estaba en el cogollo mismo del Directorio: el asesino había llegado, pero la presa no estaba.

—¡Ha sido una trampa! —chillaba Verrick en los oídos de Moore—. ¡Un anzuelo! ¡Ahora van a destruirle!

Sobre todos los costados del demolido cubo-fortaleza, tropas y armas estaban entrando en acción. Vastos recursos del Directorio respondiendo a las instrucciones presurosas de Shaeffer.

—¡El asesino está en el cubo interior! —atronaban triunfalmente los locutores mecánicos—. ¡Cercadlo y matadlo! ¡Coged al asesino! ¡Derribadlo y pateadlo!

Eleanor se inclinó sobre los hombros macizos y encorvados de Verrick.

—Le han dejado entrar adrede. Mira, ahora van a cazarle.

—¡Que se siga moviendo! —chilló Verrick—. ¡Por el amor de Dios, van a convertirlo en pavesas si se queda donde está!

Por el destrozado corredor que Pellig había cortado, las bocas de los cañones husmeaban inquisitivamente. Lentos pertrechos estaban organizando con solemnidad un desfile de muerte, tomándose su tiempo: no había prisa.

Pellig se movía confuso. Retrocedió por el pasillo fuera del cubo, luego corrió de puerta en puerta como un animal acorralado. Se detuvo una vez para calcinar a un cañón McMillan que se había aventurado demasiado cerca y estaba apuntando torpemente. El cañón se disolvió y Pellig saltó tras sus ruinas humeantes. Pero, más allá, el corredor estaba taponado de tropas

y de armas. Renunció y retrocedió.

Herb Moore lanzó hacia Verrick una frase de enojo.

—Han sacado a Cartwright de Batavia.

—Que lo busquen.

—No está ahí. Es una pérdida de tiempo —Moore pensó rápidamente—. Páseme usted su análisis de movimientos de naves desde Batavia. Especialmente en la hora última.

—Pero...

—Sabemos que estaba ahí hace una hora. ¡Aprisa!

La hoja metálica rodó desde su ranura a las manos de Moore. La cogió y examinó rápidamente los asientos y datos analíticos.

—Está en la Luna —dijo Moore—. Le han sacado en su astronave plus-C.

—No puede usted saberlo —replicó Verrick irritado—. Puede hallarse en cualquier tipo de refugio subterráneo.

Moore no le hizo caso y apretó un conmutador. Los botones saltaron excitados; el cuerpo de Moore se extendió blanduzco en un anillo protector.

Frente a su propia pantalla, Ted Benteley vio cómo el cuerpo de Pellig saltaba y se enrigidecía. Una palpitación pasaba por sus rasgos, un cambio sutil en el rostro descolorido. Un nuevo operador había entrado allí; el botón rojo se había movido por encima de Benteley.

El nuevo operador no malgastó el tiempo. Desintegró a un grupo de soldados y a un trozo de pared. El acero y el material de plástico se fundieron al mismo tiempo, burbujeando en una humareda acre. A través de la grieta, el cuerpo sintético se lanzó disparado, un proyectil de rostro inexpresivo subiendo en una trayectoria arqueada. Un momento más tarde, emergía del edificio y, todavía ganando velocidad, se precipitaba derechamente hacia el disco lúgubre de la Luna colgada en el cielo del atardecer.

Por debajo de Pellig, la Tierra se iba alejando. Él se movía ahora en el espacio libre.

Benteley se quedó paralizado frente a la pantalla. De pronto, todo encajaba y tenía un sentido. Mientras veía la carrera de aquel cuerpo entre cielos oscurecientes que iba perdiendo su color azul y aumentando en alfilerazos de estrellas sin titilaciones, comprendió lo que a él le había sucedido. No había sido ningún sueño. El cuerpo era una nave en miniatura, equipada en los laboratorios de reactores de Moore. Y —comprendió con un sobresalto de admiración— el cuerpo no necesitaba aire alguno. Ni reaccionaba ante temperaturas extremas. El cuerpo era capaz de realizar vuelos interplanetarios.

Peter Wakeman recibió la llamada de la hipervisión, hecha por Shaeffer, a los pocos segundos después de que Pellig hubiese salido de la Tierra.

—Se ha ido —murmuró Shaeffer—. Ha despegado en el espacio igual que un meteorito.

—¿Con rumbo a dónde? —preguntó Wakeman.

—Hacia la Luna. —El rostro de Shaeffer se hundió de pronto—. Tuvimos que darnos por vencidos. Llamamos a tropas regulares. El Cuerpo no podía hacer nada.

—Entonces, ¿puedo contar con que se presentará aquí en cualquier momento?

—En cualquier momento —dijo Shaeffer cansadamente—. Está en camino.

Wakeman cortó la conexión y volvió a sus cintas magnetofónicas y a sus informes. Su mesa era un caos alucinante de colillas, tazas de café y una botella, todavía no acabada, de whisky. Ahora no cabía duda alguna: Keith Pellig no era un ser humano. Se veía claramente que era un robot combinado con un reactor de alta velocidad, diseñado en los laboratorios experimentales de Moore. Pero aquello no explicaba la cambiante y evasiva personalidad que había desmoralizado al Cuerpo de telépatas. A menos que...

Una especie de mente múltiple iba y venía. Pellig era una personalidad fracturada, segmentada artificialmente en complejos desligados, cada uno de ellos con sus propias impulsiones, características, voliciones y estrategias. Shaeffer había tenido razón al convocar a tropas regulares no telepáticas.

Wakeman encendió un cigarrillo y, maquinalmente, se dedicó a acariciar su amuleto hasta que se le escapó de las manos y se le cayó sobre las cintas magnetofónicas apiladas en su mesa escritorio. *Casi lo tenía ya*. Si dispusiera de algún tiempo, unos cuantos días para meditar bien el asunto... Se levantó de pronto y se dirigió a un armario despensa.

—He aquí la situación —pensó dirigiéndose a los miembros del Cuerpo desperdigados en el balneario—. El asesino a sobrevivido a nuestra red de Batavia. Está en camino hacia la Luna.

Su anuncio provocó horror y desaliento. Se produjo una rápida desbandada desde los solariums y las piscinas, los dormitorios, las salas de estar y los bares.

—Quiero que todos los miembros del Cuerpo se pongan un traje Farley —continuó Wakeman—. Esto no ha dado resultado en Batavia, pero quiero que improviséis una red protectora. Hay que interceptar al asesino fuera de la cúpula.

Y radió todo lo que sabía sobre Pellig y todo lo que él creía. Los pensamientos respondedores le rebotaron instantáneamente.

«¿Un robot?»

«¿Un sintético de personalidad múltiple?»

«Entonces, no podremos guiarnos por el contacto mental. Tendremos que limitarnos a la apariencia visual de su físico».

«Podéis captar pensamientos de asesinato —corrigió Wakeman mientras se embutía en su traje Farley—. Pero no esperéis continuidad ninguna. Los procesos mentales quedarán cortados sin advertencia previa. Preparaos para ese choque; eso es lo que destrozó al Cuerpo de Batavia».

«¿Cada complejo separado trae consigo una nueva estrategia?»

«Eso parece».

La afirmación produjo estupor y sorpresa.

«¡Es fantástico! ¡Una ocurrencia brillantísima!»

«Localizadle —pensó Wakeman ceñudamente—, y dejadle muerto en el sitio. Tan pronto como sorprendáis el pensamiento asesino, convertidlo en cenizas. No aguardéis nada».

Wakeman inclinó la botella de whisky y se sirvió un último trago generoso de lo que había sido el *stock* particular de Verrick. Se colocó debidamente el casco de la escafandra Farley y conectó los tubos alimentadores de aire. Cogió un canastillo de alambre y se lanzó hacia uno de los esfínteres de salida de la cúpula del balneario.

La árida y desnuda extensión de desierto le produjo un shock. Se detuvo controlando su humedad y su gravedad, ajustándose a la visión de un

infinito de materia muerta.

La Luna era una llanura devastada y marchita. Había cráteres bostezantes en los lugares en que los meteoritos originales habían aplastado la vida del satélite. Nada se agitaba, ningún viento ningún temblor de polvo, ningún aleteo de vida. Adonde quiera que Wakeman mirase había sólo la embolsada extensión de desechos, amontonados despojos extendidos entre los acantilados semejantes a huesos de espinazo entre las grietas. El rostro de la Luna se había secado y arrugado. La piel, la carne, habían sido erosionadas y carcomidas por milenios de implacable abrasión. Sólo había quedado la calavera, vacías órbitas oculares y boca bostezante. Mientras Wakeman avanzaba con torpeza era como si estuviese caminando sobre las facciones de una cabeza de la muerte.

Tras él, el balneario centelleaba y relucía, una luminosa cúpula de calor, comodidad y descanso.

Mientras Wakeman se apresuraba a lo largo del paisaje desierto, un pensamiento anhelante empezó a martillar con júbilo en su cerebro.

«Peter, he dado con él! ¡Acaba de desembarcar a medio kilómetro de donde yo estoy!»

Wakeman empezó a correr torpemente sobre las piedras deslavazadas, con una mano en el arma de aspecto de canastillo.

«Manténte cerca de él —pensó a su vez—. Y tenle alejado de la cúpula».

El guardia se mostraba excitado e incrédulo.

«Alunizó como un meteorito. Yo estaba ya a kilómetro y medio de la cúpula cuando llegaron tus órdenes. Vi un fogonazo y me acerqué a investigar».

«¿A qué distancia estás ahora de la cúpula?»

«A unos cinco kilómetros».

Cinco kilómetros. Tan cerca estaba Keith Pellig de su presa. Wakeman aflojó su presión gravitatoria artificial hasta el mínimo y se lanzó adelante frenéticamente. Con grandes saltos y brincos cubrió la distancia que le separaba de su compañero; a sus espaldas, la reluciente cúpula de luz se empequeñecía y se borraba. Jadeando, esforzándose en respirar, volaba hacia el asesino.

Tropezó en una piedra y cayó de bruces en el suelo. Mientras luchaba por ponerse en pie, el estridente silbido del indicador de fugas de aire resonó en sus orejas. Con una mano sacó la cartera de reparaciones de urgencia; y con la otra buscó el arma. Había desaparecido. La había perdido, se la habría caído en cualquier parte entre los antiguos montones de desechos que tenía a su alrededor.

El aire se iba escapando rápidamente. Se olvidó de la pistola y se concentró en la tarea de parchar su traje Farley. El pegamento plástico se endureció instantáneamente, y el terrorífico zumbido en su auricular quedó cortado. Mientras empezaba a buscar frenéticamente entre los pedruscos y el polvo, una nueva sarta de pensamientos vino a golpearle con excitación.

«¡Se está moviendo! ¡Se dirige a la cúpula! Ha localizado el balneario».

Wakeman soltó una maldición y renunció a la búsqueda del arma. Inició un trotecillo saltarín hacia su compañero. Delante de él se interpuso una alta loma; la saltó y medio se deslizó, medio rodó al otro lado. Una vasta grieta se extendía delante de él. Cráteres y feas fisuras bostezantes vaciaban el rostro cadavérico. Los pensamientos del colega le llegaban ahora fuertemente. Estaba muy cerca.

Librodot

Y entonces, por primera vez, captó los pensamientos del asesino.

Wakeman se detuvo rígido.

«¡Ese no es Pellig! —irradió salvajemente—. ¡Es Herb Moore!»

La mente de Moore latía con frenética actividad. Sin darse cuenta de que estaba siendo telepatiado, había bajado todas sus barreras mentales. Sus ávidos y poderosos pensamientos e impulsos manaban en un flujo incesante que se convirtió en fanática algarabía cuando divisó la cúpula resplandeciente que albergaba al balneario del Directorio.

Wakeman permanecía helado, concentrándose sobre la corriente de energía mental que llegaba hasta él. Allí estaba todo, la historia completa. La mente sobrecargada de Moore contenía todos los fragmentos del misterio, todas aquellas piezas sueltas que él había estado buscando.

Pellig consistía en una variedad de mentes humanas, personalidades cambiantes conectadas a un intrincado mecanismo conmutador, yendo y viniendo al azar, en formación casual, sin norma, a lo Minimax, fortuitamente, una profunda degeneración de la teoría del juego Minimax...

Aquello era una mentira.

Wakeman retrocedió. Bajo el estrato profundo de la teoría del juego había otra capa, un síndrome submarginal de odio y deseo y terrible miedo: celos de Benteley, un incesante terror ante la muerte, complicados proyectos y planes, una cristalización intrincada de *necesidades* y metas orientadas en una catapulta potentísima de ambición. Moore era un hombre lanzado, dominado por el tormento de la insatisfacción. Y su insatisfacción culminaba en implacables redes de estrategia.

La oscilación de la maquinaria Pellig no era nada que se debiera al azar. Moore tenía un control completo. Podía introducir a los operadores en el cuerpo en el momento mismo en que le pluguiera, y sacarlos cuando quisiese. Podía establecer cualquier combinación que le viniera en gana. Era libre de enganchar y desenganchar a su gusto. Y...

Los pensamientos de Moore se enfocaron rápidamente. Había descubierto al telépata que le estaba siguiendo el rastro. El cuerpo de Pellig se disparó rápidamente hacia arriba. Se detuvo un momento y llovió luego un delgado chorro de luz letal sobre el vigilante aterrorizado.

La mente del hombre chilló una sola vez, y luego su ser físico se disolvió en un montoncito de cenizas. El momento desgarrador de la muerte de un telépata se abatió sobre Wakeman. Peter sintió la lucha prolongada, tenaz y completamente fútil de la mente, por mantenerse reunida, por retener personalidad y conciencia después de que el cuerpo se había esfumado.

«Peter... —Como una nube de gas volátil, la mente del telépata se mantuvo unos segundos, luego, lenta e inexorablemente, empezó a disgregarse, en débiles pensamientos que se desvanecían—. ¡Oh, Dios...!»

La conciencia del hombre, su ser, disuelto en azarosas partículas de energía libre. La mente cesaba de ser una unidad. El complejo que había sido el hombre se relajaba, y el hombre como tal quedaba muerto.

Wakeman maldijo a su perdida pistola. Se maldijo a sí mismo y maldijo a Cartwright y a todo el mundo del sistema. Se acurrucó tras una roca lívida y siguió allí tendido cuando Pellig bajó lentamente y alunizó con ligereza en la superficie muerta del satélite. Pellig lanzó una ojeada en torno, pareció quedar satisfecho, e inició su marcha cautelosa hacia la luminosa cúpula que se alzaba a cinco kilómetros de distancia.

«¡Cogedle! —radiaba Wakeman desesperadamente—. ¡Está ya casi en el

balneario!»

No hubo respuesta alguna. Ningún otro miembro del Cuerpo estaba lo bastante cerca para recoger y retransmitir sus pensamientos. Con la muerte del guardián más próximo, la red había quedado rota. Pellig estaba pasando tranquilamente por un hueco indefendido.

Wakeman se puso en pie de un brinco. Tiró con fuerza de un inmenso canto rodado que le llegaba hasta la cintura y subió haciendo eses hasta la cumbre de la suave loma. Delante de él, Keith Pellig caminaba con rostro satisfecho, casi sonriente. Daba la impresión de ser un agradable muchacho de cabellos rubios, sin malicia ni culpabilidad. Wakeman se las arregló para levantar la roca por encima de su propia cabeza; la escasa gravedad de la Luna era su aliada. Se tambaleó, la balanceó en alto, y la lanzó veloz y destructora hacia el androide de ágil paso.

Hubo una mirada de asombro cuando Pellig vio la roca que llegaba. Se apartó con facilidad de un enorme salto que le llevó a varios metros de distancia de la trayectoria seguida por el pedrusco. De su mente, salió una ráfaga de miedo y de sorpresa, un pánico frenético. Tropezó, alzó su pistola de pulgar hacia Wakeman...

Y luego, Herb Moore desapareció.

El cuerpo de Pellig se alteró sutilmente. La sangre de Wakeman se heló ante la visión estremecedora. Allí, en la desolada superficie de la Luna, un hombre estaba cambiando ante sus ojos. Los rasgos se transformaban, se fundían momentáneamente, se reformaban luego. No era ya el mismo. No era el mismo rostro... porque no era el mismo hombre. Moore se había ido y un nuevo operador había ocupado su lugar. Tras los pálidos ojos azules, miraba una personalidad diferente.

El nuevo operador se tambaleó. Luchó unos segundos por recuperar el control, luego consiguió enderezar el cuerpo mientras la roca pasaba al lado, inofensiva. Sorpresa, confusión momentánea, irradiaron hasta Wakeman mientras éste se esforzaba en levantar otro peñasco.

«*¡Wakeman!* —decían aquellos pensamientos—. ¡Peter Wakeman!»

Wakeman dejó caer el pedrusco y se enderezó. El nuevo operador le había reconocido. Era un tipo de mente que le resultaba familiar. Wakeman lo analizó en profundidad y con rapidez. Por unos segundos no llegó a localizar la personalidad; le resultaba conocida, pero estaba velada por lo apurado de la situación. Una personalidad lastrada con miedo cauteloso y antagónico. Pero ya lo sabía, perfectamente. No cabía duda alguna.

Era Ted Benteley.

XIII

En lo hondo del espacio muerto, más allá del Sistema conocido, el chirriante carguero avanzaba titubeando. En la cabina de control, Groves estaba sentado, escuchando intensamente, absorto su oscuro rostro en un embeleso enajenado.

«El Disco Llameante está todavía lejos —murmuraba en su mente la vasta presencia—. No perdáis contacto con mi propia nave».

—Usted es John Preston —dijo Groves blandamente.

«Soy muy viejo —replicó la voz—. Llevo mucho tiempo aquí».

—Siglo y medio —dijo Groves—. Resulta difícil de creer.

Librodot

«He esperado aquí. Sabía que vendríais. Mi nave estará rondando por ahí cerca; probablemente captaréis sus mensajes de cuando en cuando. Si todo funciona bien podré guiaros hasta el desembarco definitivo en el Disco».

—¿Estará usted ahí? —preguntó Groves—. ¿Saldrá a nuestro encuentro?

No hubo respuesta. La voz se había desvanecido; estaba solo.

Groves se puso en pie tambaleándose y llamó a Konklin. Un momento más tarde, tanto Konklin como Mary Uzich se precipitaban dentro de la cabina de control. Jereti renqueaba unos cuantos pasos atrás.

—Le habéis oído —dijo Groves conmovidamente.

—Era Preston —susurró Mary.

—Debe de ser más viejo que una tortuga —comentó Konklin—. Un viejecillo, esperando aquí en el espacio a que nosotros viniéramos, esperando todos estos años.

—Creo que llegaremos —dijo Groves—. Aunque consiguieran matar a Cartwright, llegaríamos al Disco.

—¿Qué dijo Cartwright? —le preguntó Jereti a Groves—. ¿Le impresionó el oír noticias sobre Preston?

Groves vaciló.

—Cartwright estaba preocupado.

—Pero seguramente él...

—¡Él está a punto de ser asesinado! —exclamó Groves lanzándose salvajemente sobre las palancas de mando—. No tiene tiempo para pensar en otra cosa.

Durante un rato, nadie dijo nada. Por último, Konklin preguntó:

—¿Ha habido alguna noticia reciente?

—No he podido establecer contacto con Batavia. El oscurecimiento militar ha cerrado totalmente las líneas de hipervisión. He captado movimientos de tropas de emergencia desde los planetas interiores hasta la Tierra. Alas del Directorio que vuelven a casa.

—¿Qué significa eso? —preguntó Jereti.

—Pellig ha llegado a Batavia. Y algo ha funcionado mal. Cartwright debe de hallarse de cara a la pared. Como quiera que sea el Cuerpo de Telépatas ha fracasado.

Wakeman vociferó frenéticamente:

—¡Benteley! ¡Escúcheme! Moore lo ha preparado todo; le están metiendo a usted en una trampa. *No se trata del azar.*

Era inútil. No podía salir ningún sonido. Sin atmósfera, su voz moría en el casco. Los pensamientos de Benteley irradiaban hasta él claros y precisos, pero no había forma de que Wakeman pudiera establecer comunicación. Estaba encajonado, almohadillado. La figura de Keith Pellig y la mente de Ted Benteley estaban sólo a pocos metros de él, y no había forma de establecer el contacto.

Los pensamientos de Benteley estaban mezclados. «Es Peter Wakeman», estaba pensando. «El telépata al que conocí en el vestíbulo de recepción». Se dio cuenta de que estaba en peligro; había observado la existencia de la cercana cúpula luminosa. Wakeman captó una imagen de Cartwright: la misión de matar. Y debajo de aquello, la profunda aversión y la duda de Benteley, la desconfianza que sentía contra Verrick, su antipatía hacia Herb Moore. Benteley se mostraba indeciso. Por un instante la pistola de pulgar titubeó.

Wakeman bajó la lona y descendió al llano. Con prisa frenética, dibujó grandes y desnudas letras en el polvo antiguo:

«MOORE LE ENGAÑO. NO ES EL AZAR».

Benteley vio las palabras, y el rostro paliducho de Keith Pellig se endureció. Los pensamientos de Benteley se congelaron. «*¿Qué demonios significa esto?*», estaba pensando. Luego cayó en la cuenta de que Wakeman estaba telepatiándole, de que una conversación de dirección única estaba desarrollándose, siendo él el transmisor, el telépata y el receptor.

—Continúe, Wakeman —irradió Benteley ásperamente—. ¿Qué quiere decir con eso de engañado?

En la mente de Benteley había una diversión irónica. Estaba viendo a un telépata, a un avanzado mutante humano, dibujando torpes figuras en el polvo como cualquier primitivo reducido a los medios más elementales de comunicación. Wakeman escribió desesperadamente:

«MOORE VA A MATARLES A USTED Y A CARTWRIGHT AL MISMO TIEMPO».

La mente de Benteley irradió asombro.

—¿Qué quiere usted decir? —Luego, sospecha—. Esto debe de ser algún manejo estratégico. Habrá otros telépatas que se acercan.

Su pistola de pulgar se enderezó rápidamente...

«BOMBA».

Wakeman, jadeando, buscaba una nueva superficie en la que escribir. Pero había escrito lo suficiente. El mismo Benteley estaba rellenando los detalles. Una fantasmagoría de comprensión: vividos vislumbres de su pelea con Moore, de sus relaciones sexuales con la amante de éste, Eleanor Stevens, de los celos que Moore le tenía. Todo ello pasaba por la mente de Benteley en una procesión desconcertante, y terminó por bajar la pistola.

«Están viendo esto —pensó Benteley—. Todos los operadores ante sus pantallas. Y Moore, él lo está viendo también».

Con la sensación de un peligro inminente, Wakeman dio un brinco y corrió con torpeza hacia la figura de Pellig. Gesticulando con excitación, tratando de gritar a través del vacío sin aire, llegó a medio metro de Benteley, deteniéndose cuando éste le ordenó parar con un ademán ominoso, empuñando la pistola.

—Manténgase alejado de mí —pensó Benteley ceñidamente—. Todavía no me confío en usted. Usted trabaja para Cartwright.

Wakeman garabateó frenéticamente:

«PELLIG ESTA MONTADO PARA ESTALLAR CUANDO ESTE CERCA DE CARTWRIGHT, MOORE LE TENDRÁ A USTED EN EL ANDROIDE EN ESE MOMENTO».

—¿Lo sabe Verrick? —preguntó Benteley mentalmente.

«SÍ».

Librodot

—¿Y Eleanor Stevens?

«SÍ».

La mente de Benteley flameó llamaradas de angustia.
—¿Cómo sé yo que eso es verdad? ¡Demuéstremelo!

«EXAMINE SU CUERPO. LOCALICE LOS HILOS DE LA CORRIENTE. SIGA EL CIRCUITO HASTA LA BOMBA».

Los dedos de Benteley temblaban mientras iba examinando el pecho sintético. Su mente despedía ráfagas de datos técnicos a medida que iba encontrando los principales conductores que se entrecruzaban en el cuerpo bajo la capa de piel artificial. Desgarró toda una sección de material e investigó en el rumoroso circuito del cuerpo sintético, mientras Wakeman acurrucado a pocos metros de distancia, con el corazón encogido, frotaba fútilmente el talismán que había cogido en su despacho y que no había vuelto a guardar.

Benteley estaba haciendo señas con los brazos. Su última niebla de lealtad pegada a Verrick estaba desvaneciéndose rápidamente. En un lugar se iba formando odio y disgusto.

—Así pues, ¿esta es la forma en que está concebido todo? —pensó por fin.

Una estrategia en ciernes destellaba en su mente.

—Está bien, Wakeman. —Su pensamiento se endureció—. Voy a llevar al cuerpo de regreso. Derecho a Farben.

Wakeman respiró.

—Gracias a Dios —dijo en voz alta.

Benteley entró en actividad. La idea de que Moore estaba viéndole hizo que sus dedos se agitaran nerviosos mientras inspeccionaba el reactor y los controles de retropropulsión, y luego, sin un sonido, el robot y la nave sintéticas salieron disparados por el cielo negro, en dirección a la Tierra.

El cuerpo se había deslizado casi medio kilómetro antes de que Herb Moore hiciese girar el mecanismo selector. Convulsamente, sin advertencia alguna, Ted Benteley se halló sentado en su silla en Farben, rodeado por su anillo protector.

Sobre la pantalla en miniatura situada delante de él, el cuerpo de Pellig regresaba boca abajo, hacia la superficie de la Luna, describiendo un amplio arco. Localizó la figura súbitamente desamparada de Peter Wakeman y dirigió hacia ella su pistola de pulgar. Wakeman vio lo que se le venía encima. Dejó de correr y se mantuvo erguido, con extrañeza calma y dignidad, mientras el cuerpo sintético bajaba, apuntaba y lo calcinaba. Moore había tomado el mando nuevamente.

Benteley luchaba por zafarse de su anillo protector. Rompió los alambres que corrían bajo su piel, su lengua, sus sobacos y sus orejas. Al cabo de pocos instantes estaba en la puerta de cubículo, empuñando el pesado tirador de acero.

La puerta estaba sellada.

Era algo con lo que había contado. De vuelta junto a las rumorosas bancadas de maquinaria, soltó un puñado de relés. Un chispazo violento cuando los cables principales quedaron cortados, enviando al techo acres

humaredas y desencadenando una parada mortal. La puerta quedó abierta; la cerradura resultaba ahora ineficaz. Benteley se lanzó por el vestíbulo hacia el laboratorio central de Moore. En el camino, tropezó con un vigilante. Lo derribó atontado y cogió la pistola de manos del hombre. Volvió el recodo y entró en el laboratorio.

Moore yacía fofo y inmóvil dentro de su propio anillo protector. A su alrededor, un grupo de sus técnicos estaba trabajando en el segundo cuerpo sintético, parcialmente conjuntado ya en los baños suspendidos sobre las mesas de trabajo. Ninguno de los técnicos estaba armado.

Circulando al laboratorio, había una colmena de camarillas, pequeños cubículos en los que estaban hombres sentados ante las pantallas de hipervisión, los ojos clavados con igual fijeza, los cuerpos encajados en idéntico equipo. Una momentánea visión de duplicados de su propia camareta, de los demás operadores, y luego Benteley echó a correr. Hizo una seña a los cuchicheantes técnicos y miró brevemente a la pantalla de Moore. El cuerpo sintético no había llegado a la cúpula del balneario; todavía estaba a tiempo.

Benteley mató al cuerpo fofo e indefenso de Herb Moore.

El efecto sobre el cuerpo de Pellig fue instantáneo. Dio un salto convulsivo que le llevó en una estirada trayectoria fuera de la superficie de la Luna. El cuerpo remolinaba y se estremecía grotescamente, un objeto alocado bailando un furioso ritmo de muerte. En algún punto de la trayectoria, mientras el cuerpo se abatía y se encumbraba alternativamente con un ave de rapiña, se las arregló por fin para ascender. Moore conducía el cuerpo hacia arriba, lo arqueaba en un amplio círculo vertiginoso, y luego salía disparado hacia el espacio muerto.

Sobre la pantalla, la superficie lunar iba retrocediendo. Se empequeñeció y se convirtió en una pelota. Luego en un punto. Luego desapareció.

Las puertas del laboratorio se abrieron de par en par. Verrick y Eleanor Stevens entraron presurosos.

—¿Qué hacen ustedes? —preguntó Verrick roncamente—. Se han vuelto locos; está alejándose de...

Vio el cuerpo sin vida de Herb Moore.

—¡Ah, ha sido esto! —dijo blandamente.

Benteley salió del laboratorio a toda prisa. Verrick no trató de detenerle; seguía allí mirando estúpidamente el cadáver de Moore, con su rostro macizo vacío e inexpresivo, sobrecogido por el *shock*.

Benteley corría por la rampa de descenso. Llegado al suelo, se precipitó a la oscuridad de la calle nocturna. Mientras un grupo de personal de la Colina Farben vacilaba a sus espaldas, entró en el iluminado patio de los taxis e hizo señas a una de las naves urbanas allí enmarcadas.

—¿Adónde, señor o señora? —preguntó el conductor McMillan, descorriendo sus portezuelas y poniendo en funcionamiento sus turbinas.

—A Bremen —jadeó Benteley.

Se colocó el cinturón de seguridad y acercó sus labios a la bocina.

—Vaya aprisa.

La voz metálica del McMillan sonó dando su conformidad mientras ponía en movimiento su mecanismo de retropropulsión. La pequeña nave de alta velocidad salió disparada rápidamente por el cielo, y Farben quedó atrás.

—Déjeme en el gran aeropuerto interplanetario —ordenó Benteley—. ¿Sabe usted las salidas de naves interplanetarias?

Librodot

—No, pero puedo ponerle en contacto con un circuito de información.

—Déjelo —dijo Benteley.

Se preguntó por unos momentos hasta qué punto su conversación con Wakeman habría sido detectada por telépatas del Cuerpo. Le gustase o no, la Luna era el único sitio donde podía hallar cierta esperanza de seguridad. Los nueve planetas eran ahora trampas manejadas por las Colinas: Verrick no descansaría hasta hacerle pagar su acción. Pero no se podía calcular la recepción que obtendría en el Directorio. Muy bien pudiera ser que le dispararan, nada más verle, como a uno de los agentes de Verrick. Por otra parte, también podrían considerarle como al salvador de Cartwright.

¿Adónde se estaba dirigiendo el cuerpo sintético?

—Este es el aeropuerto, señor o señora —le dijo el conductor.

El taxi estaba descendiendo sobre el aparcamiento público.

El aeropuerto estaba dirigido por personal de la Colina. Benteley podía ver naves intercontinentales y transportes interplanetarios que se posaban aquí y allí, y grandes hordas de gentes. Entre estas últimas, guardias de la Colina se movían manteniendo el orden. De pronto, Benteley cambió de idea.

—No descienda. Vuelva atrás.

—Como usted mande, señor o señora.

La nave se alzó dócilmente.

—¿No hay un aeródromo militar por aquí cerca?

—El Directorio cuenta con un pequeño aeródromo militar de reparaciones en Narvik. ¿Quiere usted ir allí? A las naves no militares les está prohibido descender en aquella zona. Tendría que dejarle a usted antes de llegar a la barrera.

—Espléndido —dijo Benteley—. Eso es justamente lo que me conviene.

Leon Cartwright estaba completamente despierto cuando el guardián telépata llegó a sus habitaciones.

—¿A qué distancia se encuentran? —preguntó Cartwright.

Ni siquiera con la inyección de pentotal sódico había conseguido dormir más que unas horas.

—Supongo que bastante cerca —añadió.

—Peter Wakeman ha muerto —dijo el guardia.

Cartwright se puso en pie agitadamente.

—¿Quién le ha matado?

—El asesino.

—Entonces, es que está aquí. —Cartwright echó mano a su pistola—. ¿Qué clase de defensa podemos establecer? ¿Cómo me ha localizado? ¿Qué sucedió en la red de Batavia?

Rita O'Neill entró en la habitación, con la cara blanca y aire tranquilo.

—El Cuerpo quedó completamente derrotado. Pellig pudo abrirse camino hasta la fortaleza interior y descubrió que te habías marchado.

Cartwright la miró brevemente, luego volvió su vista hacia el agente.

—¿Qué les ha pasado a los vuestros?

—Nuestra estrategia falló —replicó el telépata con sencillez—. Verrick dispone de una especie de truco. Creo que Wakeman llegó a analizarlo antes de morir.

Rita reaccionó:

—¿Ha muerto Wakeman?

—Pellig ha acabado con él —dijo Cartwright concisamente—. Eso nos aísla

del Cuerpo. Sólo contamos ahora con nosotros mismos. Se volvió hacia el telépata—. ¿Cuál es la situación exacta? ¿Han localizado ustedes claramente al asesino?

—Nuestra red de emergencia se ha desplomado. Cuando Wakeman cayó, perdimos todo contacto con Pellig. No tenemos la menor idea de dónde está. No hemos vuelto a detectarlo.

—Si Pellig ha llegado tan lejos —dijo Cartwright pensativamente—, no nos quedan muchas esperanzas de detenerle.

—Wakeman era el que se ocupaba del asunto —centelleó Rita salvajemente—. Tú puedes hacerlo muchísimo mejor.

—¿Por qué?

—Porque... —Se encogió de hombros llena de impaciencia—. Wakeman no era nada comparado contigo. Era una nulidad. Un pequeño burócrata.

Cartwright le mostró su pistola.

—¿Te acuerdas de esto? He tenido este chisme en el asiento trasero del coche durante años. Nunca tuve que usarlo. Todavía estaba allí; envié a alguien que fuera a buscármela. —Pasó su mano a lo largo del tubo metálico familiar—. Un interés sentimental, supongo.

—Pero, ¿es que vas a defenderte con ese cacharro? —Los ojos de Rita llamearon furiosamente—. ¿Eso es todo lo que vas a hacer?

—En este preciso momento, lo que tengo es hambre —dijo Cartwright con suavidad—. ¿Qué hora es? Podríamos cenar mientras estamos esperando.

—Este no es el momento... —empezó a decir Rita, pero en el preciso instante el telépata le cortó la palabra.

—Señor Cartwright —interrumpió—, está alunizando una nave terrestre. Espere un momento. —Su atención revirtió hacia dentro y luego continuó—: Vienen a bordo el Comandante Shaeffer y los demás miembros del Cuerpo. Y... —Se cortó—. Hay más todavía. Quiere verle a usted inmediatamente.

—Espléndido —dijo Cartwright—. ¿Dónde está?

—Se reunirá con usted aquí. En estos momentos viene subiendo por la rampa.

Cartwright rebuscó en el bolsillo de su chaqueta hasta encontrar un arrugado paquete de cigarrillos.

—Es raro —le dijo a Rita—. Wakeman muerto, después de haber elaborado planes tan cuidadosos.

—No lo siento por Wakeman. Lo que me gustaría es que hicieses algo antes de quedarte ahí sentado.

—Pero es el caso —dijo Cartwright— que no puedo ir a ninguna parte. Y ya hemos ensayado todo lo que sabíamos. No quedan muchas oportunidades, si te pones a pensar. Siempre he estado convencido de que cualquier hombre, si realmente está decidido a matar a otro, lo conseguirá, tarde o temprano, por muchas dificultades que se le opongan. Se le podrá retrasar el momento, se le podrá hacer más dificultoso, obligándole a realizar una serie de operaciones complicadas que le consuman tiempo y energía, pero, a la larga, lo conseguirá siempre, importa poco lo encumbrada que esté la víctima.

—Creo que me gustabas más cuando estabas asustado —rechinó Rita amargamente—. Por lo menos, entonces te entendía.

—¿Es que no entiendes esto?

—Tenías miedo a la muerte. Ahora no eres humano, no tienes emociones. Quizás estás muerto. Lo mismo podrías ser un cadáver.

—Le daré algunas facilidades —dijo Cartwright con indiferencia—. Me sentaré frente a la puerta. —Se apoyó negligentemente en el filo de una mesa, con la pistola en la mano, una expresión desapasionada en su rostro—. ¿Qué aspecto tiene Pellig? —le preguntó al hombre del Cuerpo.

—Joven. Delgado. Rubio. Ninguna característica especial.

—¿Qué clase de arma usa?

—Lleva una pistola de pulgar. Está basado en un principio de rayo calórico. Naturalmente puede llevar alguna otra cosa que nosotros no sepamos.

—Me gustará reconocer a Pellig cuando le vea —le explicó Cartwright a Rita—. Puede que sea la siguiente persona que aparezca por esa puerta.

La siguiente persona que apareció por la puerta fue el Comandante Shaeffer.

—He traído conmigo a este hombre —le explicó a Shaeffer a Cartwright en cuanto entró en la habitación—. Creo que querrá usted hablar con él.

Un hombre moreno, clasificado, y vestido con pulcritud, frisado en la treintena, había entrado ágilmente detrás de Shaeffer. Él y Cartwright se estrecharon las manos mientras Shaeffer hacía las presentaciones concisamente.

—Este es Ted Benteley —dijo Shaeffer—. Uno de los vasallos de Reese Verrick.

—Se ha adelantado usted un poco —dijo Cartwright—. Será mejor que baje por la rampa hasta la piscina y la sala de juegos y el bar. El asesino se mostrará de un momento a otro; no puede tardar mucho.

Benteley se echó a reír, tensa y secamente. Estaba mucho más agitado de lo que los otros podían apreciar.

—Shaeffer se ha expresado mal —dijo—. Ya no tengo por qué ser fiel al juramento de fidelidad a Verrick. Le he dejado.

—¿Ha violado usted su juramento? —preguntó Cartwright.

—Fue él quien rompió el juramento. He salido de allí con una prisa considerable. He venido directamente desde Farben. Hubo complicaciones.

—Mató a Herb Moore —explicó Shaeffer.

—No exactamente —corrigió Benteley—. Maté a su cuerpo.

Rita soltó una exclamación ahogada:

—¿Qué pasó?

Benteley explicó la situación. Cuando iba aproximadamente por la mitad, Cartwright le interrumpió con una pregunta:

—¿Dónde está Pellig? Lo único que sabemos de él es que estaba por aquí cerca, en algún sitio, a pocos kilómetros del balneario.

—El cuerpo de Pellig está caminando por el espacio exterior —dijo Benteley—. Moore ya no se interesa por usted; tiene sus propios problemas. Cuando se ha dado cuenta de que se ha quedado preso en el cuerpo sintético, ha abandonado la Luna y salido a toda velocidad.

—¿Salido hacia dónde? —preguntó Cartwright.

—No lo sé.

—No importa —intervino Rita con impaciencia—. No te persigue a ti; eso es lo importante. Quizá se ha vuelto loco. Quizás ha perdido el control del cuerpo.

—Es posible —admitió Benteley—. Era un acontecimiento con el que él no contaba; por su parte fue él quien destrozó la red de telépatas que ustedes tenían montada.

Explicó cómo Moore había destruido a Peter Wakeman.

—Ya lo sabíamos —dijo Cartwright—. ¿Qué velocidad puede desarrollar el sintético?

—La de un plus-C —contestó Benteley—. ¿No está usted satisfecho con la noticia de que Moore se aleja de aquí?

Cartwright se humedeció los labios.

—Sé muy bien a donde va.

Se produjo un murmullo rápido y luego Shaeffer dijo:

—Naturalmente. —Exploró con rapidez la mente de Cartwright—. Tiene que descubrir algún procedimiento para seguir vivo. Benteley nos proporcionó involuntariamente grandes informaciones mientras veníamos hacia acá; puedo ahora reconstruir las partes que faltan. Moore quiere, indudablemente, conseguir de Preston la información que necesita.

Benteley se quedó atónito.

—¿Preston? ¿Pero es que está vivo?

—Eso explica aquella primera petición de informes —dijo Cartwright—. Verrick debió de captar el circuito cerrado emitido por la hipervisión de la nave. —Se le acabó el cigarrillo; tiró la colilla, la aplastó coléricamente, y encendió otro—. Debí prestar más atención a lo que me dijo Wakeman.

—¿Qué podría usted haber hecho? —preguntó Shaeffer.

—Nuestra nave está cerca de la de Preston. Pero no es de creer que Moore se interese por ella. —Cartwright movió la cabeza—. ¿Habría forma de lograr que una pantalla siguiese a Moore?

—Supongo que sí —dijo Benteley—. Los técnicos de la hipervisión dispusieron las cosas de forma que una constante radiación visual saliera desde el cuerpo hasta Farben. Podemos interceptarla; todavía está siendo transmitida por relés. Sé la frecuencia del canal. —Se le ocurrió una idea—. Harry Tate está bajo el feudo de Verrick.

—Todo el mundo parece estar bajo el feudo de Verrick —dijo Cartwright—. ¿Hay alguien en la hipervisión con quien pudiéramos contar?

—Presione usted a Tate. Si consigue separarle de Verrick, cooperará. No está muy entusiasmado por sus manejos, según lo que me dijo Eleanor Stevens.

Shaeffer miró con interés en la mente de Benteley.

—Ella le ha dicho a usted muchísimas cosas. Desde que fue tan tonta como para dejarnos e irse a Farben ha seguido siendo útil.

—Pues sí, me gustaría tener cualquier clase de control visual sobre el cuerpo de Pellig —dijo Cartwright jugueteando con su pistola que por fin arrojó en una maleta a medio hacer que estaba abierta en el suelo—. Ahora las cosas se presentan mejor, naturalmente. Gracias, Benteley. —Le hizo una señal vaga con la cabeza—. La situación ha cambiado. Pellig no vendrá por aquí. Ya no tenemos que preocuparnos de eso.

Rita estaba mirando a Benteley intensamente.

—¿Es verdad que rompió usted su juramento? No se considera a sí mismo un felón.

—Ya le dije —contestó Benteley, pagándole a ella con la misma dureza en la mirada— que fue Verrick quien rompió el juramento conmigo. Me dejó libre desde el momento en que me traicionó.

Se produjo un silencio embarazoso.

—Bueno —dijo Cartwright—, lo cierto es que todavía sigo teniendo ganas de comer. Almorcemos o cenemos o lo que sea, y usted nos explica mientras

lo demás. —Se movió hacia la puerta con la sombra de una sonrisa de alivio en su rostro cansado—. Ahora tenemos tiempo. Mi primer asesino es un libro cerrado. No hay motivo ya para que nos demos prisa.

XIV

Mientras comían, Benteley dio expresión a sus pensamientos.

—Maté a Moore porque no me cabía otra alternativa. En cuestión de pocos segundos, habría vuelto a insuflar en Pellig a un técnico y él habría regresado a su propio cuerpo en Farben. Pellig habría seguido adelante y hecho explosión contra usted; algunos de los seguidores de Moore son leales hasta ese punto.

—¿A qué distancia tendría que haberse situado el cuerpo? —preguntó Cartwright.

—El cuerpo llegó a menos de cinco kilómetros de donde usted estaba. Tres kilómetros más y Verrick dominaría ahora el sistema conocido.

—¿No era necesario un contacto efectivo?

—Sólo tuve tiempo para echar una ojeada rápida a los cables, pero un mecanismo típico de proximidad estaba enfocado hacia el modelo cerebral de usted y aparecía inserto en el circuito. Y luego existía, además, la potencia de la bomba misma. La Ley no especifica que un hombre no pueda llevar en la mano un arma determinada. La bomba era una granada de hidrógeno de la última guerra.

—No la bomba era —le recordó Cartwright—, sino la bomba es.

—¿Todo dependía entonces de Pellig? —preguntó Rita.

—Había un segundo cuerpo sintético. Está casi terminado. Nadie en Farben contaba con una desorganización total del Cuerpo de Telépatas; obtuvieron más de lo que tenían previsto. Pero Moore queda fuera del cuadro. El segundo cuerpo nunca llegará a funcionar; solamente Moore es capaz de desarrollarlo hasta su etapa final. Mantuvo a todo el mundo en escalones más bajos, y Verrick lo sabe.

—¿Qué va a pasar cuando Moore llegue junto a Preston? —preguntó Rita—. Entonces, Moore volverá a aparecer en el cuadro.

—Yo no sabía nada de Preston —admitió Benteley—. Destruí el cuerpo de Moore para que no pudiese salir del sintético. Si Preston va a ayudarle tendrá que trabajar rápidamente. El sintético no puede durar mucho tiempo en el espacio exterior.

—¿Por qué no quiso usted matarme? —preguntó Cartwright.

—A mí no me importaba matarle a usted o no. No era en usted en quien yo estaba pensando.

—Eso no es precisamente verdad —dijo Shaeffer—. El pensamiento *estaba* allí como un corolario. Cuando usted realizó su ruptura psicológica, automáticamente se revolvió contra la estrategia de Verrick. Actuó usted como un amenazante agente semivoluntario.

Benteley no estaba escuchando.

—Fui engañado desde el principio —dijo—. Todos ellos estaban mezclados en esto: Verrick, Moore, Eleanor Stevens... Desde el momento mismo en que pisé el vestíbulo, Wakeman trató de advertirme; hizo lo que pudo. Fui al Directorio para librarme de la podredumbre. Me comprometí a realizar la misión que me fuera impuesta; Verrick me daba órdenes y yo las cumplía.

Pero, ¿qué creen que debe hacer uno en una sociedad corrompida? ¿Se supone que hay que obedecer Leyes corruptas? ¿Es un crimen violar una Ley que es una Ley podrida, o un juramento que está viciado de antemano?

—Es un crimen —admitió Cartwright lentamente—. Pero puede que sea la cosa justa que haya que hacer.

—En una sociedad de criminales —intervino Shaeffer—, es el hombre inocente el que va a la cárcel.

—¿Quién decide en qué momento la sociedad está formada de criminales? —preguntó Benteley—. ¿Cómo sabe usted cuándo la sociedad en que vive ha empezado a descarriarse? ¿Cómo saben ustedes cuándo es justo dejar de obedecer a las Leyes?

—Eso se sabe siempre —dijo Rita O'Neill con impetuosidad.

—¿Tiene usted un mecanismo calibrador e innato? —preguntó Benteley a la muchacha—. Eso es magnífico; me gustaría tener uno. Me gustaría que todo el mundo lo tuviera... Sería comodísimo. Hay seis mil millones de personas viviendo en este sistema, y la mayoría de nosotros piensa que el sistema funciona estupendamente. ¿Se supone que yo debo levantarme contra todos los que me rodean? No hacen más que obedecer a las Leyes. —Estaba pensando en Al y Laura Davis—. Son felices, están contentos y satisfechos; tienen buenos empleos, comen bien; disponen de una linda casita en la que vivir... Eleanor Stevens dijo que yo tenía mente de neurótico. ¿Cómo saben ustedes que no soy un enfermo mental? ¿Un cuasi-psicopático?

—Tiene usted que tener fe en sí mismo —dictaminó Rita O'Neill.

—Todo el mundo la tiene. Esa es la muletilla corriente. Resistí la podredumbre todo lo que pude y luego me rebelé. Quizás ellos tienen razón. Quizá lo que he hecho no es más que una felonía. Creo que Verrick fue el que rompió su juramento para conmigo... creo que fui liberado. Pero tal vez me equivoque.

—Si se equivoca —dijo Shaeffer—, pueden matarle en cuanto le echen la vista encima.

—Ya lo sé. Pero... —Benteley luchaba con las palabras—. En cierto modo, no es eso lo que importa. Nunca he guardado un juramento porque me diese miedo romperlo. Lo guardaba porque no creía que se debiera romper. Pero sólo puedo llegar hasta cierto punto. Hubo un momento en que todo el sistema me asqueó de forma tal, que ya no podía soportarlo. ¡No quiero tener que ver nada con él! Aunque eso signifique que me van a dar caza y que me aniquilarán.

—Es posible —dijo Cartwright—. ¿Dice usted que Verrick estaba enterado de lo de la bomba?

—Desde luego.

Cartwright reflexionó:

—Se supone que un protector no debe enviar a la muerte a uno de sus vasallos clasificados. Eso se reserva para los *incs*. Se da por descontado que debe proteger a sus *clasis*, no destruirlos. El Juez Waring no dejaría de sentirse interesado, creo; esto es problema para un experto. ¿No sabía usted que Verrick acababa de ser desmontado antes de prestar usted juramento?

—Yo, no, pero ellos sí lo sabían.

Cartwright se frotó la mandíbula grisácea con el dorso de la mano.

—Bueno, puede que quepa aquí una acción. Puede que no. Es usted una persona interesante, Benteley. ¿Qué va usted a hacer ahora que ha roto con

todas las reglas? ¿Va a prestar un nuevo juramento de fidelidad?

—No lo creo —contestó Benteley.

—¿Por qué no?

—Un hombre no debe convertirse en vasallo de otro.

—Yo no opino así —dijo Cartwright eligiendo sus palabras cuidadosamente—. ¿Qué le parecería un juramento posicional?

—No sé —replicó Benteley moviendo la cabeza cansadamente—. Estoy cansado. Es posible que más tarde…

Rita O'Neill intervino:

—Debería usted incorporarse a la plana mayor de mi tío. Debería prestarle juramento a él.

Todos le estaban mirando. Durante algún rato Benteley no dijo nada.

—El Cuerpo presta juramento posicional, ¿no es así? —preguntó por fin.

—Así es —contestó Shaeffer—. Ese es el juramento en el que tanto pensaba Peter Wakeman.

—Si a usted le interesa —dijo Cartwright, clavando en Benteley sus ojos viejos y astutos—, yo podría recibir su juramento como Examinador Jefe, un juramento posicional.

—No he podido recoger de Verrick mi tarjeta de disponibilidad —explicó Benteley.

Una expresión efímera e intensa cruzó por el rostro de Cartwright.

—¡Ah!, bueno, eso puede arreglarse.

Se llevó la mano al bolsillo y sacó un paquetito envuelto cuidadosamente. Con dedos lentos, deliberados, deslió el paquete y extendió el contenido sobre la mesa.

Había allí una docena de tarjetas de disponibilidad.

Cartwright rebuscó entre ellas, eligió una, la examinó intensamente, luego volvió a apilar las otras y las envolvió con fuerza. Se metió el paquete en el bolsillo y le alargó a Benteley la única tarjeta.

—No cuesta más que dos dólares. Y puede usted conservarla; no le pediré que me la devuelva. Debe usted tener una; todo el mundo debe tener una oportunidad de meter baza en el gran juego.

Benteley se puso en pie lentamente. Sacó su cartera y cogió dos billetes de dólar. Se guardó la tarjeta de disponibilidad y siguió en pie aguardando, mientras Cartwright se levantaba.

—Esto me parece familiar —dijo Benteley.

—Mire —confesó Cartwright—, no tengo la menor idea de cómo se dice el juramento. Alguien tendrá que ayudarme.

—Yo me lo sé de memoria —dijo Benteley.

Con Rita O'Neill y Shaeffer mirando silenciosamente, recitó el juramento posicional ante el Examinador Jefe, Cartwright, y luego volvió a sentarse con brusquedad. Su café estaba ya frío, pero se lo tomó. Lo degustó apenas; estaba profundamente absorto.

—Ahora es usted de los nuestros oficialmente —dijo Rita O'Neill.

Benteley contestó con un gruñido.

Los ojos de la mujer eran negros e intensos.

—Salvó usted la vida de mi tío. Nos ha salvado la vida a todos nosotros; el cuerpo sintético habría hecho trizas este balneario.

—Déjele ahora tranquilo —advirtió Shaeffer a la joven.

Rita no le echó cuenta. Inclinándose hacia Benteley, con fuerte rostro ávido, continuó:

—Debería usted haber matado a Verrick mientras se hallaba allí. Podría haberlo hecho. También él estaba en la Colina.

Benteley apartó el tenedor.

—Ya he comido bastante. —Se puso en pie y se alejó de la mesa—. Si a nadie le importa, voy a dar un paseo.

Salió del comedor y se internó por el pasillo. Unos cuantos funcionarios del Directorio estaban por allí hablando en voz baja. Benteley caminó sin rumbo, su mente en un torbellino.

Al cabo de un rato, Rita O'Neill apareció en la puerta. Se quedó mirándole, cruzando los brazos con tirantez.

—Lo siento —dijo por fin.

—No vale la pena —contestó él.

Ella se le acercó respirando rápidamente, con los rojos labios entreabiertos.

—No debí decir eso. Ha hecho usted bastante. —Puso sus dedos raídos y febriles en el brazo de Benteley—. Gracias.

Benteley se apartó.

—Rompí el juramento que tenía con Verrick; lo reconozco. Pero eso es todo lo que puedo hacer. Maté a Moore; tenía tan poca alma como ahora tiene poco cuerpo. No es más que un intelecto calculador, no un nombre. Pero no voy a tocar a Reese Verrick.

Los negros ojos de Rita flamearon.

—El sentido común le aconsejará algo mejor. ¡Es usted tan noble y está tan lleno de escrúpulos morales! ¿No sabe usted lo que Verrick haría si llegara a atraparle?

—Usted no se detiene nunca. Le he prestado juramento a su tío; ¿no es eso bastante? En el papel soy un felón; he violado una Ley. Pero no me considero a mí mismo un criminal. —La afrontó desafiante—. ¿Comprendido?

Rita se echó atrás.

—Yo tampoco le considero a usted un felón. —Vaciló indecisa—. ¿Tratará usted de decirle lo que debe hacer?

—¿A Cartwright? Desde luego que no.

—¿Dejará usted que lleve las cosas por su cuenta? Wakeman no le dejaba. Debe llevar las cosas por su cuenta; usted no interferirá.

—En toda mi vida, nunca le he dicho a nadie lo que deba hacer. Lo único que deseo es... —Benteley se encogió de hombros irritadamente, con gesto desgraciado—. No lo sé. Supongo que convertirme en otro Al Davis. Tener mi casa y un buen empleo. Ocuparme de mis cosas. —Su voz se alzó en tono de desesperación—. Pero, ¡maldito sea!, no es este sistema. Me gustaría ser un Al Davis en algún mundo donde pudiera obedecer a las Leyes y no me viese obligado a quebrantarlas. ¡Quiero obedecer a las Leyes! Quiero respetarlas. Quiero respetar a la gente que me rodea.

Rita se mantuvo silenciosa un momento.

—Usted respeta a mi tío. O lo respetará, si no lo hace aún. —Se interrumpió, turbada—. ¿No me respeta usted a mí?

—Claro —dijo Benteley.

—¿Lo dice usted de verdad?

Benteley esbozó una mueca torcida.

—Naturalmente. En realidad...

En el extremo del vestíbulo apareció el Comandante Shaeffer. Le gritó a

Benteley, débilmente y con voz aguda:

—Benteley, *¡corra!*

Benteley se quedó paralizado. Luego se apartó de Rita O'Neill de un brinco.

—¡Váyase con su tío!

Sacó la pistola.

—¿Pero qué...?

Benteley se volvió y echó a correr por el pasillo hacia la rampa de descenso. Telépatas y funcionarios del Directorio se escabullían por todas partes, llegó a la planta baja y corrió desesperadamente hacia la pared de la cúpula.

Era demasiado tarde.

Una figura torpe con un traje Farley medio quitado, le bloqueaba el paso. Eleanor Stevens, flameándole el cabello rojo, con rostro pálido respiración jadeante, corrió a su lado.

—Sal de aquí —gimió.

Con el pesado traje nada familiar, tropezó con un carrito de comidas y casi se cayó contra la pared.

—Ted —suplicó—. No trates de luchar con él; limítate a huir, Si te coge...

—Ya lo sé —dijo Benteley—. Me matará.

Junto al esfínter de entrada de la cúpula, un solitario transporte de alta velocidad de Colina, acababa de alunizar sobre la árida superficie. Estaban descendiendo los pasajeros; un pequeño grupo de hinchadas figuras que se movía cautelosamente hacia el balneario.

Reese Verrick había llegado.

XV

Leon Cartwright se dirigió hacia el esfínter de entrada.

—Será mejor que desaparezca usted durante algún tiempo —le dijo a Benteley—. Yo hablaré con Verrick.

Shaeffer impartió rápidas instrucciones; un grupo de guardias del Cuerpo llegó corriendo, acompañados por un montón de funcionarios del Directorio.

—No vale la pena —le dijo Shaeffer a Cartwright—. Lo mismo puede quedarse aquí. No puede salir del balneario y Verrick sabe que está aquí. Sería preferible zanjar esto de una vez.

—¿Pero es que Verrick puede entrar aquí? —preguntó Benteley desmayadamente.

—Ni que decir tiene —contestó Cartwright—. Este es un balneario público. El no es un asesino, sino un ciudadano corriente.

—¿Le importa a usted estar presente? —le preguntó Shaeffer a Benteley—. Puede que la cosa resulte un tanto... difícil.

—Me quedaré —dijo Benteley.

Verrick y su pequeño grupo avanzaron lentamente por la amplia entrada de la válvula. Mientras se quitaban los trajes, miraban en torno cautelosamente.

—¡Hola, Verrick! —dijo Cartwright.

Se estrecharon las manos.

—Entre y tome una taza de café. Estábamos comiendo.

—Gracias —contestó Verrick—. Aceptaré, si no le causo molestia.

Tenía una expresión ceñuda, pero tranquila. Su voz sonaba enronquecida; siguió a Cartwright dócilmente por el pasillo hacia el corredor.

—¿Ya sabrá usted, verdad, que Pellig nos ha dejado?

—Ya lo sé —dijo Cartwright—. Se dirige hacia la nave de John Preston.

Los demás siguieron tras la pareja y, entraron en el comedor y tomaron asiento. Los McMillan habían limpiado la mesa; rápidamente volvieron a poner platillos y tazas, Benteley estaba sentado junto a Rita O'Neill en el extremo de la mesa opuesto a Verrick. Verrick le vio pero no le hizo señal alguna sino un momentáneo parpadeo de reconocimiento. Shaeffer, los otros telépatas y funcionarios del Directorio, se sentaron en segundo término y miraban y escuchaban respetuosamente.

—Supongo que lo localizará —murmuró Verrick—. Cuando salí de Farben, él estaba ya a treinta y nueve unidades astronómicas de distancia; hice el cálculo con el monitor de hipervisión. Gracias —aceptó café negro y lo bebió con alivio—. Ha pasado hoy un montón de cosas.

—¿Qué haría para apoderarse del material de Preston? —preguntó Cartwright—. Usted le conoce mejor que yo.

—Es difícil de decir. Moore ha sido siempre un lobo solitario. Era una cosa en la que estaba empeñado... Le suministré los materiales y él empezó a desarrollar sus proyectos. Era inteligente.

—Esa impresión saqué. ¿Se encargó él de todo el proyecto Pellig?

—Fue todo idea suya, yo me limité a contratarle; sabía que valía. No se me ocurrió sugerirle lo que debería hacer.

Eleanor Stevens había entrado silenciosamente en el comedor. Se quedó en pie, nerviosa e indecisa, cruzadas las pequeñas manos crispadamente. Después de un momento de angustiada incertidumbre, se dejó caer en un sillón en la parte en penumbra de la sala y se quedó mirando con los ojos muy abiertos, una forma trémula y aterrorizada medio perdida entre las sombras.

—Me preguntan a dónde habrías ido —le dijo Verrick—. Me has tomado la delantera... —Examinó su reloj—. Sólo unos cuantos minutos.

—¿Volverá Moore con usted si obtiene lo que ha ido buscando? —preguntó Cartwright.

—Lo dudo. En realidad no habría razón alguna.

—¿Su juramento?

—Nunca se ha preocupado por esas cosas. —Los profundos ojos de Verrick se deslizaron vagamente—. Parece que esa es la moda entre los jóvenes brillantes de hoy en día. Supongo que los juramentos no parecen ahora una cosa tan importante como lo eran en tiempos.

Benteley no decía nada. Bajo sus dedos, su arma de mano estaba fría y mojada de sudor. El café se le iba quedando helado, sin que se decidiera a probarlo. Rita O'Neill fumaba convulsivamente, aplastó su cigarrillo, encendió otro y lo volvió a aplastar.

—¿Va usted a convocar una segunda Convención de Desafío? —preguntó Cartwright.

—¡Oh, no sé! Por ahora, no.

Verrick construyó una pirámide intrincada con sus dedos macizos, la estudió y luego volvió a disolverla en dedos individuales. Miró con aire ausente en torno al comedor.

—No recuerdo este sitio. Es propiedad del Directorio, ¿no es así?

Shaeffer contestó:

Librodot

—Siempre arreglamos algo con anticipación. Recordará usted la estación interplanetaria que preparamos para que la utilizara en las afueras de Marte. Aquella se construyó durante el reinado de Robinson.

—Robinson —musitó Verrick soñadoramente—. Me acuerdo de él. ¡Dios mío, de esto hace ya diez años! ¿Ha pasado realmente tanto tiempo?

—¿Para qué ha venido usted aquí? —sonó rajada la voz de Rita O'Neill.

Las revueltas cejas de Verrick se fruncieron en un gesto de fastidio. Indudablemente no conocía a Rita. Se volvió hacia Cartwright, buscando una explicación.

—Mi sobrina —dijo Cartwright.

Hizo las presentaciones; Rita clavó la mirada en su taza de café y no pronunció una palabra. Los labios se le pusieron blancos y apretó los puños hasta que Verrick se olvidó de ella y volvió a hacer pirámides con sus dedos y a rumiar ideas.

—Naturalmente —dijo Verrick por fin—, no sé que les habrá dicho Benteley. Supongo que comprenderán ya por qué estoy aquí.

—Lo que Benteley no me ha dicho de palabra, Shaeffer lo ha explorado con el pensamiento —contestó Cartwright.

Verrick murmuró sordamente:

—Entonces, saben ustedes todo lo que yo tendría que decir a guisa de explicación —concluyó.

Alzó su maciza cabeza.

—¿Puedo dar eso por entendido?

—Sí —dijo Cartwright, asintiendo con la cabeza—. Por supuesto.

—No pretendo intentar ya nada con Herbert Moore. Por lo que a mí respecta eso está ya zanjado y listo. —Verrick luchó con su bolsillo y finalmente logró extraer una maciza pistola *Hopper*, que puso de pie contra su vaso de agua y su servilletero—. Podría muy bien matar a Benteley aquí mismo en la mesa. Pero es preferible esperar un poco. —Le asaltó una idea—. No tengo por qué matarle aquí en el balneario. Puede volver conmigo y ya le mataré por el camino, en un sitio u otro.

Shaeffer y Cartwright tuvieron un cruce de miradas. Verrick no se mostraba interesado; miraba pensativamente su pistola y sus manos con aspecto de zarpas.

—No es una cosa que nos importe mucho —dijo Cartwright—. Pero tendríamos que aclarar antes un punto. Benteley me acaba de prestar juramento, como Examinador Jefe. Ha prestado juramento posicional.

—Pero no puede —dijo Verrick—. Quebrantó el juramento que tenía conmigo; eso incapacita su libertad para prestar juramento alguno.

—Bien —dijo Cartwright—, pero es que yo no considero que él haya quebrantado el juramento que tenía con usted.

—Usted le traicionó —le explicó Shaeffer a Verrick.

Verrick reflexionó largo rato.

—No tengo idea de traición alguna. Cumplí los deberes y obligaciones que me incumbían.

—Eso no es verdad ni remotamente —contradijo Shaeffer.

Hubo un momento de silencio.

Verrick gruñó, recogió su pistola, la examinó, y volvió luego a metérsela en el bolsillo de la chaqueta.

—Tendremos que pedir consejo sobre esto —murmuró—. Probemos a traer aquí al Juez Waring.

—Magnífico —aceptó Cartwright—. Eso es satisfactorio. ¿Quiere usted alojarse aquí mientras tanto?

—Gracias —dijo Verrick con agradecimiento—. Estoy terriblemente cansado. Lo que necesito es un reposo largo y profundo. —Miró en torno—. Este parece el sitio ideal para eso.

El Juez Félix Waring era un viejecillo encorvado y cascarrabias embutido en un traje negro comido por la polilla y en un sombrero anticuado, con una pesada carpeta de legajos bajo el brazo. Era el jurista de más rango en todo el sistema y tenía una larga barba blanca.

—Sé quien es usted —rezongó concisamente, mirando a Cartwright—. Y usted también. —Inclinó la cabeza brevemente ante Verrick—. Usted y su millón de dólares oro. Ese Pellig de su invención ha resultado un chasco, ¿no es así? —Cloqueó alegremente—. Nunca me gustó el aspecto del individuo. Se veía que no serviría para nada bueno. No tenía ni un músculo suyo.

En el balneario era ya «por la mañana». La nave que había traído al Juez Waring había descargado pacíficamente a las máquinas noticiarías McMillans, a los empleados de Colina, y a más burócratas del Directorio. Técnicos de la hipervisión llegaron en su propia nave; un flujo constante de trabajadores entraba en la cúpula por las diversas válvulas. Los hombres de la telecomunicación, con rollos de cables a las espaldas, se movían de un lado a otro preparando el montaje de las emisoras. Hacia mediodía, el balneario se había convertido en una colmena de ruidosa y resuelta actividad. Había movimiento por todas partes, figuras que entraban y salían con expresiones ceñudas.

—¿Cómo va la cosa? —le preguntó un funcionario del Directorio a uno de los hombres de la hipervisión.

—Aquí no hay el espacio que se necesita. ¿Qué es aquella sala grande de allí?

—Es el salón principal de juegos.

—Eso será lo más a propósito. —El equipo se dirigió hacia el arco de entrada—. Los sonidos se liarán, pero lo que es esto quedará bien, ¿no le parece?

—No, ¡por Dios! No queremos jaleo; elija un sitio más pequeño.

—No clave nada en la cúpula —le advirtió un soldado a un obrero que estaba montando parte de un equipo de transmisión.

—Esto es bastante difícil —decía un técnico—. Este lugar está hecho para albergar a turistas y a borrachos.

La sala central de juegos se había llenado rápidamente de hombres y mujeres ataviados con vestidos veraniegos de brillantes colores. Charlaban y jugaban y se divertían mientras los técnicos y los trabajadores extendían tablados y máquinas. Los McMillans estaban por todas partes, deslizándose, torpones y apagados, entre los jugadores.

Benteley se hallaba de pie en un rincón mirando sombríamente.

Los risueños hombres y mujeres de vestidos abigarrados pasaban de acá para allá en rápidas carreras; el juego del tejo se había convertido en un deporte popular, lo mismo que el juego con globos y el fútbol. No se permitía ningún juego puramente intelectual. Aquel era un balneario psiquiátrico: los juegos eran terapéuticos. A pocos pasos de Benteley, una muchachita de cabello purpúreo estaba inclinada resueltamente sobre un coloreado tablero de tres dimensiones, formando complicadas combinaciones de formas, tonos

Librodot

y ligados, con ligeros movimientos de las manos.

—Se está bien aquí —dijo Rita O'Neill a su oído.

Benteley asintió.

—Todavía disponemos de algún tiempo antes de que empiecen.

Pensativamente, Rita arrojó un aro graciosamente pintado en mitad de una bandada de patos robots. Uno de los animalitos cayó muerto en debida forma, y en el marcador se encendió el premio conseguido.

—¿No quiere usted jugar a nada? Hacer ejercicio y divertirse, ¿no le parece? Por mi parte estoy deseando probar algunas de estas cosas.

Los dos se abrieron camino entre la gente y entraron en el gimnasio lateral. Rita era la que guiaba. Los soldados del Directorio se habían quitados sus uniformes verdes y se entusiasmaban con los campos magnéticos, los rayos de presión, los escalones artificiales de alta gravedad y otro muestrario de pertrechos para la formación de músculos. En el centro de la sala, un grupo interesado estaba viendo cómo un telépata luchaba con un robot McMillan.

—Muy saludable —dijo Benteley lúgubremente.

—¡Ay, este es un sitio maravilloso! ¿No cree usted que Leon está ahora más gordo? Tiene un aspecto muchísimo mejor desde que acabó la lata de Pellig.

—Probablemente vivirá hasta convertirse en un anciano —admitió Benteley.

Rita se sonrojó.

—No es preciso que hable usted así. ¿Es que de verdad no puede usted ser fiel a nadie? No piensa usted más que en sí mismo.

Benteley siguió andando; al cabo de un momento, Rita estaba a su lado.

—¿Cree usted que el Juez Waring va a emitir su dictamen con todos estos locos chillando a su alrededor? —preguntó Benteley.

Había llegado a una plataforma sobre la cual tostadas figuras estaban tendidas al sol.

—Todo el mundo parece que lo está pasando gozando maravillosamente. Incluso los McMillans lo están. La amenaza pasó. El asesino se ha ido.

Rita se quitó feliz sus vestidos, se los dio a un servidor mecánico y se lanzó a una de las temblorosas redes de araña. Contracampos de baja gravedad apresaron su cuerpo; giró vertiginosamente en las profundidades de la red y, al cabo de un rato, emergió, jadeante y arrebolada, buscando ansiosamente algo a que agarrarse. Benteley la ayudó a ponerse en pie.

—Tómelo con calma.

—Se me había olvidado lo de la baja gravedad. —Risueña y excitada, se separó de él y se dirigió hacia una zona más profunda de las redes—. ¡Venga, es muy divertido! Nunca me había dado cuenta antes.

—Prefiero quedarme viendo —repuso Benteley sombrío.

El cuerpo ágil de la mujer desapareció durante algún rato. La red vibraba y se distendía; por fin, la muchacha emergió a la superficie y se quedó tendida lánguidamente, con la espalda y los hombros brillándoles con el sudor producido por el sol artificial. Cerrando los ojos, bostezó satisfecha.

—Esto es muy bueno para descansar —murmuró soñolientamente.

—Este es el sitio para hacerlo —contestó Benteley, parafraseando a Verrick—. Si es que no tiene usted otra cosa en la mente.

No hubo respuesta. Rita se había quedado dormida.

Benteley permaneció con las manos en los bolsillos, rodeado por una

confusión de gozosos colores y movimientos. Gente risueña pasaba a su lado; juegos incesantes empezaban y volvían a empezar. En una esquina, Leon Cartwright estaba hablando con un hombre ceñudo, de pecho de barril. Harry Tate, presidente de la Compañía de Industrias Visuales Interplanetarias, estaba felicitando a Cartwright por el éxito que había conseguido sobre su primer asesino. Benteley se quedó mirando a los dos hombres hasta que se separaron. Por último, se apartó de las redes membranosas y se dio de cara con Eleanor Stevens.

—¿Quién es ella? —preguntó Eleanor con una voz brillante y crispada.

—La sobrina de Cartwright.

—¿Hace mucho tiempo que eres amigo de ella?

—Acabo de conocerla.

—Es bonita. Más vieja que yo, ¿verdad? —La carita de Eleanor estaba fría como el metal; le sonrió como una muñeca de papel de plata—. Debe de tener por lo menos treinta años.

—No tantos —dijo Benteley.

Eleanor se encogió de hombros.

—No importa. —Se separó bruscamente; Benteley la siguió a los pocos momentos, cansadamente—. ¿Quieres una copa? —le preguntó ella por encima del hombro—. Aquí hace un calor tan endiablado... Toda esta gritería me da dolor de cabeza.

—No, gracias —dijo Benteley mientras Eleanor retiraba rápidamente un *Martini* de una bandeja mural—. Necesito mantenerme lo más fresco posible.

Eleanor echó a andar jugueteando con el vaso entre sus dedos delgados.

—Están a punto de empezar. Dejarán que decida ese estúpido macho cabrío.

—Ya lo sé —dijo Benteley apagadamente.

—Apenas sabe lo que se trae entre manos. Verrick supo engatusarlo en la Convención; lo mismo hará ahora. ¿Hay noticias de Moore?

—La hipervisión ha montado aquí sus pantallas, para el uso de Cartwright. A Verrick no le importa; no interfiere.

—¿Y qué se ve?

—No lo sé. No me he preocupado en mirar.

Benteley se detuvo. A través de una puerta entreabierta, captó un vislumbre de una mesa y sillas, ceniceros, instrumentos registradores.

—¿Es aquí donde...?

—Esa es la habitación que han preparado. —De pronto Eleanor soltó un grito de terror—. *¡Por favor, Ted, sácame de aquí!*

Reese Verrick había pasado junto a la puerta de la habitación.

—Él lo sabe —dijo Eleanor heladamente mientras pugnaba por abrirse camino entre los risueños grupos—. Vine aquí para avisarte, ¿recuerdas? Ted, él lo sabe.

—Mala cosa —dijo Benteley vagamente.

—¿No te importa?

—Lo siento —repuso Benteley—. No hay nada que yo pueda hacerle a Reese Verrick. Si lo hubiera, supongo que lo haría. Tal vez no.

—¡Puedes matarle! —La voz de la mujer raspaba histérica—. Tienes una pistola. ¡Puedes matarle antes de que no nos mate a los dos!

—No —dijo Benteley—. No voy a matar a Reese Verrick. Eso se acabó. Esperaré y veré qué pasa. De todos modos, ya he acabado con eso.

—Y... ¿conmigo?

—Tú estabas enterada de lo de la bomba.

Eleanor se estremeció.

—Pero, ¿qué iba yo a hacer? —Corrió tras él, frenética de miedo—. Ted, yo no podía impedirlo, ¿comprendes?

—Tú estabas enterada de todo aquella noche que estuvimos juntos. Cuando me metiste en el ajo.

—¡Sí! —Eleanor se deslizaba retadoramente frente a él, bloqueándole el paso—. Es verdad. —Sus ojos verdes centelleaban furioso—. Lo sabía. Pero yo pensaba decírtelo todo. Lo pensaba, Ted.

—¡Cristo! —rechinó Benteley.

Se apartó asqueado.

—Escúchame. —Le agarró implorante del brazo—. Reese lo sabía también. Todo el mundo lo sabía. Era algo que no tenía remedio; alguien tenía que estar dentro, ¿no comprendes? ¡Contéstame! —Se tambaleaba detrás de él—. ¡Contéstame! —chillaba.

Benteley retrocedió cuando un gruñón viejecillo de barba blanca le empujó a un lado, dirigiéndose hacia la antecámara. El viejo desapareció dentro de la habitación y soltó su pesado libro sobre la mesa con un golpetazo. Se sonó la nariz, se movió en torno, examinando los sillones con mirada crítica, y por fin tomó asiento a la cabecera de la mesa. Reese Verrick, erguido sombríamente junto a las ventanas, cambió con él unas cuantas palabras. Un momento más tarde, Leon Cartwright seguía al Juez Waring.

El corazón de Benteley volvió a latir, lento y medroso. La sesión estaba a punto de comenzar.

XVI

Había cinco personas en la habitación.

El Juez Waring estaba sentado en uno de los extremos de la mesa, rodeado por sus libros de derecho y sus cintas magnetofónicas. Leon Cartwright tenía frente a frente a la poderosa figura de Reese Verrick, estando separados por dos pilas de ceniceros y un feo jarro de agua helada. Benteley y el Comandante Shaeffer estaban sentados frente a frente en el extremo inferior de la mesa. La silla final estaba vacía; Oster, los técnicos de la hipervisión, los funcionarios del Directorio, los mandamases de las Colinas habían quedado eliminados. Se hallaban en el salón de juegos, en el gimnasio y tomando el sol alrededor de la piscina. A. través de la pesada cámara de madera de la antecámara se filtraban las débiles vibraciones de hombres y mujeres jugando.

—No fumen —rezongó el Juez Waring.

Miró suspicazmente de Verrick a Cartwright y volvió a mirar a Verrick.

—¿Funciona el aparato de transcripción?

—Sí —contestó Shaeffer.

El robot registrador se deslizó ágilmente a lo largo de la mesa y se colocó en posición frente a Reese Verrick.

—Gracias —dijo Verrick, mientras reunía sus papeles y se disponía a comenzar.

—¿Es este el individuo? —preguntó Waring señalando a Benteley.

—Este es el que vine a buscar —dijo Verrick, con una breve mirada a Benteley—. Pero no es el único. Todos están violando sus juramentos,

volviéndose desleales y traicionándome. —Su voz se arrastraba vagamente—. Desde luego no es como en los viejos tiempos. —Se levantó y prestó declaración con voz tranquila—. Benteley fue despedido por Pájaro Lira. Era un clasificado cesante, sin posición alguna. Vino a verme a Batavia, buscando una posición 8-8; ese es su rango. Las cosas iban mal para mí por aquel entonces. Yo no sabía lo que me esperaba; estaba pensando incluso, en deshacerse de parte de mi Plana Mayor. Sin embargo, lo acepté, a pesar de mi propia inseguridad. Le tomé en mi séquito, le di un apartamento en Farben.

Shaeffer lanzó una rápida mirada a Cartwright; iba por delante de las palabras habladas de Verrick.

—Todo estaba en desorden, pero le di a Benteley lo que quería. Le puse en mi Plana Mayor de Investigaciones Bioquímicas. Le di una mujer con la que pudiera estar, que le diese de comer, y que cuidase de él. Le hice participar en mi proyecto más importante. —Verrick alzó la voz un poco—. Se le dio una posición responsable en el proyecto, ante la insistencia que mostraba. Declaró que quería situarse en un alto nivel. Confié en él y le concedí lo que pedía. En el momento crítico, me traicionó. Mató a su superior inmediato, estropeó su obra y huyó. Fue demasiado cobarde para seguir adelante, por eso rompió su juramento. El proyecto decisivo se hundió por culpa suya. Vino aquí a bordo de una nave del Directorio y trató de juramentarse con el Examinador Jefe.

Verrick guardó silencio. Había terminado.

Benteley escuchaba las palabras con una especie de sombría sorpresa que iba creciendo gradualmente. ¿Era eso lo que había pasado? Waring le estaba mirando con curiosidad, aguardando a que hablara. Benteley se encogió de hombros. No tenía nada que decir. Aquello se le escapaba totalmente de las manos.

Cartwright tomó la palabra.

—¿Cuál era la misión de Benteley en ese proyecto?

Verrick vaciló.

—Substancialmente estaba haciendo el mismo trabajo que los demás miembros 8-8.

—¿Había alguna diferencia?

Verrick guardó silencio unos momentos.

—Que yo recuerde, ninguna.

—Eso es una mentira —le dijo Shaeffer al Juez Waring—. Sabe que existe una diferencia.

Verrick asintió a regañadientes.

—Había una diferencia —admitió—. Benteley solicitó y obtuvo la posición inicial. Habría llevado el proyecto hasta su escalón final. Se confiaba en él enteramente.

—¿Cuál era ese escalón? —preguntó el Juez Waring.

—La muerte de Benteley —contestó Cartwright.

Verrick no le contradijo. Examinó sus papeles con mal humor hasta que por fin el Juez Waring le preguntó:

—¿Es eso verdad?

Verrick asintió con la cabeza.

—¿Lo sabía Benteley? —preguntó el Juez Waring.

—Al principio, no. No era posible darle de golpe todos los informes; estaba recién llegado a la Plana Mayor. Me traicionó en cuanto se enteró —Las

Librodot

pesadas manos de Verrick agarraron sus papeles convulsivamente—. Destrozó el proyecto. Todos se marcharon; todos me dejaron solo.

—¿Qué otra persona le traicionó a usted? —preguntó Shaeffer con curiosidad.

La fuerte mandíbula de Verrick se movió.

—Eleanor, Stevens. Herb Moore.

—¡Oh! —dijo Shaeffer—, yo creía que Moore era el hombre al que había matado Benteley.

Verrick asintió.

—Moore era su inmediato superior. Estaba encargado del proyecto.

—Si Benteley mató a Moore, y Moore le había traicionado a usted... —Shaeffer se volvió hacia el Juez Waring—. Parece como si Benteley hubiese obrado en la forma que debía hacerlo un vasallo leal.

Verrick barbotó:

—Moore me traicionó después. Después de que Benteley...

Se interrumpió.

—Siga —dijo Shaeffer.

—Después de que Benteley lo mató —dijo Verrick estólidamente y con dificultad.

—¿Qué quiere decir eso? —preguntó el Juez Waring testarudamente—. No comprendo nada.

—Dígale en qué consistía el proyecto —sugirió Shaeffer suavemente—. Entonces comprenderá.

Verrick estudió el pedazo de mesa que tenía frente a él. Enrolló un papel y habló por fin.

—No tengo nada más que decir. —Se puso en pie lentamente—. Retiró la acusación relativa a la muerte de Moore. Eso realmente no tiene importancia.

—¿En qué términos mantiene usted entonces la acusación? —preguntó Cartwright.

—Benteley se marchó y abandonó su trabajo. Abandonó la tarea que yo le había asignado, la tarea de la que se encargó cuando me prestó juramento.

»Sí —insistió—. Tenía que haber permanecido a mi lado. Era su misión.

Cartwright se puso también en pie.

—No tengo nada que decir —le anunció al Juez Waring—. Acepté el juramento de Benteley porque le consideré legítimamente liberado de su anterior juramento a Verrick. Consideré que era éste quien había violado el juramento, Benteley era enviado a la muerte sin saberlo. Se da por supuesto que un protector no debe enviar a una muerte no voluntaria a un vasallo clasificado. Si el vasallo tiene una clasificación, hay que obtener previamente su consentimiento por escrito.

La barba del Juez Waring se movía arriba y abajo.

—Un vasallo clasificado tiene que dar su consentimiento. Un protector sólo puede destruir a su vasallo clasificado de forma que vaya en contra de la voluntad de éste, si el vasallo ha quebrantado su juramento. Al romperlo, el vasallo renuncia a sus derechos, pero sigue siendo propiedad de su protector. —El Juez Waring recogió sus libros de derecho y sus cintas magnetofónicas—. El caso estriba ahora en un punto. Si el protector en cuestión fue el primero que rompió por su parte el juramento, el siervo en cuestión estaba legalmente dentro de su derecho al dejar su trabajo y marcharse. Pero si el protector no rompió el juramento con anterioridad a la

marcha del vasallo, entonces, éste es un felón merecedor de la pena de muerte.

Cartwright se dirigió hacia la puerta. Verrick iba detrás de él, con el rostro pesado lleno de sombras y de maquinaciones, las manos hundidas en los bolsillos.

—Así queda pues la cosa —dijo Cartwright—. Aguardamos su decisión.

Benteley estaba con Rita O'Neill cuando la decisión llegó. Shaeffer se le acercó brevemente.

—He estado explorando al Juez Waring —dijo—. Por fin se ha decidido.

En el balneario era ya el «anochecer». Benteley y Rita estaban sentados en uno de los pequeños bares laterales del refugio, dos sombras vagas en la penumbra crepuscular que se cernía en torno a su mesa. Una sola bujía de aluminio temblaba entre ellos. Funcionarios del Directorio estaban sentados acá y allá en la habitación, susurrando, mirando delante de sí con aire ausente, sorbiendo sus bebidas. Un McMillan se movía silenciosamente alrededor.

—Bueno —preguntó Benteley—, ¿qué se sabe?

—Ha decidido en favor de usted —dijo Shaeffer—. Lo anunciará dentro de pocos minutos. Cartwright me encargó que se lo comunicase a usted lo antes posible.

—Entonces, Verrick no tiene ya derecho alguno sobre mí —comentó Benteley asombrado—. Estoy a salvo.

—Así es. —Shaeffer se retiró de la mesa—. Mi enhorabuena.

Se dirigió hacia la entrada y desapareció.

Rita puso su mano sobre la de Benteley.

—¡Gracias al Cielo!

Benteley no sentía emoción alguna, sólo una especie de deslumbramiento vacío.

—Supongo que esto lo arregla todo —murmuró.

Con aire ausente, miraba cómo una ola de calor ascendía sobre la superficie de la pared, flotaba bajo el techo y bajaba luego como una liquida tela de araña. Volvió a disolverse en arabescos y festones, luego se formó una vez más e inició su lenta ascensión hacia lo alto.

—Tendríamos que celebrarlo —propuso Rita.

—Sí, la verdad es que estoy donde quería estar. —Benteley terminó de tomarse el resto de su bebida—. Trabajando para el Directorio. Juramentado con el Examinador Jefe. Eso era lo que yo iba buscando, este día. Parece que hiciera un tiempo infinito. Bueno, ya he llegado por fin.

Miró al fondo de su vaso y se quedó callado.

—¿Qué tal se siente usted?

—No muy diferente.

Rita apretó una caja de fósforos y dejó caer los fragmentos junto a la bujía metálica.

—No está usted satisfecho, ¿verdad?

—Estoy tan lejos de hallarme satisfecho como sea posible hallarse humanamente.

—¿Por qué? —preguntó ella suavemente.

—En realidad no he hecho nada. Creí que la culpa era de las Colinas, pero Wakeman tenía razón. No son las Colinas; es la sociedad entera. La hediondez está por todas partes. Retirarse de las Colinas no sirve para nada:

ni a mí ni a nadie. —Retiró su vaso irritadamente—. Con la misma razón podría agarrarme la nariz y decir que ya no está. Pero eso no basta. Es preciso hacer algo. Toda esta cosa brillante y débil hay que arrancarla. Está podrida, hedionda... a punto de caer sobre el rostro. Pero hay que erigir algo en su lugar; hay que construir algo. No basta con arrancar. *Tengo que contribuir a la erección de algo nuevo*. Ha de ser diferente y para distintas personas. Me gustaría hacer algo que cambiase las cosas de verdad. Tengo que hacer algo que cambie las cosas.

—Quizá pueda usted.

Desde donde estaba sentado, Benteley dirigió una mirada al futuro.

—¿Cómo? ¿De dónde va a llegarme la oportunidad? Todavía soy un vasallo. Estoy atado y bajo juramento.

—Es usted joven. Los dos somos jóvenes. Tenemos por delante un montón de años para hacer cosas y planearlas. —Rita levantó su vaso e hizo seña a un McMillan para que llenara el de su compañero—. Disponemos de toda una vida para alterar el curso del Universo.

Benteley sonrió.

—Muy bien. Beberé por eso. —Alzó el vaso y rozó el de ella, produciendo un claro tintineo—. Pero no demasiado. —Su sonrisa se desvaneció—. Verrick está rodando todavía. Esperaré a que se marche para beber a gusto.

Rita jugueteaba acercando trocitos de papel a la llama de la bujía.

—¿Qué pasaría si él le matara a usted?

—Le condenarían a muerte.

—¿Qué pasaría si matara a mi tío?

—Le retirarían su tarjeta de disponibilidad. Nunca podría ser Examinador Jefe.

—De todas maneras no podrá serlo nunca —dijo Rita tranquilamente.

—¿Que idea se le ha ocurrido? —preguntó Benteley incorporándose—. ¿En qué está usted pensando?

—No creo que vaya a marcharse con las manos vacías. No puede pararse en el sitio a que ha llegado. —Alzó la mirada hacia él con sus ojos oscuros y serios—. No ha acabado nada, Ted. Tiene que matar a alguien. Te lo aseguro.

Benteley se dispuso a contestar, un tanto asombrado por el tuteo de la muchacha. En aquel momento una delgada sombra se proyectaba sobre la mesa. Él alzó la mirada al mismo tiempo que se llevaba una mano al bolsillo y sentía la frialdad de la empuñadura de su pistola.

—¡Hola! —dijo Eleanor Stevens—. ¿Os importa que me quede con vosotros?

Se sentó muy tranquila frente a ellos, cruzando las manos mientras miraba a Rita con una sonrisa fija y mecánica en los labios. Luego, sus ojos llamearon brillantemente hacia Benteley y volvieron de nuevo hacia Rita. En la penumbra del bar, su cabello brillaba con un rojo profundo, suave y pesado contra sus pechos y sus hombros desnudos.

—¿Quién es usted? —preguntó Rita.

Bailándole los grandes ojos verdes, Eleanor se inclinó hacia delante para encender su cigarrillo en la bujía.

—Nada más que un hombre. Ni siquiera una persona ya. ¿No tengo razón, Ted?

—Será mejor que te vayas de aquí —indicó Benteley—. No creo que a Verrick le haga gracia saber que estás con nosotros.

—No he visto a Verrick desde que llegué aquí. Excepto a distancia. Quizá

le abandone. Puede que me vaya; todo el mundo parece estar haciendo lo mismo.

—Ten cuidado —dijo Benteley.

—¿Cuidado? ¿Cuidado de qué? —Eleanor sopló una bocanada de humo gris en torno a Benteley y a Rita—. No pude menos que oír lo que estabais diciendo. Tiene usted razón. —Sus ojos se fijaban intensamente en Rita; hablaba presurosa, con una voz seca y crispada—. Verrick está tratando de decidir. Es a ti a quien necesita, Ted, pero se contentará con Cartwright si no logra atraparte. Está en sus habitaciones, tratando de madurar un plan. Está acostumbrado a contar con Moore para que le arregle las cosas en una especie de ecuación matemática. Asignando un valor arbitrario de más 50 por matar a Benteley. Pero contando con menos 100 por ser fusilado a cambio. Asignando un valor arbitrario de más 40 por matar a Cartwright. Pero fijando un menos 50 por perder su tarjeta de disponibilidad. De las dos maneras, pierde.

—Eso es verdad —dijo Benteley cautelosamente—. Pierde de todas formas.

—Hay otra solución —dijo Eleanor brillantemente—. Esta se me ha ocurrido a mí. —Le sonrió a Rita alegremente—. Es decir, se le ocurrió a usted, pero he sido yo la que he formulado la ecuación. Asignar un valor arbitrario de más 40 por matar a Cartwright. Y luego probar esto: asignar un menos 100 por Cartwright por ser muerto. Eso por lo que se refiere a esta parte, por Reese. Después hay la parte mía, pero no es mucho.

—No comprendo una palabra de lo que está usted hablando —dijo Rita con indiferencia.

—Yo, sí —dijo Benteley—. *¡Cuidado!*

Eleanor se había movido ya. Puesta en pie como un gato silencioso, empuñó la bujía de aluminio y acercó el tubo de llama a la cara de Rita.

Benteley apartó la bujía de un manotazo; con un pequeño chasquido, rodó por la mesa y se estrelló en el suelo. Silenciosamente, Eleanor se deslizó en torno a la mesa y a Rita O'Neill. Esta la miraba con aire aterrorizado. Su cabello negro y su piel estaban humeando y chisporroteando; el acre olor de carne quemada llenaba la atmósfera cargada del bar. Eleanor apartó la mano de la mujer. Algo brilló entre los dedos de la joven, un largo alfiler que apuntaba recto a los ojos de Rita. Benteley dio un empujón a la agresora. Ella se agarró a él desesperadamente, dando zarpazos y golpes a ciegas hasta que él la expulsó con violencia. Con verdes ojos salvajes y vidriosos, la muchacha salió corriendo y desapareció entre las negras sombras de la sala.

Benteley se volvió rápidamente hacia Rita O'Neill.

—Estoy perfectamente —dijo Rita con un castañeteo de dientes—. Gracias. La bujía no me alcanzó del todo, y el alfiler no me dio. Es mejor que trates de cogerla.

Por todas partes la gente se levantaba y empezaba a correr. Eleanor había desaparecido ya del bar, y estaba en el pasillo. Un practicante McMillan rodó eficientemente desde su cuartillo de espera, entró en el bar y se acercó a la mesa. Rápidamente despejó a los curiosos, incluido el propio Benteley.

—Vete —dijo Rita pacientemente, con las manos sobre la cara, descansando los codos en la mesa—. Sabes a donde ha ido. Trata de detenerla. Figúrate lo que Verrick va a hacerle.

Benteley salió del bar. El corredor estaba desierto. Se precipitó hacia el ascensor de descenso. Un momento más tarde estaba ya en la planta baja del balneario. Algunas personas rondaban aburridas. En el extremo más

alejado del corredor, vio una mancha verde y rojo, corrió hacia allí. Dobló un recodo y se quedó clavado en el suelo.

Eleanor Stevens estaba en pie frente a Reese Verrick.

—Escúchame —estaba ella diciendo—. ¿No comprendes? *Es la única solución*. —Se alzó su voz en un pánico estridente—. Reese, por el amor de Dios, créeme. ¡Vuelve a admitirme! Estoy muy arrepentida. No lo haré de nuevo. Te dejé, pero no lo haré de nuevo. Te he traído esto, ¿no es verdad?

Verrick miró a Benteley. Sonrió ligeramente y dio un paso para agarrar con firmeza la muñeca de Eleanor entre sus dedos de acero.

—Vamos a regresar. Los tres juntos.

—La ha entendido usted mal —le dijo Benteley—. Ella no pensaba traicionarle. Le es completamente leal.

—No lo creo —dijo Verrick—. No vale nada. Es traidora, pueril. No es buena.

—Entonces, déjela ir.

Verrick reflexionó.

—No —dijo por fin—. No la dejaré ir.

—¡Reese! —imploró la muchacha—. ¡Te he contado lo que ellos decían! Te he dicho cómo podrías hacerlo. ¿No comprendes? Puedes hacerlo ahora. He sido yo quien te he dado la posibilidad. ¡Admíteme de nuevo, por favor! ¡Admíteme de nuevo!

—Sí —reconoció Verrick—, puedo hacerlo. Pero ya lo había pensado yo.

Benteley avanzó rápidamente. Pero esta vez no lo hizo lo bastante aprisa.

—¡Ted! —chilló Eleanor—. ¡Ayúdame!

Verrick la alzó en vilo, y en tres zancadas gigantes se acercó a una válvula de aprovisionamiento. Tras la cúpula transparente, se extendía la muerta y lívida superficie de la Luna. Verrick levantó en alto a la muchacha que gritaba y se debatía, y, con rápido impulso, la arrojó por la válvula, fuera de la cúpula.

Benteley se quedó paralizado mientras Verrick se apartaba de la válvula. La joven se tambaleó y cayó entre los deshechos y montones de frígidas rocas, moviendo los brazos como aspas, saliéndole por la boca y la nariz el aliento en una nube helada. Cayó y trató de ponerse en pie; su cuerpo medio se volvió hacia la cúpula, con el rostro distorsionado, los ojos salientes. En un segundo de agonía se arrastró hacia Benteley, con las manos alzadas, encogiéndose fútilmente.

Luego, el pecho y la cavidad visceral estallaron. Benteley cerró los ojos mientras una masa en expansión de órganos rotos y en jirones estallaban en el vacío sin aire de la superficie lunar, una explosión aterradora de partes orgánicas que inmediatamente se solidificaron en rígidos cristales. Se acabó. La muchacha estaba muerta.

Atontado, Benteley sacó su arma. La gente venía corriendo por el pasillo; un timbre de alarma se lamentaba lastimero arriba y abajo. Verrick seguía en pie, impasible, sin expresión alguna.

Shaeffer retiró el arma de la crispada mano de Benteley.

—No sirve de nada; ya está muerta. Completamente muerta.

Benteley asintió:

—Sí, ya lo sé.

Shaeffer se guardó la pistola.

—Me quedaré con esto.

—Pero ha sido él quien la ha matado —dijo Benteley.

—Es legal —explicó Shaeffer—. Ella no estaba clasificada.

Benteley se alejó. Vagamente, se encaminó hacia la rampa en dirección a la enfermería. En torno a él, flotaban imágenes de la muchacha muerta, mezcladas con el rostro quemado de Rita O'Neill y el frío horror muerto de la superficie de la Luna. Se tambaleó en la rampa de ascenso y empezó a subir lúgubremente.

Unas duras pisadas y una respiración fuerte y áspera sonaban a su espalda. La rampa osciló bajo un peso poderoso. Verrick le había seguido.

—Espere un momento, Benteley —dijo—. Iré con usted. Necesito discutir con Cartwright una proposición que voy a hacerle, una transacción de negocios que creo que le interesará.

Verrick aguardó hasta que el Juez Waring, rezongando y luchando con su sillón, tomó asiento por fin. Frente a él, Cartwright se sentaba rígido y palidísimo, recién salido de un shock.

—¿Cómo está su sobrina? —preguntó Verrick.

—Pronto estará bien —dijo Cartwright—. Gracias a Benteley.

—Sí —admitió Verrick—. Siempre pensé que Benteley valía. Supe que sería capaz de actuar cuando fuese necesario. ¿Fue en la cara donde Eleanor golpeó?

—Han podido arreglársela con un injerto. El golpe no le llegó a los ojos; el daño principal está en la piel y en los cabellos. Pero donde la muchacha quería darle era en los ojos.

Benteley no podía dejar de mirar a Reese Verrick. Este se mostraba tranquilo y reprimido. Su respiración había vuelto a hacerse normal; en la cara tenía una expresión lúgubre y preocupada, pero sus manos habían dejado de temblar. Era como si estuviera recobrando fuerzas después de una orgía de pasión sexual, un espasmo de entrega total, breve y abrumador.

—¿Qué desea usted? —le preguntó Cartwright, quien, seguidamente, se volvió hacia el Juez Waring—. No sé de qué se trata.

—Yo tampoco —admitió el Juez Waring enojado—. ¿Qué significa esto, Reese? ¿Qué ha pensado usted?

—Quiero que esté usted presente —le dijo Verrick—. Tengo una propuesta que hacerle a Cartwright. Me interesa que usted la oiga y vea que es legal. —Se sacó su voluminosa pistola y la colocó en la mesa, frente a él—. Hemos llegado a un punto muerto. Creo que todos estamos de acuerdo en eso. Usted no puede matarme, Leon. Yo no soy un asesino; eso sería un crimen y usted tendría que responder. Estoy aquí como huésped.

—Se le ha dado la bienvenida como tal —dijo Cartwright con voz átona, sin apartar los ojos de Verrick.

—Vine aquí para matar a Benteley, pero no puedo. Mate ahogado por todas partes: usted no puede matarme, yo no puedo matar a Benteley, y no puedo matarle a usted.

Silencio.

—¿O quizá sí puedo? —dijo Verrick pensativamente.

Examinó su pistola.

—Creo que podría.

El Juez Waring tomó la palabra con aire de disgusto:

—Se quedaría usted fuera del juego del Minimax durante todo el resto de su vida. Eso sería cometer una acción estúpida. ¿Qué iba a sacar usted de eso?

Librodot

—Placer. Satisfacción.

—¿Le sería satisfacción perder su tarjeta de disponibilidad? —preguntó el Juez Waring.

—No —admitió Verrick—. Pero tengo mis tres Colinas. Eso no quedaría afectado.

Cartwright no se movía. Asentía tenuemente, siguiendo la línea de razonamientos de Verrick. Habló por fin:

—Por lo menos, saldría usted vivo de esto. Ya eso sería llevarme mucha ventaja, ¿no es así?

—Exacto —admitió Verrick—. Yo no sería Examinador Jefe, pero tampoco lo sería usted. Tendrían que mover de nuevo la botella.

Shaeffer entró en la habitación. Miró al Juez Waring y tomó asiento.

—Leon —le dijo a Cartwright—, este es un farol que se está tirando. La muchacha le dio la idea antes de que él la matara. No tiene intención de matarte. Sólo quiere asustarte... —Los ojos fríos de Shaeffer chispearon—. Es interesante.

—Ya lo sé —dijo Cartwright—. Va a proponerme una alternativa: Muerte o *un arreglo*. ¿Cuál es el arreglo, Reese?

Verrick se metió la mano en el bolsillo y sacó su tarjeta de disponibilidad.

—Un cambio —dijo—. Su tarjeta por la mía.

—Pero eso le hará a usted Examinador Jefe —observó Cartwright.

—Y usted seguirá con vida. Saldrá de todo esto sano y salvo. Yo saldré con el Examinantazgo. El jaque ahogado queda roto.

—Pero entonces usted se quedará con Benteley —dijo Cartwright.

—Así es —contestó Verrick.

Cartwright se volvió hacia Shaeffer.

—¿Me matará si rehuso?

Shaeffer guardó silencio un largo rato.

—Sí —dijo por fin—. Te matará. No se irá de aquí sin matarte o sin que le devuelvas a Benteley. Si no aceptas el trato, te matará y renunciará a su tarjeta. Si aceptas el trato, volverá a quedarse con Benteley. De cualquiera de las formas, se llevará a uno de vosotros dos. Sabe que no puede quedarse con ambos.

—¿Qué preferiría él? —preguntó Cartwright interesado.

—Preferiría tener a Benteley. Ha llegado a una situación tal, que te respeta, casi te admira. Quiere tener de nuevo a Benteley bajo su mando.

Cartwright buscó en sus bolsillos hasta que encontró su remilgado paquetito de tarjetas de disponibilidad. Las revisó lentamente.

—¿Es esto legal? —le preguntó al Juez Waring.

—Puede usted hacer el trato —contestó Waring con un gruñido—. La gente las está comprando y vendiendo a cada momento.

Benteley medio se levantó. Hizo un gesto de impotencia.

—Cartwright, ¿de verdad va usted...?

—Siéntese y estese quieto —disparó el Juez Waring secamente—. Usted no tiene nada que decir en este asunto.

Cartwright encontró la tarjeta correcta, la comparó con sus demás papeles y luego la puso encima de la mesa.

—Esta es la mía.

—¿Quiere usted cambiar? —preguntó Verrick.

—Así es.

—¿Comprende bien lo que eso significa? Legalmente está renunciando a

su posición. Con su tarjeta lo pierde todo.

—Ya lo sé —dijo Cartwright—. Entiendo la Ley.

Verrick se volvió y se quedó mirando a Benteley. Los dos se contemplaron uno a otro durante unos segundos, sin pronunciar una palabra. Luego Verrick gruñó:

—Es un trato —dijo.

—Espere —dijo Benteley roncamente—. Por el amor de Dios, Cartwright. Usted no puede... —Se interrumpió fútilmente—. ¿Sabe usted lo que me hará, no lo sabe?

Cartwright no le echó cuenta. Estaba guardándose de nuevo el paquetito de tarjetas de disponibilidad en el bolsillo de la chaqueta.

—Continuemos —le dijo suavemente a Verrick—. Terminemos esto para que yo pueda bajar y ver cómo está Rita.

—Muy bien —dijo Verrick.

Se adelantó y recogió la tarjeta de disponibilidad de Cartwright.

—Ahora soy yo el Examinador Jefe.

La mano de Cartwright salió de su bolsillo. Con su pequeña y anticuada pistola, le disparó a Reese Verrick directamente en el corazón. Todavía empuñando la tarjeta de disponibilidad, Verrick se deslizó hacia delante y cayó de bruces sobre la mesa, con los ojos desorbitados, la boca abierta por el asombro.

—¿Es esto legal? —le preguntó Cartwright al viejo Juez.

—Sí —admitió Waring admirativamente—. Absolutamente legal. —Inclinó la cabeza solemnemente—. Ni que decir tiene que usted perderá ese paquete de tarjetas que conserva en su poder.

—Ya lo sé —respondió Cartwright.

Se las alargó al Juez.

—Me gusta estar aquí en el balneario. Esta es la primera vez que me he encontrado en un moderno balneario de recreo. Tengo el proyecto de tomar baños de sol y disfrutar un poco. Soy un hombre viejo y estoy cansado.

Benteley jadeó:

—Está muerto. Se acabó.

—¡Oh, sí! —asintió Cartwright—. Se acabó del todo. —Se puso en pie—. Ahora podremos bajar y ver cómo está Rita.

XVII

Rita O'Neill estaba en pie cuando Benteley y Cartwright entraron en la enfermería.

—Me encuentro muy bien —dijo roncamente—. ¿Qué ha pasado?

—Verrick está muerto —dijo Benteley.

—Sí, todos hemos acabado —añadió Cartwright.

Se acercó a su sobrina y besó el pálido halo transparente de vendaje que cubría el rostro de la mujer.

—Has perdido un poco de cabello.

—Ya volverá a crecer —dijo Rita—. ¿Ha muerto realmente? —Se sentó agitada en una reluciente mesa de operaciones—. ¿Has podido matarle y salir con vida?

—He salido con todo menos con mi tarjeta de disponibilidad —dijo Cartwright.

Librodot

Explicó lo que había sucedido.

—Ahora no hay ningún Examinador Jefe. La botella tendrá que ser puesta boca abajo. Se tardará un día o dos en disponer el mecanismo. —Sonrió astutamente—. Tengo motivos para saberlo; he trabajado en ella muchísimas veces.

—Cuesta trabajo creerlo —dijo Rita—. Parece como si siempre hubiera habido un Reese Verrick.

—Pues, sin embargo, es verdad.

Cartwright rebuscó en sus bolsillos y sacó un deteriorado librito de notas. Hizo una señal en una de las páginas y luego lo cerró.

—Ya está todo arreglado menos lo de Herb Moore. Todavía hemos de preocuparnos de eso. La nave no se ha posado aún, y el cuerpo Pellig está por algún sitio de la zona, a unos cuantos cientos de miles de kilómetros del Disco Llameante. —Vaciló y continuó luego—: A decir verdad, el monitor de la hipervisión comunica que Moore llegó ya a la nave de Preston y entró en ella.

Se produjo un silencio embarazoso.

—¿Puede destrozar nuestra nave? —preguntó Rita.

—Fácilmente —contestó Benteley—. Probablemente también podrá dañar una buena parte del Disco al mismo tiempo.

—Quizá John Preston le haga algo —sugirió Rita esperanzadamente, aunque sin mucha convicción en la voz.

—Parte de esto depende del futuro Examinador Jefe —indicó Benteley—. Una especie de tripulación especializada debería salir y cercar a Moore. El cuerpo se estará deteriorando; podríamos destruirle de una forma u otra.

—Pero no después de que llegue junto a Preston —dijo Cartwright sombríamente.

—Creo que deberíamos acercarnos al nuevo Examinador Jefe y hacerle la propuesta —insistió Benteley—. Moore puede ser una amenaza para el sistema.

—Desde luego.

—¿Cree usted que el nuevo Examinador Jefe consentirá?

—Creo que sí —dijo Cartwright—, puesto que el próximo Examinador Jefe lo será usted. Es decir, suponiendo que todavía conserve la tarjeta de disponibilidad que le di.

Benteley tenía la tarjeta. Con aire incrédulo, la sacó y la examinó. La tarjeta se le escapó de los dedos temblorosos; volvió a cogerla y la enarboló nerviosamente.

—¿Espera usted que me crea eso?

—No. No mientras no transcurran veinticuatro horas.

Benteley dio vueltas a la tarjeta y la examinó por todas partes. La tarjeta tenía el mismo aspecto que cualquier otra; la misma forma y tamaño y color y contextura.

—¿Dónde diablos la consiguió usted?

—El propietario original pensó que cinco dólares era un buen precio por ella, teniendo en cuenta las condiciones del mercado. Me he olvidado de su nombre.

—¿La ha llevado usted todo este tiempo?

—He llevado un paquete entero —contestó Cartwright—. Con esa he perdido dinero, pero quería asegurarme que usted la aceptaría. Y quería estar seguro de que era una transacción legal y con fuerza de obligar. No un

préstamo, sino una venta regular, el tipo de ventas que se practica a cada momento.

—Déme algún tiempo para pensar en esto —pidió Benteley mientras volvía a guardarse la tarjeta en el bolsillo—. ¿Realmente es esto verdad?

—Lo es —contestó Cartwright—. Y no la pierda.

—Entonces usted tiene un método de predicción. Eso que todo el mundo ha estado buscando. Por eso consiguió ser Examinador Jefe.

—No —contestó Cartwright—. No puedo predecir los movimientos de la botella ni más ni menos que pueda hacerlo cualquier otra persona. No tengo fórmula ninguna.

—¡Pero usted tenía esa tarjeta! ¡Usted sabía lo que iba a pasar!

—Lo que yo hice —confesó Cartwright— fue hacer trampas en la maquinaria de la botella. Durante mi vida he ido a Ginebra más de mil veces. Me despojé de un prejuicio. Puesto que no puedo predecir lo que va a hacer, es mejor que yo me adelante. Coloqué los números de las tarjetas de disponibilidad que había podido comprar, de tal manera que constituyesen las nueve oscilaciones futuras. Si piensa usted un minuto, verá que llegué a ser Examinador Jefe con mi propia tarjeta de disponibilidad, no con una comprada. De esa forma, me libraba de sospechas si alguien se detenía a analizar la cosa.

—¿Cuánto tiempo hace que empezó usted a trabajar en esto? —preguntó Benteley.

—Desde que era muchacho. Como todo el mundo, quería perfeccionar un sistema estúpido por el cual predecir los tumbos de la botella. Estudié todos los papeles referentes a la construcción de la misma, el Principio de Heisenberg, todo lo relativo al azar y a la predicción, a la causa y al efecto. Entré como reparador general en un equipo electrónico. Cuando frisaba ya en los cuarenta, estuve trabajando en la botella en Ginebra, en los controles básicos. Por aquella época me di cuenta de que no podía predecir nada. Nadie puede. El Principio de la Incertidumbre es lo que domina; el movimiento de partículas subatómicas sobre el cual están basados los giros se halla más allá de todo posible cálculo humano.

—¿Era eso moral? —preguntó Benteley—. Ese dar coces sobre el aguijón.

—Estuve jugando el juego durante años —dijo Cartwright—. La mayoría de la gente sigue jugándolo toda la vida. Luego empecé a darme cuenta de que las reglas estaban montadas de forma que yo no pudiese nunca ganar. ¿Quién puede querer esa clase de juego? Estamos apostando contra la casa, y la casa siempre gana.

—Eso es verdad —admitió Benteley.

Al cabo de un rato, dijo:

—No, no tiene objeto jugar en un juego amañado. Pero, ¿cómo se reacciona? ¿Qué se hace cuando se descubre que las reglas están fijadas de tal modo que es imposible ganar?

—Se hace lo que yo hice: se redactan nuevas reglas y se juega con ellas. Reglas en las que todos los jugadores tengan las mismas oportunidades. Y el juego del Minimax no da esas oportunidades. El juego del Minimax, todo el sistema de los clasificados, está erigido contra nosotros. Por eso me dije a mí mismo, ¿qué reglas serían las mejores? Me senté y las confeccioné. A partir de entonces, jugué de acuerdo con ellas, como si ya estuvieran funcionando. —Añadió—: Y me incorporé a la Sociedad Preston.

—¿Por qué?

Librodot

—Porque Preston veía también a través de las reglas. Quería lo que yo quería, un juego en el que todo el mundo tuviese una probabilidad de ganar. No es que yo crea que al finalizar el juego todo el mundo deba llevarse las mismas ganancias. No pretendo dividir las ganancias equitativamente. Pero creo que cada cual debe tener su oportunidad para participar de ellas.

—Entonces, usted sabía que era Examinador Jefe incluso antes de que vinieran a notificárselo.

—Lo sabía con semanas de anticipación. La última vez que me llamaron para reparar la botella pude insertar un mecanismo de desviación. Cada vez que trabajaba en la maquinaria introducía más y más variaciones. Al final, conseguí un control completo. En este momento no opera en forma alguna al azar. La tengo controlada desde hace años. Pero ya no será necesario. Ahora no tengo necesidad de defender a nadie.

—¿A qué se va a dedicar usted? —preguntó Benteley—. Ya no le es posible volver de nuevo al poder.

—Ya se lo he dicho: voy a retirarme. Rita y yo nunca dejamos de trabajar lo suficiente como para disfrutar un poco. Voy a pasar el resto de mis días tomando el sol en algún balneario moderno de reposo, como éste. Me propongo dormir, contemplar e imprimir folletos.

—¿Qué clase de folletos?

—Sobre el Cuidado y Mantenimiento de los Equipos Electrónicos —dijo Cartwright—. Mi especialidad.

Rita tomó la palabra:

—Te quedan veinticuatro horas, Ted. Luego serás Examinador Jefe. Estás donde estaba mi tío hace pocos días. Aguardando que vengan a traerte la notificación. Fue un momento emocionante cuando les oímos aterrizar en el tejado. Y cuando el Comandante Shaeffer llegó enarbolando su cartera.

—Shaeffer está enterado —dijo Cartwright—. Él y yo preparamos esto antes de darle yo a usted la tarjeta.

—¿Entonces, el Cuerpo va a acatar el giro de la botella?

—El Cuerpo va a acatarle a *usted* —contestó Cartwright con calma—. Va a ser una ruda tarea. Están sucediendo cosas. Las estrellas se abren como flores. El Disco está cerca, a mitad de camino. Todo el sistema va a cambiar.

—¿Crees que podrás con tanto? —le preguntó Rita a Benteley.

—Creo que sí —contestó Benteley pensativamente—. Quería llegar a un sitio donde me fuera posible cambiar cosas; ya he llegado. —De pronto se echó a reír—. Soy probablemente la primera persona que se halla bajo juramento prestado ante sí mismo. Soy protector y vasallo al mismo tiempo. Tengo poder de vida y muerte sobre mí mismo.

—Quizá —dijo Cartwright, impresionado— cunda el ejemplo. Parece un juramento hermoso ese. Acepta usted la responsabilidad completa tanto por lo que se refiere a la protección como al cumplimiento de la obra. No tiene usted que responderle a nadie, sino a su propia conciencia. ¿Es esa la expresión exacta?

El Comandante Shaeffer entró corriendo en la habitación.

—Es la expresión exacta, según los discos de historia. Les traigo algunas noticias. El monitor de la hipervisión ha transmitido el informe final sobre Moore.

Transcurrieron unos momentos. Luego, Cartwright reaccionó.

—¿Final?

—Los operadores de la hipervisión pudieron seguir al cuerpo sintético

hasta el momento en que entró en la nave de Preston; de eso ya están ustedes enterados. El cuerpo entró en la nave, habló con Preston, y empezó a estudiar la maquinaria que sostiene a Preston. En aquel instante la imagen se cortó.

—¿Se cortó? ¿Por qué?

—Según los técnicos de la reparación, el cuerpo sintético estalló. Moore, la nave, John Preston y su maquinaria, quedaron convertidos en ceniza. Una imagen visual directa ha sido ya captada por astrónomos interplanetarios.

—¿Hubo algún detonador que hiciera funcionar la bomba? —preguntó Benteley—. Era crítica como el infierno.

—La imagen de la hipervisión mostró a Moore abriendo deliberadamente el pecho del sintético y acortando los cables de la bomba. —Shaeffer se encogió de hombros—. Sería interesante descubrir por qué. Creo que será mejor que enviemos a una tripulación para ver si pueden rescatar algo. No dormiré tranquilo hasta no conocer toda la historia.

—Estoy de acuerdo —dijo Benteley impresionado.

Cartwright sacó su estropeado librito de notas. Con una expresión de perplejidad en su rostro anciano y marchito, trazó la última señal y volvió a guardarse el libro en el bolsillo.

—Bueno, ya habrá tiempo para eso; podremos recoger las cenizas más tarde. Por ahora hay otras cosas en las que pensar. —Examinó su pesado reloj de bolsillo—. Dentro de poco la nave estará posándose. Si todo ha ido bien, Groves debe hallarse ahora bajando sobre el Disco Llameante.

El Disco era inmenso. Chorros de freno rugían estridentes contra la succión cada vez mayor de la gravedad. Trozos de pintura metálica flameaban alrededor de Groves; un indicador quedó aplastado y, en algún punto de la envoltura, reventó una tubería de alimentación.

—Vamos a estrellarnos —se lamentó Konklin.

Groves se levantó y apagó la luz del techo. La cabina de control quedó sumida en la oscuridad.

—¿Qué demonios...? —empezó Konklin a decir.

Y luego lo vio.

De la pantalla, radiaba una luz dulce y suave, un fuego pálido y frío que brillaba en una neblina mojada sobre las figuras de Groves y Konklin y la maquinaria de mando. No se veía ninguna estrella, ningún vacío negro de espacio: la inmensa faz del planeta se había expandido silenciosamente hasta llenarlo todo. Disco Llameante se hallaba inmediatamente por debajo. El largo vuelo había terminado.

—Es fantástico —murmuró Konklin.

—Eso es lo que vio Preston.

—¿Qué es? ¿Alguna especie de algas?

—No creo. Probablemente minerales radiactivos.

—¿Dónde está Preston? —preguntó Konklin—. Creí que su nave iba a guiarnos durante todo el camino.

Groves vaciló, luego contestó a disgusto:

—Mis aparatos captaron una explosión termonuclear hace unas tres horas. A una distancia de nosotros de unos dieciséis mil kilómetros. Desde que ocurrió la explosión, la nave de Preston no se localiza en mis indicadores de gravedad. Claro que, teniendo el Disco tan cerca, una masa pequeña no puede...

Jereti entró corriendo en la cabina de mando. Vio la pantalla y se detuvo.

—¡Cielo santo, ahí está!

—Ese es nuestro nuevo hogar —dijo Konklin—. Grande, ¿verdad?

—¿De dónde viene esa luz tan rara? Parece esto una sesión de espiritismo. Estáis seguros de que es un planeta? Tal vez se trate en realidad de una serpiente espacial. No creo que me gustase lo más mínimo vivir en una serpiente espacial, por grande que sea.

Konklin salió de la cabina y bajó por el corredor vibrante y rumoroso. El silencioso resplandor verde parecía seguirle mientras descendía por la rampa y abandonaba la cubierta principal. Ante la puerta de su cabina, se detuvo y permaneció un momento escuchando.

Abajo en la bodega, las mezquinas pertenencias estaban siendo reunidas. Cacerolas y sartenes, camastros, comida, ropa, estaban siendo apiladas y amarradas. Un murmullo de voces excitadas y contenidas se filtraba sobre el trémolo de los chorros de freno. Gardener, el especialista de retropropulsores, estaba empezando repartir los trajes y escafandras de presión.

Konklin abrió la puerta de la cabina y entró.

Mary alzó la mirada rápidamente.

—¿Ya estamos?

—No del todo. ¿Estás lista para bajar a nuestro nuevo mundo?

Mary señaló a su montón de cosas.

—Estoy haciendo el equipaje.

Konklin se echó a reír.

—Tú y todos los demás. Anda, deja las cosas como están; tendremos que vivir en la nave hasta que queden dispuestas las cámaras bajo la superficie.

—¡Oh! —suspiró Mary.

Decepcionada, empezó a colocar las cosas de nuevo en cajones y armarios.

—¿No vamos por lo menos a fundar una especie de colonia?

—Desde luego que sí —contestó Konklin balanceando su fornida cabeza—. Y esta es.

Mary se tambaleaba con un brazado de ropas.

—Bill, será bonito, ¿verdad? Quiero decir que al principio será difícil, pero más tarde ya no estaremos tan mal. Tendremos que vivir casi siempre debajo del suelo, como hacen en Urano y en Neptuno. Eso es bonito, ¿verdad?

—Ya nos las arreglaremos —dijo Konklin liberándola con dulzura de la carga de ropa—. Vamos a la bodega a recoger nuestros trajes espaciales. Gardener los está repartiendo.

Janet Sibley le saludó, nerviosa y dicharachera por la excitación.

—No puedo ponerme el mío —jadeó—. ¡Es demasiado pequeño!

Konklin la ayudó a agrandar el pesado material.

—¡Recordad, por el amor de Dios, que cuando estéis fuera habéis de tener cuidado y no caeros! Estos trajes son del viejo tipo Dodd. Si os lo pincháis con alguna roca, os quedáis muertas en cuestión de segundos.

—¿Quién va a bajar primero? —preguntó Mary mientras se iba embutiendo lentamente en su voluminoso traje—. ¿El Capitán Groves?

—Quien esté más cerca de la escotilla.

—Quizá sea yo —dijo Jereti, entrando en la bodega y recogiendo su traje—. Quizá sea yo el primer ser humano que ponga el pie en Disco Llameante.

Estaban todavía abrochándose los trajes y cambiando impresiones en pequeños grupos nerviosos, cuando las sirenas de desembarco cobraron vida

estridentemente.

—¡Agarraos! —gritó Konklin por encima del estrépito quejumbroso—. ¡Agarraos a lo que sea y dejad ahora los trajes!

La nave chocó, con un rugido que les levantó como hojas secas. Provisiones y pertrechos se desparramaron por doquier, mientras la envoltura temblaba y se abollaba violentamente. Los chorros de freno gemían y luchaban por sostener a la nave cohete mientras ésta se iba hundiendo siniestramente hacia la superficie, dura como el hielo, del planeta. Las luces aletearon y se desvanecieron. En la oscuridad, el trueno de los chorros y el estridor del metal contra la roca ensordecieron a los desparramados y atónitos pasajeros.

Konklin fue lanzado contra un montón de colchones. Cacerolas y sartenes llovían alrededor de él; en la oscuridad luchó por abrirse camino, hasta que sus dedos pudieron asirse a un gancho de la envoltura.

—¡Mary! —gritó—. ¿Dónde estás?

La oyó moverse en las tinieblas próximas.

—Estoy aquí —contestó débilmente—. Creo que se me ha roto la escafandra; está entrando aire.

Konklin llegó junto a ella.

—No te ha pasado nada.

La nave estaba todavía moviéndose; un infierno de sonido y metal chirriante que, gradualmente, se fue reduciendo y apagando en una inmovilidad ominosa e inquieta. Las luces parpadeaban, se encendieron un momento, y otra vez volvieron a disminuir. Algo húmedo goteaba lento y tenaz. Al final del pasillo estalló un fuego entre montones de trastos que habían caído de una despensa.

—Apagad ese fuego y terminad de poneros los trajes —ordenó Groves.

Con un extintor, Jereti se abrió camino tambaleándose, a lo largo del pasillo.

—Creo que hemos llegado —dijo nerviosamente mientras sofocaba el fuego.

Su voz vibraba delgadísima en los teléfonos de los cascos. Alguien encendió una linterna.

—La envoltura parece que ha resistido —dijo Konklin—. No oigo que haya filtraciones importantes.

—Salgamos —dijo Mary ansiosamente—. Veamos qué hay.

Groves estaba ya junto a la escotilla, Esperó calmosamente a que todo el mundo estuviera a su alrededor y luego empezó a desatornillar a mano los pesados pernos.

—La corriente se ha cortado —explicó—. Los cables han saltado en alguna parte.

La escotilla se movió hacia el interior. El aire salió a rachas y Groves se adelantó, con los ojos muy abiertos, y en un silencio impresionante. Los otros se apiñaron al borde de la rampa, detrás de él; por un momento permanecieron asustados y vacilantes. Luego descendieron como un solo hombre.

A mitad de camino, Mary tropezó y Jereti tuyo que agarrarla. Uno de los trabajadores ópticos japoneses fue el que tocó primero la superficie, ágilmente, se deslizó por el costado y saltó a la roca helada y durísima, con el rostro excitado y ávido dentro de su casco voluminoso. Sonriéndoles a los demás, les hacía señas.

—Está magnífico —gritó—. No hay monstruos a la vista.

Mary se detuvo.

—Mira —susurró—. Mira cómo brilla.

El planeta era una única llanura de luz verde. Adonde quiera que miraban veían la suave e invariable cortina de color, blando y desleído, sobre las rocas y los guijarros, en el suelo mismo. En la turbia fosforescencia verde, el grupo de hombres y mujeres eran extrañas formas opacas, negras columnas de metal y plástico que avanzaban torpemente y con vacilación.

—Ha estado aquí todo este tiempo —dijo Jereti con asombro—. Y sin nadie que lo mirara. —Pateó en la roca helada—. Somos los primeros que ponemos aquí los pies.

—Quizá no —dijo Groves pensativamente—. Cuando desembarcamos, vi algo. Traté de posarme lo más cerca posible, pero sin tocarlo. —Quitó el seguro del arma pesada que llevaba al hombro—. Preston creía que el Disco pudiera ser un extraviado de otro Sistema.

Era un edificio, una estructura de alguna clase, descansando sobre la lisa superficie que se veía enfrente. Era una esfera de algún metal oscuro, sin rasgos ni adornos. Grandes cristales de gas helado, se movían y soplaban en torno a ellos mientras, temerosamente, se iban aproximando a la esfera.

—¿Cómo demonios vamos a entrar ahí? —preguntó Konklin.

Groves enderezó su arma.

—No veo otra solución —dijo su voz en los teléfonos de los otros.

Empuñó el disparador y dejó funcionar el arma mientras movía el cañón en un semicírculo lento.

—Este material tiene el aspecto de acero inoxidable. Ese objeto puede haber sido hecho por el hombre.

A través de la grieta silbante y goteante, Konklin y Groves se arrastraron hacia el interior. Un oscuro latido llegó a sus auriculares mientras descendían al fondo del globo. Estaban en una cámara de chirriante maquinaria. El aire pasaba silbando mientras ellos miraban alrededor.

—Ensánchala —dijo Groves.

Se las arreglaron juntos para arrancar un parche aprovechando la grieta que habían abierto con sus armas. Luego se volvieron para examinar la rumorosa bancada de maquinaria y cables.

—Bienvenidos —dijo suavemente una voz seca y polvorienta.

Se volvieron rápidamente, con las armas en alto.

—No tengan miedo —prosiguió el anciano—. No soy más que otro ser humano como ustedes.

Konklin y Groves estaban clavados en el suelo metálico.

—¡Dios Santo! —exclamó Groves roncamente—. Pero yo creía…

—Yo —continuó el viejo— soy John Preston.

Un escalofrío cruzó por la médula de Konklin. Sus dientes empezaron a castañetear.

—Decía usted, Groves, que le habían destrozado la nave. Y mírele ahí; debe de tener más de mil años. Y está metido dentro de esa disolución.

Como si quisiera manifestar su aquiescencia, los labios delgados como el papel se movieron, y, por los altavoces, el seco susurro volvió a sonar.

—Soy muy viejo —dijo Preston—. Estoy casi totalmente sordo y paralítico. —La boca se le dobló en una semisonrisa—. Como ustedes probablemente saben, tengo artritis. Y no recuerdo dónde he perdido las gafas. Así es que no puedo verles muy bien.

—¿Es esta su nave? —preguntó Konklin—. ¿Ha llegado usted aquí antes que nosotros?

La anciana cabeza, con su gancho-soporte, asintió.

—Está mirándonos —dijo Groves—. Es aterrador. No es natural.

—¿Cuánto tiempo lleva usted aquí? —preguntó Konklin a la antiquísima y marchita criatura suspendida en su baño alimenticio.

—Tendrán ustedes que excusarme —contestó Preston—. No puedo bajar y darles la mano.

Konklin se estremeció e hizo un guiño.

—Sospecho que no me ha oído —dijo incómodo.

—Representamos a la Sociedad Prestoniana —explicó Groves con torpeza—. Hemos estado continuando la obra de usted. ¿Se siente...?

—Ha sido una larga espera —dijo el anciano interrumpiéndole—. Muchos, muchísimos días de estar siempre solo.

—¡Aquí hay algo que no funciona! —exclamó Konklin temerosamente—. ¡A este hombre le pasa algo!

—Está sordo y ciego.

Konklin se dirigió a las bancadas de maquinaria.

—Esto no es una nave. Es otra cosa, similar a una nave, pero que no lo es. Yo creo...

—Quiero hablaros acerca del Disco Llameante —interrumpióles las palabras secas y ásperas de John Preston—. Eso es lo único que me interesa. Eso es lo que yo considero importante.

—Lo mismo nos pasa a nosotros —dijo Groves, desconcertado y confuso.

Konklin estaba examinando febrilmente la lisa superficie interior de la esfera.

—¡Esto no tiene cohetes de retropropulsión! ¡No puede ir a ninguna parte! Tiene una especie de escudo antigravicional, como una boya de marcación. —Se apartó con un brinco de la maquinaria—. Groves, *esto es una boya*. Estoy empezando a comprender el lío.

—Deben ustedes oírme —estaba diciendo Preston—. Tengo que hablarles sobre el Disco.

—Debe haber más boyas de estas —decía Konklin—. Esta debe de haber derivado hasta aquí; atraída por la intensa gravedad. Debe de haber miles. Todas exactamente iguales.

Lentamente, Groves fue comprendiendo el misterio.

—Nos pusimos en contacto con una serie de boyas, no con una nave. Cada una de ellas nos dirigía a la siguiente. Hemos estado recorriendo una línea de boyas durante todo el trayecto hasta llegar aquí, paso a paso.

—Hagan lo que quieran —intervino la voz seca e inexorable—. Pero escuchen lo que tengo que decir.

—¡Cállese de una vez! —gritó Konklin.

—Tengo que permanecer aquí —decía Preston, lenta y penosamente, eligiendo sus palabras con cuidado—. No me atrevo a salir. Si yo...

—Preston —chilló Konklin salvajemente—. ¿Cuántas son dos y dos?

—No sé nada de usted —continuaba el susurro implacable.

—¡Repita conmigo! —vociferaba Konklin—. Mambrú se fue a la guerra, pirulí, pirulí, pirulero.

—¡Cállate ya! —barbotó Groves al borde de la histeria—. ¿Es que te has vuelto loco?

—La búsqueda ha sido larga —raspaba monótonamente la voz marchita

Librodot

de Preston—. Y no me ha traído nada. Nada en absoluto.

Konklin dio un bote. Se apartó y volvió junto a la grieta que habían abierto con las armas.

—¡No está vivo! Esto no es un baño nutritivo. Es una especie de sustancia volátil en la que se está proyectando una imagen visual. Cintas televisivas y magnetofónicas que, sincronizadas, forman una réplica. Lleva muerto ciento cincuenta años.

Se hizo el silencio, menos en la voz seca y susurrante de Preston que seguía y seguía.

Konklin agrandó la raja y salió de la esfera.

—Venid —indicó a los otros—. Podéis entrar.

—Hemos cogido muchas de las frases en nuestros teléfonos —dijo Jereti mientras luchaba por entrar en la esfera—. ¿Qué galimatías es éste? ¿Qué demonios tiene que hacer aquí Mambrú?

Vio la segunda edición de John Preston y su voz se detuvo. Los otros penetraron detrás de él, excitados y jadeantes. Uno a uno, se iban quedando quietos cuando veían al anciano y escuchaban las débiles y secas palabras susurradas en el aire adelgazado de la esfera.

—Cierra la grieta —ordenó Groves cuando hubo entrado el último de los artesanos ópticos japoneses.

—Pero... —empezó a decirle Mary dubitativamente—. Pero, ¿por qué habla de esa manera? Parece que esté recitando.

Konklin puso su rígido guante de presión sobre el hombro de la muchacha.

—Es sólo una imagen. Él dejó cientos de ella, quizá miles, esparcidas por el espacio, todas alrededor de este planeta. Para atraer las naves y guiarlas hasta el Disco.

—¡Entonces, es que está muerto!

—Murió hace muchísimo tiempo —dijo Konklin—. Basta mirarle para ver que murió ya muy viejo. Probablemente a los pocos años después de haber descubierto el Disco. Sabía que las naves vendrían alguna vez en esta dirección, algún día. Quería conducir una de ellas aquí, a este mundo.

—Sospecho que no llegó nunca a saber que se formó una Sociedad con su nombre —dijo Mary tristemente—. No llegó a enterarse de que alguien estuviera realmente buscando el Disco.

—No —admitió Konklin—. Pero sabía que habría naves que tomarían por este camino.

—Tiene mucho de... decepcionante.

—No —corrigió Groves—. No creo eso. No hay que sentirse triste por eso. Sólo ha muerto la parte física de John Preston, y esa parte, en realidad, no es muy importante.

—Ya comprendo —dijo Mary con ojos brillantes—. Es maravilloso de todas maneras. En cierto modo, es un milagro.

—No habléis más, y escuchad —dijo Konklin suavemente.

Todos se quedaron callados y escucharon.

—No es un impulso insensato —estaba diciendo la marchita imagen del anciano.

Sus ojos ciegos paseaban sobre el grupo de gente, sin verles, sin oírles, sin darse cuenta de su presencia. En lugar de eso, estaba hablando a oyentes lejanos, a videntes remotos.

—No es un instinto brutal el que nos mantiene inquietos e insatisfechos.

Os diré lo que es: es la meta suprema del hombre, la necesidad de crecer y avanzar... de hallar nuevas cosas... de expandirse, de propagarse, de llegar a nuevas zonas, a nuevas experiencias, de comprender y de vivir en una forma progresiva. De echar a un lado la rutina y la repetición, librarse de la monotonía sin sentido y seguir avanzando. Mantenerse en movimiento hacia delante...

FIN